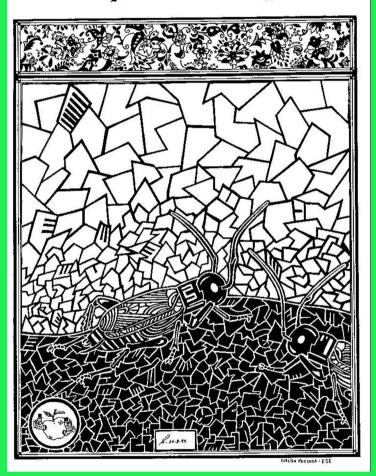
# La sinfonia de los grillos



# LA SINFONÍA DE LOS GRILLOS

Redactores: JLM y JCJ. N°3. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

#### FDITORIAL.

Es muy probable que te hayas formado una imagen en la mente. Basta leer el título para sentirse movido a ello. Hemos coartado, inocente, brevemente, tu libertad. "La sinfonía de los grillos". iQué imagen! iQué bucólica escenal: el fresco y húmedo prado envuelto en las brumas de la noche. El silencio. Su ruptura. Cientos de animalejos reptando por el suelo. Entre ellos nuestros queridos grillos. Entonando su alegre sinfonía, icri cri cri! Produciendo inconscientemente belleza para nosotros, los seres conscientes.

Pues no es esa la imagen que queríamos transmitirte. En primer lugar vamos a retocar la escena: los grillos, inconscientes, ciegos, entonan su canto sin voluntad. iNo son libres! No cantan ellos sino sus instintos, sus genes, algo que los ata y no les deja escapar. "iAh!, pero cuán diferente es el hombre de los pobres grillos", habrás pensado. ¿Tan seguro estás de ello?

Y así nos acercamos a la verdadera imagen. La libertad. Ese es el centro de gravedad, el leit motiv de este número. ¿Y qué pintan en todo esto los dichosos grillos con su dichosa sinfonía? Mucho (al menos eso nos ha sugerido nuestro, apriorísticamente definido, libre albedrío).

Borra de tu imaginación la escena anterior. Ya no hay prado ni animalillos. Puedes conservar, si quieres, la noche. Este es el nuevo cuadro: puedes ver una montaña. Un túnel dentro de ella. Es oscuro. La sensación es opresiva. El calor es sofocante. Del fondo del túnel -quizá es una caverna- llega una luz rojiza. La gruta se ensancha, se hace alta, forma una bóveda. En ella trabajan una serie de personajes. Parece una forja. Los herreros son seres deformes. Hay enanos, jorobados, gigantes... políticos, educadores. Casi todos son desconocidos. Pero entre ellos estás tú. Todos trabajan el hierro. Están forjando recios aros de acero a golpe de martillo. El ritmo y la cadencia del golpear producen una siniestra melodía. Te sientes incómodo. No por los

personajes sino por la obra. Todos ellos, incluido tú, estáis forjando grilletes, eslabones, cadenas completas. Son para ti. Estás asistiendo a la sinfonía de tus propios grillos.

Esa es la imagen. La de la libertad sometida. La de los cientos de esclavitudes que te aferran. Propias y ajenas. Las cadenas son fuertes. Pero, équién se resistirá a la tentación de romperlas? No cederán todas, pero si estas páginas te animan a romper alguno de los grillos que te atrapan, nos sentiremos tremendamente felices y tal vez se nos rompa alguna de nuestras pequeñas prisiones, ya sea del cuerpo o del alma

Este es el momento. Esta es la decisión. Tienes todo el derecho del mundo a decidir si prosigues leyendo o tiras la revista. Pero, ¿quién se resistiría a no intentar manipularte? Sigue leyendo. Es un consejo, es una advertencia, es una amenaza. ¿Quién te asegura que en estas páginas no se encuentra alguna de las llaves que siempre has buscado?

#### TU PROPIA REALIDAD

Nos acostumbran a seguir la opinión del que manda y la de los mayores. Mis padres me educaron para que su opinión fuera siempre la mía, ¿cómo lo consiguieron? Poniéndome en lo incorrecto con regañinas y gritos si yo tenía una opinión diferente a la de ellos que es muy parecida a la realidad social. iNo, no es así! iEso no lo piensa nadie más que tú! iPiensa en el qué dirán!

Llegamos a este mundo sin tener ni idea de lo que es la realidad social. Cada cual tiene su propia realidad y para uno es real, así de sencillo. Pero existe otra realidad que es la realidad social, todo ese conjunto de acuerdos de un grupo de gente. Normas sociales, costumbres, hobbys. Para un Yanomami es algo de muy mal gusto que le llamen por su nombre. Un occidental puede ver esto incomprensible, aquí mismo en España es algo correcto y que se hace mucho. Cada grupo tiene sus propios acuerdos. Estos acuerdos los vamos aprendiendo primero con los padres que son los que se encargan básicamente de mostrarte la realidad social. Luego los maestros y profesores te enseñan, entre otras cosas, civilizaciones con otras realidades en la asignatura de historia. Y todos están de acuerdo en enseñarte que un niño bueno es el que se está quieto y callado, a no ser que alguien le pregunte o le diga iMuévete!

Y así llegamos a la adolescencia. Ahora tenemos el cuerpo más grande y diferente en algunos aspectos. Tus padres y las demás personas te tratan de una forma distinta. Ya podemos ir solos (o con amigos) a muchos más sitios. Las cosas cambian y tú ves la vida de otro modo. La relación con los amigos es diferente. Se da uno cuenta de lo que para otros padres está bien o no, de lo que a ti te gusta y a ese chaval no. Se da uno cuenta de las diferentes realidades de los demás y de algo muy importante, de la suya propia. Yo recuerdo mi adolescencia como algo muy fuerte. Había un montón de cosas que no entendía y que nadie era capaz de explicarme. Encima no tenía ni idea de qué era lo que me gustaba o no, siempre me había guiado por mis padres. Pero iOh, sorpresal ellos no son perfectos, ellos también se equivocan y yo, algunas veces, cada vez más veces, no estoy de acuerdo con ellos. A ellos les educaron en una sociedad que existió hace ya bastantes años, y hay cosas que han cambiado tanto que casi ni existen en el momento actual. Por otro lado, de las cosas que existen ahora hay cosas que a mí ni me convencen, aunque las hagan la mayoría de las personas.

Todas estas cosas van surgiendo poco a poco según vas moviéndote y comunicándote con las personas que encuentras o con las que vas normalmente.

Pero hay cosas que, la verdad, cuando se presentan uno no sabe qué hacer con ellas. Cuando te encuentras con una de ellas uno no sabe qué hacer. Muchas veces imitamos para aprender y éde dónde sacar un modelo a imitar? Los padres, hermanos, amigos, familia y profesores son modelos a imitar, pero hay otro que está a la orden del día, hablo de la televisión. En la tele se pueden aprender muchas cosas, más o menos correctas, más o menos incorrectas. Si tenemos en cuenta que la tele es un bodrio a excepción de 3 buenos programas y algunas buenas películas (aunque las repitan) resulta que el modelo que siguen muchos jóvenes y no tan jóvenes puede que no sea el más correcto.

El otro día, hablando con un chaval de mi facultad, salió el tema de la serie "Sensación de vivir". Es una serie que siguen un montón de jóvenes. ¿Por qué ? No lo sé. Yo he visto algún trozo de dos o tres capítulos y, la verdad, no sé. En resumen la serie va de las penas y alegrías de un grupo de jóvenes muy perfectos que son todos tan guapos y tan simpáticos que da igual acostarse con uno que con otro. Bueno, a lo

que iba, este chaval de mi facultad no se podía creer que yo no viera esta serie. i¿Qué no ves Sensación de Vivir?! Le digo: Noo. Y se quedó perplejo, asombrado y casi asustado. Todavía hay series peores como Melrose Place (que él tampoco se pierde) o Salvados por la Campana. Pero digo yo: ¿Cuánto tiempo hace que no eres crítico contigo mismo o con lo que hacen los políticos con España o con tus amigos? ¿Te gusta como te tratan tus padres? ¿Pasas mucho tiempo viendo la televisión? ¿Conoces otras culturas y realidades sociales? ¿Conoces y sigues tu propia realidad? ¿Haces siempre lo que quieres hacer? ¿Vas al cine los Domingos o Miércoles (día del espectador excepto festivos)? Hay películas muy buenas, de esas que enseñan algo y abren una puerta en tu cabeza.

Este chaval prefiere no pensar, ser muy perfecto, tener una novia a la que hacerle regalos caros (que para eso están los novios) y beber mucho alcohol los fines de semana si va con los colegas. Pero iiAy del que piense!! Si yo no pienso tú tampoco tienes que hacerlo. iNo! iLas cosas deben seguir como están!

Yo no estoy de acuerdo. Tengo todo el derecho del mundo a pensar por mí misma y a seguir mi propia realidad. Los locos también tienen su realidad, pero desligada de la realidad social y de las demás, es como si no las conocieran. Yo sí conozco diferentes realidades y ninguna es exactamente como la mía, tengo la mía propia y es tan correcta como la tuya o más. Creo que socialmente hay acuerdos que están muy bien y que quiero que sigan existiendo. Hablo de las normas de cortesía, o sea, de ser amable, de ir a la escuela, de tomarse algo con los amigos en un pub, de que haya sitios para bailar, de comer a las 14:30 horas, de practicar la natación (todos son acuerdos y si no te lo crees mira en otras sociedades y a lo largo de la historia, no siempre ha sido así). Hay muchos acuerdos.

Los inventores siguieron su propia realidad para crear la radio, el teléfono, el pararrayos,... Esa persona tan original y creativa sigue su realidad y no ofende a nadie con ello y si le ofende, sonríele. Los artistas crean según lo que son ellos mismos. Mientras una realidad sea bien intencionada tiene todo el derecho de existir.

MC.MC

Señoras y señores tengo el honor de presentarles a mi libre albedrío... ejem... ejem. iiiSeñoras y señores mi libre albedrío!!! perdón... parece que me comunican algo desde control...sí joh!... siento comunicarles que mi libre albedrío no podrá estar con nosotros esta noche, pues, parece que está secuestrado por el temor al ridículo v sometido por el determinismo social, pero bueno, es igual, llamaremos entonces al individualismo y a la originalidad de alguno de los espectadores presentes... isí!... Parece que allí levanta la mano una señorita (aplauso) bien acérauese por favor... ¡Qué tal!... ¡Buenas noches! Sería tan amable de mostrarnos su individualidad -sí aquí está pero no sé si... iOoooooh! lo siento señorita pero... esta individualidad no es la suya, la ha copiado usted de algún colectivo y en este programa no admitimos nada que no sea de usted mismo, pero si desea usted enseñarnos alguna otra cosa... ¿sí? ¡Vaya! itiene usted un sueño!, pero cómo no ha mostrado usted eso antes -no sabía si...- joh! es maravilloso. si se pudiera acercar la cámara... sí, como pueden observar se trata de un sueño de lo más personal... -muchas gracias señorita- (aplauso) muchas gracias. ¿Sí? me comunican algo desde control, sí parece que mi libre albedrío se ha liberado del determinismo social y el ridículo y va a poder estar con nosotros esta noche... aquí llega, un aplauso por favor, ¿qué tal? cómo se siente -me siento yo mismo- y ¿qué es lo que pretende hacer ahora? Pues mi plan es no condicionarme nunca, -pero eso es muy difícil, en estos momentos usted está condicionado por mis preguntas y la presencia en el programa... Oiga a dónde va... - Tiene usted razón y por eso me voy al otro lado de la pantalla... la vida.

Mariano, el insurrecto

LA CELDA DEL CORAZÓN

Hoy me he despertado amargo.

He sentido que me faltaba algo
y lo he buscado sin poderlo encontrar.

Como no sabía lo que era
lo he llamado por un nombre de mujer: el tuyo.
Y desde entonces ya no soy libre.

Me he rendido ante ti.

Lo peor no es haberme convertido en tu esclavo. si tú me correspondieras también te habría dado mi libertad. Lo triste es habértela entregado a cambio de nada, puesto que no tengo tu amor. Quizás la esclavitud ha de ser así, no tener precio. Y su recompensa son las cadenas del corazón. Tal vez todo esto es culpa mía y se debe a que tengo vocación de desgracia. como si la buscase o la deseara. Pero no lo creo Uno se entrega a cambio de la esperanza de felicidad, aunque sólo sea un sueño. Dicen que la felicidad es una droga, tan fuerte que basta con probarla una sola vez en la vida para volverse adicto a ella. Creo que es cierto. Por esa esperanza uno vende su tiempo y hasta entrega su alma, como yo. Y entonces, aunque sabe que la esperanza ya no existe, puesto que ya se ha perdido a sí mismo. se niega a perderla también a ella, y sueña, sabiendo que es un imposible, que alquien como tú le diga: "yo también te quiero", que le devuelva en un instante el sueño de felicidad a la vez que la esclavitud adquiere su precio, y la libertad, aunque falsa, aparece de nuevo.

### PRIMEROS AÑOS EN LA VIDA DE JULJUNIPAR

Juan Luis Monedero Rodrigo

Esta es la historia del gran profeta que fue.

Juljunipar nació en la hermosa ciudad de Junipundia sin mayor pompa ni boato. Su nacimiento ocurrió justo en la medianoche, anunciando el cambio de día y el principio de una nueva era. Fue un parto fácil. El bebé Juljunipar estaba tan deseoso de nacer al nuevo mundo que no causó problemas a su madre. Cuentan que, nada más asomar su cabeza al exterior, los dos negros carbones de sus ojos aparecieron abiertos, curiosos por desentrañar desde un comienzo los misterios del extraño mundo al que lo liberaban.

Salvo ese curioso detalle, Juljunipar fue un niño aparentemente normal hasta la edad de tres años. En ese tiempo sólo mantuvo aquella temprana costumbre de observarlo todo con sus enormes ojos, como si estuviera absorbiendo la realidad que lo rodeaba.

Su verdadero nacimiento a la vida se produjo a la edad de tres años, dos meses y seis días. Aunque siempre pareció un bebé normal y nunca causó problemas en el guardaniños donde lo depositaba su madre, en su mente privilegiada estaba madurando lentamente el gran descubrimiento que iba a cambiar su vida: después de apercibirse de la maravilla del mundo exterior, tuvo un vislumbre de la verdad y de sí mismo que marcaría el resto de su existencia y lo volvería extraño y extravagante para sus semejantes.

Aquel día, como cualquier otro desde que Juljunipar era un bebé de apenas diez días, su madre lo dejó en el guardaniños para irse a trabajar. En la febril ciudad de Junipundia, donde nadie puede permanecer quieto u ocioso, donde todos crecen con la obligación de ser útiles y productivos, los niños no podían suponer un estorbo al desarrollo económico y social de la comunidad ocupando el tiempo de unos padres preocupados a los que no debían apartar de sus ineludibles obligaciones. Por eso, desde muy pequeños, los bebés y niños eran puestos a disposición de las casas guardaniños, donde se los cuidaba y alimentaba, a la vez que se iniciaba su formación, hasta que podían ir por su propio pie a la Escuela Oficial. Muchos niños comienzan a atrofiarse a temprana edad en los nichos del guardaniños, de forma que se convertirán en eficientes ciudadanos cuando sean adultos. Pero no fue ese el caso de nuestro héroe.

Juljunipar tenía exactamente tres años, dos meses y seis días. Su madre, a temprana hora, lo llevó al guardaniños. Hay que hacer notar que la madre de Juljunipar mostraba por su hijo un cariño desmesurado con respecto a los cánones de la época. No todo el mundo recogía a sus hijos del guardaniños después del trabajo para llevarlos a su casa, donde siempre eran molestos y ocupaban parte del precioso tiempo. Pues la madre del Profeta era una de esas extraordinarias personas. Aquella

mañana lo llevó al guardaniños y se marchó al trabajo. Juljunipar fue introducido en el nicho-cuna, donde podía dormir o escuchar las lecciones de urbanidad que ya se le empezaban a administrar. Pero dentro de aquella cámara oscura y diminuta, nuestro pequeño Juljunipar, lejos de atrofiarse, encontraba el ambiente adecuado para desarrollar su extraordinaria capacidad. Aquel niño aparentemente normal se dedicaba a meditar durante horas, ignorando las clases de urbanidad, ajeno al sueño y al aburrimiento, desarrollando pensamientos originales y realizando descubrimientos como aquel que ese día cambió su vida.

El nicho acababa de abrirse, una tenue luz penetró desde el exterior y Juljunipar asistió como un espectador más a la familiar escena en que la funcionaria-alimentadora introducía en su boca la insípida comida, comprobaba sus constantes vitales y volvía a cerrar el nicho. Juljunipar, por alguna razón, tuvo en ese momento un nuevo destello iluminador: había realizado su descubrimiento. "Parece que soy", se dijo, "quiero vivirme, quiero creerme". Y con ese pensamiento, tan extraño para un niño de su edad, tan inconcebible para cualquier junipundista, nuestro Juljunipar vio claro su futuro y decidió lo que quería hacer con su vida y cómo iba a vivirla.

Dos horas más tarde, la funcionaria-animadora abrió nuevamente el nicho, tomó de él a un sonriente Juljunipar y lo llevó al patio de recreo para que jugase y corriese durante una hora entre sus compañeros de encierro. Aquel día, el pequeño Juljunipar parecía gozar de una energía sin límite: corría, saltaba y reía continuamente, con el rostro resplandeciendo por la felicidad recién descubierta de que la vida era hermosa.

Dos meses después vino a añadirse una nueva experiencia traumática a la pacífica existencia del pequeño Juljunipar. En ese tiempo, el pequeño profeta había madurado bastante, si es que ese término es válido para un niño de tres años y pico. Digamos mejor que la evolución interior de Juljunipar se había acentuado. En esa situación, pues, sobrevino a su familia una tremenda desgracia: el padre de Juljunipar, el soporte moral y la mitad del soporte económico de la familia, murió sin haber conocido a su hijo.

El padre de Juljunipar era un alto funcionario estatal que se debía a sus infinitas obligaciones. La madre de Juljunipar sólo lo vio, durante su matrimonio, en tres o cuatro ocasiones, cuando aquel gran hombre encontró un hueco en su trabajo para cumplir con sus obligaciones maritales y familiares.

Puede contemplarse aquí el milagro que encerró el nacimiento de Juljunipar. En ello vieron muchos de sus discípulos un signo divino, pues fue un hijo de generación casi espontánea nacido de una madre trabajadora y casi virginal.

Murió el gran hombre a consecuencia de un infarto durante el trabajo. Fue lástima, porque estaba a punto de comenzar sus vacaciones de seis horas durante las que, sin duda, habría conocido a su retoño. Pero murió en acto de servicio y a su viuda le fue concedida una medalla a título póstumo.

Aquel padre heroico, desconocido para Juljunipar y contra cuyos principios comenzaba a sublevarse el pequeño, marcó, sin embargo, la vida del hijo. Su madre, durante las escasas conversaciones que mantenían, le ensalzaba la figura paterna, adornándola con infinidad de virtudes entre las que no se incluía el amor. La madre sufrió, de resultas de aquel tremendo golpe de la muerte de un esposo semidesconocido, un tremendo acceso religioso que la impulsó a la total conversión y a arrastrar a su hijo con ella hacia una beatería más bien vacua.

Juljunipar, con cuatro años recién cumplidos, recordaría siempre la primera misa a la que acudió con su madre. Los dos se engalanaron con la ropa de presunción y alquilaron un gran carruaje para que los llevara a la puerta de la iglesia e impresionara a sus vecinos. La piedad en Junipundia se basaba en dos pilares: el exhibicionismo y el aburrimiento. Una persona piadosa debía realizar exhibiciones públicas de su carácter religioso. En rigor no se hablaba de exhibicionismo sino de caridad y fe. Pero en realidad, tal como desde un principio lo vio Juljunipar, uno podía limitarse a mostrar su riqueza, que era lo más habitual, hacer donativos de caridad a los grandes bancos de la ciudad, o mostrar públicamente su tacañería, capacidad de explotación y usura, haciendo patente a sus vecinos que poseía alguna de las grandes virtudes apreciadas en sociedad.

La madre de Juljunipar era partidaria de exhibir el éxito económico de su familia para con ello ensalzar la práctica de la virtud entre sus allegados.

Juljunipar nunca fue capaz de apreciar ese tipo de piedad, ni las virtudes del régimen tal y como se exponían implícitamente: trabajo duro, sacrificio y voluntad de triunfo eran tres de los dogmas implícitos en la verdadera fe de Junipundia. Nadie pensaba que los clérigos hablasen en serio cuando mencionaban la caridad y se referían al perdón de los pecadores, los vagos y desheredados, los cuales, en verdad, sólo eran dignos de desprecio. Juljunipar, mucho más tarde, arremetería contra todos ellos y contra la mayoría de los demás principios.

Pero en aquella primera misa sí pudo comprender en qué consistía el aburrimiento. El régimen no lo llamaba aburrimiento. Se trataba de lecturas sagradas realizadas y comentadas por el predicador. Juljunipar no encontró para aquello ningún nombre mejor salvo, quizá, el de tedio.

El predicador subió a su púlpito y empezó a desgranar, con voz pastosa, un insoportable sermón. Hablaba de aquellos pobres pecadores que se alejaban del recto camino y caían en la desgracia. La pereza, la rebeldía, los sueños, la insumisión, solían ser sus grandes pecados, aunque el párroco empleara nombres diferentes para aludir a ellos. El predicador hablaba y hablaba, acusando y razonando para sí mismo. Pero Juljunipar se dio cuenta de que nadie escuchaba. Todos, incluida su madre, parecían presa de un sopor incontenible. Algunos había que, nada más comenzar la homilía del sacerdote, roncaban ya a pierna suelta. Juljunipar, dispuesto a no defraudar a su guerida madre en aquella primera visita a la iglesia, se esforzó por escuchar al predicador, pero aquel hombre insoportable no decía nada interesante ni con sentido. Todo eran lugares comunes que se repetían sin cesar en una oratoria tan monótona que el tono y la estructura de las frases se mantuvieron uniformes durante todo el sermón. El pequeño Juljunipar no lo pudo soportar. Al cabo de unos minutos se durmió y se pasó todo el sermón entre plácidas cabezadas interrumpidas por algún ronguido vecino.

Al cabo, Juljunipar se despertó entre una ovación silenciosa. Un murmullo alegre se elevaba a su alrededor, emitido de forma casi involuntaria por todos aquellos que minutos antes roncaban. El

predicador había concluido su sermón y todos los que dormían ahora ensalzaban la aburrida prédica con todo tipo de comentarios halagadores. Sin duda, pensó Juljunipar, el valor del sermón radicaba en su capacidad para dormir y relajar a la muchedumbre. Casi le extrañó que los feligreses no se pusieran a aplaudir complacidos por el espectáculo. En ese instante Juljunipar comprendió un nuevo concepto: el del rebaño del que tanto hablaba el predicador. Y a la vez surgió en su mente de infante una tímida pregunta: ¿cómo era posible que el predicador, aquel hombre de carne y hueso, soportara sin dormirse su propio discurso?

El final de la misa fue extraordinariamente divertido. Todos se levantaron de su lugar y fueron a comer, igual que pajarillos, de la mano del predicador, convencidos de que aquella ofrenda los liberaba de todos sus males, preocupaciones y prejuicios.

Hubo muchas más misas y sermones en la infancia de Juljunipar. La vena mística de su madre, lejos de desaparecer, se acentuó con el tiempo. No volvió a casarse, lo cual habría sido favorable para la productividad natalicia del régimen, y se mantuvo fiel a su trabajo y a la memoria de su difunto esposo.

No todo era malo en las prédicas. Juljunipar fue capaz de encontrar inspiración en aquellas parrafadas inútiles. Su mente podía divagar en libertad y, cuando el aburrimiento alcanzaba límites insospechados y penetraba las capas más profundas de su consciencia, nuestro héroe se dormía y alcanzaba una segura cura para el insomnio.

Y en verdad os digo que gracias a las palabras escuchadas misa tras misa pudieron surgir muchos de los grandes pensamientos del profeta quien, a través de las palabras del predicador, oía verdaderamente la voz de su dios interior que, seguramente, existe en la conciencia de todos los mortales, aunque pocos son los afortunados de poder escucharla.

Así llegamos a otro trascendental día en la vida del Maestro. Juljunipar tenía cuatro años y medio cuando el Gobierno Central decidió que era el momento de enviarlo a la Escuela Oficial. Para muchos de sus compañeros de juegos, el paso desde la seguridad de su nicho en el guarda-niños a los enormes espacios del aula supuso una experiencia traumática. No así para Juljunipar, quien, siempre arrastrado por su

enorme curiosidad, estaba deseando incorporar nuevas experiencias a su acervo para de ese modo encontrar respuestas para las preguntas que continuamente se formulaba, e inventar nuevas preguntas para las respuestas que día a día acumulaba.

Pero la escuela era un lugar triste, un lugar destinado a educar a los espíritus en los valores tradicionales, un lugar que ahogaba cualquier sueño del alma. Y allí fue donde Juljunipar ejecutó su primer milagro conscientemente: consiguió que su imaginación, lejos de inhibirse, se desarrollara y contaminase a algunos de sus compañeros. Pero, como nadie es profeta en su tierra, este acto que demostraba su grandeza estuvo a punto de costarle una deshonrosa expulsión del centro, expulsión que sólo fue evitada apelando al buen nombre de su heroico padre.

Juljunipar traía locos a sus maestros. Como buenos ciudadanos que eran tenían poquísimas ideas, pero todas ellas muy claras. Tan claras que no comprendían las dudas ni las preguntas de aquel extraño alumno. ¿No podía haber sido como sus compañeros? Un buen alumno era aquel que no molestaba con preguntas estúpidas y se limitaba a asimilar, o por mejor decir a absorber como esponja puesto que no usaba su cerebro para realizar comprensión alguna, las enseñanzas del maestro quien, por otro lado, tampoco se había cuestionado nunca los principios del régimen.

Pero el profeta era diferente. Nada podía ser cierto porque sí, todo podía tener otra explicación, verse desde diferente perspectiva. A todo ponía pegas, a todo aportaba sus propias conclusiones y, por supuesto, su actitud sacaba a los maestros de sus casillas.

El colegio era un lugar aburrido y vacío, como casi todo en Junipundia, pero Juljunipar obtuvo de él importantes enseñanzas. Igual que la misa, las obtusas clases que se le aplicaban como recetas le servían de inspiración y de punto de partida para sus largas meditaciones.

Juljunipar no encontró buenos amigos entre sus compañeros. Aquellos que mejor se amoldaban a su carácter eran tarde o temprano apartados de él por los padres y profesores, temiendo que la mala influencia de aquel pequeño monstruo pervirtiera a sus queridos proyectos de futuro. Juljunipar era un desestabilizador, un caso

perdido, la fruta podrida que podía contaminar todo el barril. Muchos lo despreciaban y se burlaban de él. Sus compañeros más obtusos, los más probables ciudadanos modelo del futuro, le insultaban. Lo llamaban soñador, loco, y lo acusaban de pensar por su cuenta. Era cierto, pero Juljunipar, por más que odiara sentirse marginado por sus compañeros, no podía evitar usar su imaginación y su inteligencia. Además se daba cuenta de que tras aquel desprecio había una especie de terror admirado hacia él. Sus compañeros lo temían y lo respetaban como a un ser extraño y lejano.

Su madre, obsesionada por el trabajo y por la religión, tuvo que añadir a sus males la preocupación por un hijo que, quizá por haberlo querido en exceso, se había salido del recto camino y, a pesar de su corta edad, anunciaba una personalidad problemática y, tal vez, llegaría a convertirse en la vergüenza de su padre.

Nuestro héroe, inconsciente a las críticas, trataba de aprovechar al máximo las enseñanzas y siempre intentaba ir más allá, muchas veces sin conseguirlo. De sus meditaciones surgió el germen de algunas de sus grandes ideas, de aquellas que más vehementemente intentó inculcar a sus discípulos hasta el momento de su caída.

Así, por ejemplo, sucedió durante una clase de Socialización en su primer curso en la Escuela Oficial. El profesor les había encomendado días atrás que comenzaran a memorizar la lista de los seismil grandes banqueros y empresarios, los héroes y adalides del régimen. Aquel día todos declamaban en voz alta los nombres de los cien primeros, del mismo modo que se recitaba la tabla de multiplicar o el Credo Junipundista. Aquel trabajo memorístico, básico en la enseñanza, servía tanto para inculcarles disciplina como para inculcarles la obediencia y la disciplina.

Juljunipar no se plegaba dócilmente a aquella monotonía. Su cabeza divagaba, como siempre, en aquel momento y el profesor, que quizá se había dado cuenta, decidió ignorarlo en lugar de soltarle una inútil regañina.

Gracias a la permisividad de su maestro, Juljunipar tuvo una de sus grandes iluminaciones. En aquella clase fueron varios los conceptos que se hicieron claros en la mente de Juljunipar. Escuchando como fondo a sus pensamientos la insípida cantinela de sus compañeros,

Juljunipar se dio cuenta de que la mayoría de las personas que conocía practicaban el más completo gregarismo. Se sentían implicados en el sistema y aceptaban gustosamente adoptar el papel de engranaje de la gran máquina a cambio de no tener que tomar sus propias decisiones. Era bueno para ellos que hubiera líderes y que las ideas y las normas fueran sencillas y obligatorias. Aparentemente, se dijo Juljunipar, a la gente le daba miedo pensar y vivir.

Por eso nadie hacía preguntas ni se cuestionaba lo que le rodeaba, todos marchaban conformes hacia algún lugar que nadie conocía. Porque todos trabajaban para la gran máquina del Estado, para aquella perfecta sociedad que todos habían construido, aunque nadie lo hubiera hecho por expreso deseo o voluntad. La sociedad no había sido creada conscientemente. Era el resultado de otra de las manías que Juljunipar había descubierto en sus semejantes: la de construir.

Se trataba en verdad más de un vicio que de una virtud. Todas las personas que conocía padecían de aquel mal que les impulsaba a construir, a fabricar y elaborar instrumentos, máquinas, edificios, carreteras, normas, modos de vida, costumbres. Era una forma de ocupar el tiempo y el vacío de su existencia. Una forma de mantenerse ocupados y no pensar en sí mismos ni en su entorno.

Todos decían que seguían un plan y unos objetivos. Pero era falso, o al menos a Juljunipar así se lo parecía. Nadie perseguía una meta y nadie pensaba en el futuro. La gente se limitaba a añadir su aportación a todo lo que ya existía, engrosando ese monstruo que se llamaba sociedad, que parecía infinito, perfecto e inamovible.

Era, a la vez, una forma de evitar la responsabilidad. Si nadie puede permanecer inactivo qué mejor que construir para una entelequia de la que todos forman parte pero con la que nadie se siente identificado. Si la gente trabajase para sí misma, si la construcción hubiera sido algo tan sencillo como la satisfacción personal, cada quien habría tenido que asumir su propia responsabilidad, la responsabilidad de las consecuencias de sus actos y la responsabilidad de su futuro.

Pero nadie comprendía a Juljunipar. ¿Cómo podría haberles comunicado a sus compañeros o profesores sus pensamientos o sus sensaciones sin que ellos se hubieran escandalizado? Juljunipar era, o pretendía ser, un espíritu libre e independiente, pero no se sentía capaz

de enfrentarse a todos y a todo, no todavía; aunque está claro que nadie puede culpar a un niño por sentirse amedrentado ante el inmenso mundo que le rodea. No obstante, Juljunipar se avergonzaba de lo que consideraba su rareza y de su cobardía que le impedía confesarla.

Nadie puede huir de sí mismo y Juljunipar no pudo hacerlo tampoco. Su suerte fue la de aceptarse y conformarse con el mundo a una edad tan temprana como la de siete años. Fue en su cumpleaños cuando el pequeño profeta alcanzó el centro de su sabiduría, todavía en pañales y que tardaría muchos años en madurar. Hemos visto a un Juljunipar descubriendo la realidad, que se desarrollaba lenta y dubitativamente en un mundo inconsciente de su presencia. Sus numerosos pensamientos, sus ideas e impresiones, cristalizaron durante el día de su cumpleaños, momento en el que comenzó a plantearse la inutilidad de su corta vida hasta aquel instante. El resultado de siete años como espectador de sí mismo fue un pensamiento tan trivial como curioso para sus contemporáneos. "Este mundo es tan complicado que creo que nunca voy a lograr comprenderlo", se dijo, y después, con una sonrisa, añadió: "me parece que me va a gustar". Y pensando que la vida era verdaderamente maravillosa, a pesar de que tanta gente se empeñara en ocultar su belleza, decidió que algún día, quizá desde ese mismo instante, intentaría cambiar el mundo.

> Juan Luis Evangelista (de "Juljunipar el Junipundista")

Dios mío, Señor...cuanta miseria y devastación yacen ahora bajo mis botas. Yo sólo soy un soldado del rey, pero no comprendo la guerra, mueres, matas, ¿por qué? por un palmo de tierra...por las peleas doctrinales de unos cuantos hombres, acaso somos nosotros mejores que el enemigo, ellos también sufren y tienen sentimientos...confusos. Yo no odio al enemigo pero el rey nos ordena que le odiemos, ¿cómo puedo odiarle si no le conozco? Dios, Señor...es que acaso ellos no sangran como yo, acaso no son esas vísceras esparcidas por el suelo como las mías. Yo sólo soy soldado del rey y no se permite cuestionar las órdenes, pero por favor que no me obliguen a entenderlas, porque no puedo. Por eso, díganle al rey que hoy un soldado en la tropa, que no entiende las

órdenes, que no comprende por qué es necesario que yo mate a alguien por una colina, o porque habla diferente o porque piensa diferente. Es más, díganle al rey que mañana prepare un patíbulo, porque yo no mato más, ni saqueo más, ni odio más, ni me muestro intolerante nunca más, ni me importa defender este u otro metro cuadrado, ni cumplo órdenes sobre la ley de Dios dictadas por la mano de un hombre y que por todos estos crímenes y según el criterio de mi rey y de su reino merezco la muerte...

Juan Carlos Jiménez Moreno

## APUNTES DE UN SÁBADO NOCHE (ESCRITOS UN DOMINGO POR LA MAÑANA)

T

He estado vagando por mundos de penuria y de asombro. Bajar al interior de ti mismo es un ejercicio difícil y desagradable. He vivido por siglos en la ignorancia buscando en vano las huellas de mi pasado. Vengo del otro lado del espejo para decirme a mí mismo el motivo de mi existencia. Y, finalmente, he encontrado...

He encontrado que vivo para conocerme.

#### TT

Anoche he sentido ese vago presentimiento, esa lucidez espontánea que de vez en cuando me visita. Jugar a aprendiz de brujo no es nada fácil hoy en día. Por eso mi amigo, mi mejor amigo, me ha mirado entre sorprendido y alarmado cuando le he dicho en el servicio (nosotros también cuchicheamos en el servicio):

-Cuidado. Ella nos escucha.

Y, efectivamente, hemos salido del baño y ella nos ha mirado con esa cara agria, los ojos entornados y esa mirada helada y penetrante, llena de cólera, y ha susurrado:

-Sí, lo he oído todo.

#### III

-¿Sabes una cosa? -le digo con mi cerveza en la mano (sin ella no puedo decir estas cosas)- Creo que me estoy enamorando de ti;...desde que te vi entrar...ieres preciosa!

Le digo esto pero mi corazón mira hacia otra parte. Sus ojos negros centellean en la oscuridad. Sus labios tiemblan de emoción mientras la sigo mirando de hito en hito. (En estos momentos, ite sientes tan despreciable!)

Le cojo su fría mano. Tampoco he sentido nada...

#### ΙV

He estado bailando solo bajo el "cielo de Pachá". Es difícil describir una sensación tan extraña. Aquí estoy yo bailando con gente a la que no he visto en mi vida. Bailo solo para hacer tiempo porque mi amigo está ocupado. La gente es rarísima, como sacada de una película de Almodóvar. A mi lado baila una gogó recién llegada del espacio a juzgar por su forma de vestir. La minifalda no le llega ni al ombligo. Me da un poco de pena porque tiene una cara bellísima y un cuerpo admirable y pienso que quizás pudiera ganarse la vida como modelo. Junto a mí la gente murmura que no lleva ropa interior...

Más allá baila otra joven con gafas de sol y no alcanza a entender para qué las necesita. iQuizás la hagan daño estas luces intermitentes! O quizás tenga tan rojos los ojos por las drogas o el alcohol que tema enseñarlos. Justo a mi izquierda un gogó-macho ha subido a la tarima para realizar sus ejercicios de baile.

Y aquí estoy yo, bailando, bajo este "cielo de Pachá", en este ámbito surrealista, preguntándome una y otra vez cómo habré llegado hasta aquí, a este lugar lleno de gente VIP, gente que en absoluto se parece a mí...

Entonces la gogó me ha mirado con una carita dulcemente triste y he sentido pena por ella.

#### ٧/

Luego hemos corrido sin parar hasta Cibeles para coger el "búho" y ha sido llegar y ver como se iba. Nos hemos tumbado extasiados en las escaleras de un portal junto a la Plaza de la Independencia (quizás fuera un banco). Hemos reído sin parar recordando los detalles de esta noche absurda y sin sentido. Nos hemos reído a mandíbula batiente al recordar que ella lo había oído todo. Así nos hemos quedado esperando al siguiente búho...

Luego me he acostado y he soñado. He soñado que vivo para conocerme.

#### Narcisa Tuera

Malditos cretinos, sí malditos cretinos vosotros que os quejáis del gobierno y de la corrupción.

Malditos cretinos, sí malditos cretinos los jóvenes que se quejan de que no hay trabajo.

Malditos cretinos, sí malditos cretinos los que se quejan de que van a perder su empleo.

Malditos idiotas los que miran las ideologías como si fuera ser de un equipo de fútbol sin preocuparse si son justas o injustas o si son soluciones globales o sectarias.

Malditos cretinos los que votan a un determinado gilipollas por vestir o hablar de una forma. iQue se presente Tom Cruise a las jodidas elecciones españolas a ver si consigue el apoyo de los jóvenes de una puta vez!

Malditos cretinos porque vosotros sois los culpables de esos problemas y los únicos capaces de arreglarlos. Tú ¿de qué te quejas?, del gobierno de la corrupción... y ¿por qué coño los votaste? Es que yo no sabía, la pensión...¿Así que votas en función de tu puta pensión? Hombre claro. Te da igual que tus hijos no trabajen, te da igual pagar servidumbres a la inmundicia, te da igual cambiar el mundo. Te da igual todo con tal de que tengas tu puta pensión. ¡Que se disuelva el estado! ¡joder! Que nos paguen a cada uno una puta pensión. ¿Pero de dónde coño crees que sale ese dinero? Ese dinero sale de nosotros, como nosotros mismos vamos a quitarnos la pensión para cuando seamos viejos. Ningún pasmarote político se atrevería a hacer eso, porque todo el mundo de lo que más se preocupa es de su puta pensión.

¿Qué te pasa tío? Que no tengo trabajo.

¿Dónde te gustaría trabajar? En lo mío.

¿Y qué es lo tuyo? Soy licenciado en tal o soy un profesional sin experiencia.

¿Por qué cojones crees que no tienes experiencia? Porque los empresarios son malos y sólo cogen a los que ya la tienen. ¡Ah! ¿Por qué crees que pueden elegir de esa forma? Porque hay poco trabajo.

Y ¿por qué crees que hay poco trabajo? Por la crisis. Y una mierda: hay poco trabajo porque tú, redomado gilipollas, no compras más que productos hechos por máquinas que dan muchos más beneficios a sus propietarios que si tuvieran hombres profesionales como tú.

Pero eso no es lo más grave, marioneta sin conciencia, no, lo más grave es que algunas empresas obtienen sus beneficios no de sustituir hombres por máquinas, sino de sustituir hombres por un hombre que curra más en una semana que tú en toda tu vida. Y además ese hombre no hace bien su trabajo pero a la gente le da igual porque allí está un duro más barato. Ese duro, imbécil, era tuyo y de todos los que no tenéis trabajo y que sin embargo compráis en esos sitios. Así que tenéis en casa cosas que valen dos duros, cuestan un duro menos que los que valen cinco duros (y los valen) y un hijo que no vale nada pero se queja de que no hay trabajo.

Vosotros los jóvenes tenéis una fuerza incontenible pero que está dormida, la fuerza del consumidor. No os quejéis tanto, joder, y haced algo. iComprad a quien dé trabajo! Dejad de adorar a los marcianitos y a los pixels impotentes, apreciad la labor del artesano, del hombre que trabaja con sus manos, porque tú, licenciado de tal, debes recordar que trabajar con las manos es la base de todo y de ti, y no de tu currículum estéril, depende que sea un paso o una llegada (o a lo mejor ni llegas).

¿Cuál es tu ideología? Yo soy de los amarillos.

¿Por qué? Porque mi padre lo era y porque los violetas son muy malos.

¿Has leído el libro "El violetal" o el amarillos de las "naciones"? No, pero el segundo es muy bueno. Además los amarillos me defienden a mí, los demás que se jodan.

Eres crío, eres un crío egoísta y ambicioso. La acepción de ideología sólo lo es si parte desde la solidaridad, si no no es más que un puto gremio, un jodido sindicato, una puta corporación para defender los intereses de los que la forman, fastidiando a los demás, y los demás eres tú que no tienes ideología y no lo ves. El sindicato le dice a la corporación: yo no te fastidio a ti o te fastidio sólo un poquito, si tú no me fastidias a mí y en lugar de eso fastidiamos los dos a los demás.

iA la mierda! iA la mierda, joder! iA la mierda las corporaciones, los gremios! Hablemos de hombre a hombre y por lo que yo sé sólo hay dos clases de hombres: los que dan trabajo y los que trabajan. A los que den trabajo paguémosles nosotros un beneficio, comprando lo que venden. A los que trabajan paguémosles un sueldo, cojones. Y el gobierno que distribuya entre quien no tiene nada, y que se nutra de los que obtengan beneficio sin dar trabajo, y al ver eso se van a otro sitio. Pues que se vayan, ¿qué falta me hace a mí, a nuestro país, alguien que no da trabajo y se lleva el dinero? Ninguna. Estoy seguro de que hay un sustituto para ese producto.

Juan Carlos Jiménez alias "Mariano Cortaporlosano"

La quiero, quiero que sepas que la quiero, no le quiero, la quiero, me es imposible ponerle un le a semejante objeto de mi amor, me es imposible concebir algo masculino que no me devuelva ningún reflejo desprovisto de su femineidad invulnerable, la quiero, pero cien veces me ha dicho que lo nuestro es un romance pasajero, que disfrute con ella, para que me olvide de tenerla siempre. El nombre de mi amada es el que acaba donde empieza el de su hermana, la parca, su hermana la muerte, su nombre es la vida.

El irreverente laísmo

#### **NOSOTROS**

No sé si es un acuerdo o una costumbre, pero hemos decidido comenzar hablando en primera persona del singular. Sí, soy yo quien os habla desde mi individualidad, un yo como cualquier otro. Soy yo el que posee este cuerpo y esta historia, aunque, en la mayoría de las ocasiones me resulta imposible otorgarme el privilegio de la continuidad. Y es que yo os quería hablar de nosotros, y que conste desde este momento que no me estoy refiriendo a ninguna otra persona.

Porque tengo -tenemos- la sensación de ser muchos los que convivimos cada segundo dentro de esta individualidad. ¿Cómo es posible hacer compatibles en una sola entidad aspectos tan diferentes como los que me forman? Hemos oído muchas veces eso de que uno no se conoce a

sí mismo. Otras muchas es uno quien lo ha pensado. No es algo nuevo, así lo demuestra esa vieja inscripción de un templo egipcio, cuyo contenido se atribuyó equivocadamente al bueno de Sócrates: conócete a ti mismo. Un aforismo como cualquier otro, tan simple de enunciar y tan difícil de realizar. Ya quisiera yo poder llegar a conocerme y decir: este soy yo. Aunque también el desconocimiento tiene su gracia, pues nos sirve para ilusionarnos con que nuestros límites no son tan restringidos como a veces pensamos, ya que no nos es posible definirnos siquiera. Pero la complicación no implica esa falta de límites, puede ser resultado de la simple confusión y la confusión, me temo, no es más que otra incómoda limitación.

Me temo, he dicho. Pienso -pensamos- que sería más adecuado decir tememos. ¿Con qué autoridad, con qué seguridad, me atrevo a hablar de un yo definido que anida en mi conciencia cuando no tengo la convicción, ni siguiera la presunción, de su existencia? Más bien me parece que somos muchos, y dispares, los caracteres que constituimos esta apariencia de individualidad. ¿Cómo identificar en una sola personalidad facetas tan diferentes como ese yo valiente que se atreve a admitir su falta de individualidad con aquel otro atemorizado por todo y por todos que sólo busca encontrar seguridades? Mi yo racional lo estima imposible, mientras que ese otro yo apasionado y vehemente considera que no es necesario el razonamiento cuando es suficiente la certeza de lo que se siente con el corazón. Pero aún se les opone a ambos el yo ladino y traicionero dispuesto a contemporizar entre todos los demás buscando un acuerdo con el que no comulga pero considera provechoso. Y el yo optimista encuentra triviales todos los argumentos y se fascina ante la maravilla de la propia existencia, aliándose con el yo despreocupado y hedonista al que sólo le interesan lo sensual y lo agradable. Y a la vez, en perfecta continuidad y desarmonía con los anteriores, se eleva la voz del yo pesimista que sólo es capaz de ver la negrura de las cosas, en completo acuerdo con el vo desconfiado e inseguro que no cree en la posibilidad de que de tanta confusión como anida en mi interior pueda surgir nada provechoso. Mientras, el yo desapasionado analiza todos los factores de forma aséptica e impersonal sin encontrar una solución clara, turbado en su estudio por la impaciencia del yo enamorado que nunca es capaz de pensar en sí mismo

y se aleja cuanto puede del propio torbellino buscando una complicación aiena. Entonces se eleva la voz de un yo curioso y alegre que busca una norma para el más allá, intentando ver las cosas en un conjunto aclarador. Pero otro yo, cerrado y lleno de prejuicios, envenena al anterior con negros argumentos e intuiciones de ceguera. Y un yo amable, pero a la vez narcisista, se empeña en encontrar un acuerdo provechoso para todos, buscando sin saberlo un acuerdo con el yo traicionero que trabaja en el mismo sentido pero por diferentes motivos. Y el yo locuaz y extrovertido trata de amordazar al yo tímido y silencioso para conseguir contar a los otros yos -nosotros- toda la confusión que ve dentro de sí. Aunque el yo pragmático, amigo del ciego, se ríe para sí, divertido por la inutilidad de los esfuerzos de sus compañeros, consciente de que sólo lo útil merece el mínimo esfuerzo. Ante él se alza la voz del yo perezoso e indolente que piensa inútil cualquier esfuerzo y susurra palabras que aqudizan el desaliento de un yo deprimido que busca no sabe qué. A la vez, otro yo contestatario, amante del cambio, piensa que debe romper con todo, y un yo destructor le da la razón y conviene en buscar su propia autodestrucción. Y entre todos ellos, y muchos otros que actúan de forma explícita o solapada, se alza la voz de un vo dictador que se cree capaz de someter a los demás y de hablar de un yo singular, que los contiene y consiente a todos, pero que, en realidad, sólo es una fantasía compuesta por todos ellos en extraña mezcla, sometido a la continua mutación del tiempo que elimina toda posibilidad de reconocimiento por parte de ese imposible yo. Porque los yos que contiene parece que fluctúan y cambian, como si nunca fueran iguales. Y cuando el yo trata de hacer memoria, se convence de que se reconoce en un yo distinto que ocupó su lugar un instante antes pero que, en el fondo, era una entidad muy diferente. Y cuando dice "yo hice" o "yo pensaba" escucha cientos de vocecitas interiores que, antes de desaparecer y dejar su lugar a otros yos diferentes, le recuerdan que quizá aquel no era el mismo yo, sino otra -otras personas- que en el mismo instante en que su presente se convirtió en pasado dejaron de existir.

Pero da igual lo que yo -nosotros- pensemos. Puesto que seguimos sometidos a la esclavitud de compartir esta individualidad y de aceptar tan incómoda sucesión de conciencias. Sólo nos queda el remedio del reconocimiento. Me obligo -nos obligamos- a reconocerme en cada una de mis personalidades, en esa sucesión temporal de individuos a los que llamo yo. Y no renuncio a llegar a conocerme, aunque lo considero un sueño imposible, ni abdico de lo que considero mi conciencia en favor de este montón de pequeños yos que forman un todo de heterogénea miscelánea. Y creo que, a pesar de tanta complicación, estoy contento no sólo de ser, sino de ser lo que soy.

Club de personalidades de Juan Luis Monedero Rodrigo TAN LEJOS

Algo tan sencillo como dos personas que van a tomar el metro para viajar hacia un destino. Especifiquemos un poco más: son dos jóvenes, chico y chica, ambos estudiantes, ambos vecinos, ambos desconocidos. Habrá que ponerles algún nombre. Podrían ser cualesquiera, si no te gustan los míos estás en tu derecho a cambiárselos.

Ella se llama Beatriz. Saca su pase del bolsillo, mete el billete en el torno y se dirige al andén. Con la seguridad de la costumbre se sitúa al principio de la estación, en el lugar que ocupará la primera puerta del vagón de cabeza. Hoy se ha levantado un poco tarde. La película de la noche anterior le gustó tanto que decidió verla hasta el final y atrasar una hora el despertador para no acumular sueño. Se ha perdido la primera hora de clase en su facultad pero no siente remordimientos. Por las mañanas estudia historia: lleva el tercer curso completo y una asignatura pendiente del segundo. Por la tarde trabaja en la mercería de su tío y se gana un dinero que no les viene nada mal ni a sus padres ni a sus pequeños gastos.

Él se llama Arturo. Paga un billete sencillo en taquilla y se dirige, un tanto dubitativo, al andén. No suele tomar el metro y le asusta su sencillez. Casi teme perderse, desconfiado de la claridad de los itinerarios. No sabe dónde queda la salida de su parada. Mira alrededor y, sin motivo aparente, se dirige a la cabeza del tren. Se sitúa a unos metros de una chica que parece muy segura de estar en el lugar correcto. Es Beatriz. Arturo no va a clase. También es estudiante y tiene todas las asignaturas por la mañana, pero hoy es la fiesta de su facultad. Arturo estudia cuarto de económicas, saca buenas notas y no

trabaja, aunque no descarta la posibilidad de ponerse a hacerlo en algún momento. Por ahora no le molesta holgazanear. Esta mañana ha quedado con una amiga de clase para visitar una exposición. Es una cita, aunque Arturo prefiere no verlo así. Aún no está seguro de querer salir con ella más o menos en serio.

Beatriz está mirando a su derecha. Espera la llegada del metro, que tarda más de lo habitual. No le gustaría perderse también la segunda clase. A su lado hay un chico interesante. Es Arturo, pero para ella es un desconocido. Arturo mira su reloj, aburrido, sin saber dónde poner las manos. La falta de la carpeta bajo su brazo convierte a su miembro en una prolongación inútil que no puede permanecer quieta. Arturo alza la vista y mira a su izquierda, buscando a la chica de al lado, que es Beatriz. Sus ojos se encuentran y las miradas se mantienen. Arturo sonríe y, un poco asustado, termina apartando la mirada. Beatriz también sonrie y sique observándolo. Los dos disimulan el encuentro. pero a los pocos segundos vuelven a mirarse fijamente para luego apartar la vista hacia ningún lado. Arturo vuelve a mirar al reloj y Beatriz observa interesada lo que ocurre a su izquierda, por donde nunca aparecerá el tren. Poco a poco el andén se llena de gente y entonces, con la seguridad del anonimato, los dos vuelven a buscarse con los ojos entre la multitud. A pesar de la gente, sus miradas se encuentran de nuevo, pero se sienten menos violentos porque ya no son miradas directas entre dos solitarios.

Las personas siempre tienen un aspecto. Para bien o para mal son como son, tanto por fuera como por dentro. Hoy en día se puede modificar el aspecto, el carácter también se puede moldear en cierta medida. Habrá que describir a Arturo y a Beatriz. Tal vez no son como te los imaginas. Para nuestra historia, su aspecto y su personalidad son lo de menos. Lo importante es que son dos personas, así que, si no te gustan tal y como te los describo, puedes pintarlos con los colores que te apetezcan.

Empecemos por las damas, que siempre son más bellas:

Beatriz es hermosa. Al menos lo es para mí, no puedo pretender que mi gusto coincida con el tuyo. Arturo, eso sí, compartió mi opinión en su momento. Toma lápiz y papel a ver si eres capaz de hacer un boceto aproximado de su aspecto. Beatriz es alta y delgada, es castaña aunque prefiere ir de rubio, tiene unos hermosos ojos color avellana, grandes y redondos, con arruguitas en sus bordes que hacen pensar que siempre ríe. Sus cejas, sin teñir, son oscuras, casi negras, delgadas pero tupidas. Su nariz es un poco larga y estrecha, con el arco un tanto marcado, debajo se dibuja su boca, un poco ancha y de labios relativamente carnosos. Es una boca grande, pero no fea, aunque Beatriz trata siempre de disimular su tamaño con el maquillaje. Su cara es oval, con barbilla puntiaguda, las mejillas un poco hundidas, la tez clara pero no pálida, Junto al mentón, en el lado izquierdo, tiene un lunar redondo, del tamaño de un grano de anís, que resulta muy gracioso. Es una chica pecosa y también tiene lunarcitos en las orejas, aunque el pelo largo y rizado los oculta. En realidad Beatriz sólo pretende ocultar las orejas, porque cree, sin mucha razón, que las tiene grandes y salientes. De su físico no hay mucho más que decir. Como casi todo el mundo, tiene cuerpo, brazos y piernas, pero todos sabemos que no siempre es fácil distinguir a las personas por su cuerpo. Puede que a muchos os interese, así que os diremos que Beatriz es una chica bien formada, con carnes prietas y de las que marcan curvas: con pecho pronunciado sin llegar al exceso, con un buen trasero, la cintura ni ancha ni estrecha y las piernas largas y bonitas. Ella lo sabe y es por eso por lo que, cuando tiene ocasión, sustituye los vagueros y faldas largas por la minifalda y las medias o los pantalones ajustados. Supongo que esta descripción te habrá dicho poco de Beatriz. Es lo normal, por eso píntatela como prefieras. Para Arturo, sin embargo, su imagen, que no en vano vale más que mil palabras, sí supuso un descubrimiento interesante.

Pasemos ahora al chico. Perdonadme si la descripción es más escueta esta vez. Los chicos suelen ser menos sugerentes en cuanto a sus formas que las chicas. Arturo es atractivo. Es lo que suele decirse cuando la palabra guapo no parece ser la más adecuada. En este caso es cierto. No creo que se pueda decir que Arturo es un chico guapo, pero su aspecto sí es interesante. Es un chico alto y relativamente fuerte. No es un "pecho lobo", pero tampoco un enclenque. Es moreno, de pelo rizado y rostro tallado con formas duras pero no desagradables. Su rostro no es hermoso, pero sí tiene carácter. Es lo que da personalidad a su aspecto. No sé hasta qué punto es cierto, pero a veces me parece más interesante un rostro con carácter que una cara bonita sin color,

que al final es una cara de nadie. Los ojos de Arturo son oscuros, casi negros, con largas pestañas y cubiertos por cejas negras y espesas, su nariz es grande, pero acorde con el tamaño de su cara, larga y estrecha. Su boca es fina, pero de labios rojos, y está bordeada por una barba recia y poblada que se afeita todas las mañanas. Su piel es tostada, del color de la miel. El cuerpo de los chicos parece un poco menos interesante que el de las chicas. El de Arturo no es una excepción. A algunas les gustan los cuerpos velludos, el de Arturo lo es. A otras les gustan los traseros prietos y rellenos, el de Arturo no lo es. Tiene anchas espaldas, brazos y piernas largos, y unos pies enormes, de los que se burla en público y se avergüenza en privado.

Vistos así, Arturo y Beatriz parecen dos personas como cada cual. Lo son. Si no os gusta su aspecto cambiádselo. Si a estas alturas tus personajes tienen nombres y aspectos distintos a los míos no importa para la historia que sigue. Es más, también podrías inventarles otra personalidad, que tampoco entonces se alteraría el relato, al menos no en lo esencial. De hecho, esta es una historia de sentimientos, y casi todo lo que se ha contado hasta ahora es completamente superfluo y accesorio.

De sentimientos he dicho. Podría decir que de sentimientos superficiales. No sería del todo cierto. Son superficiales porque provienen de un conocimiento ligero, de un encuentro casual que, en el fondo, no supone verdadero conocimiento. Pero no se trata de sentimientos vanos, quizá porque los sentimientos, si son verdaderos, nunca lo son.

Hasta ahora hemos presenciado uno de esos encuentros que nos proporciona de cuando en cuando el azar, haciéndonos presente a una persona que nunca había existido para nosotros. Eso les había pasado a Arturo y Beatriz. Aquellas miradas que habían intercambiado no eran otra cosa que una especie de simpatía compartida, una conversación sin palabras en la que ambos repetían una sola frase: te he visto entre toda esta gente y eres la única persona que hace que, en este preciso instante, yo no me sienta del todo solo.

Muchas veces se habían cruzado sin verse, quizá se habían rozado por la calle o habían oído, como un ruido de fondo, la voz del otro en una conversación ajena. Ahora, aunque no había palabras de por medio, existía comunicación, un mensaje que, tímidamente, trataba de alcanzar al otro a través de la enorme distancia del desconocimiento.

En un visto y no visto llega el metro. Viene inusualmente vacío. Beatriz ha acertado con el lugar de la puerta. No es casualidad. Los años de práctica y la multitud de viajes haciendo el mismo recorrido son una buena justificación para su acierto. Arturo no ha tenido suerte. Entra el último en el vagón, un instante antes de que se cierren las puertas. Ya no hay asientos libres. Beatriz, por su parte, se ha sentado junto a una señora gorda que la aprieta con su enorme trasero contra el brazo del asiento. Arturo, en un gesto intencionadamente casual, se dirige hacia un hueco justo frente al lugar que ocupa Beatriz. Desde allí contempla el detalle de la gorda y observa como Beatriz abre una novela y empieza a leerla con bastante interés. Es una pena. Tanta atención para con el libro parece haber terminado con el entretenido juego de miradas, diversión de casi todos los solitarios.

Arturo se aburre. Él no trae consigo libro que leer y no tiene más pasatiempo que observar a través de las ventanillas la oscuridad del túnel o mirar a los pasajeros del vagón. Lee los encabezamientos de las noticias de un periódico deportivo de un señor calvo sentado justo a su lado. Contempla las piernas envueltas en seda negra de una señora de mediana edad, tal vez una secretaria, que ojea unos informes. Ve a cuatro chicos que hablan casi a gritos, haciéndose notar. Son unos chavales de camino al colegio, deseosos de demostrar a sus compañeros que su lenguaje y sus acciones pueden resultar tan groseros como los de los demás. Arturo nunca se había dado cuenta de lo ridículos que resultan unos chicos intentando parecer más mayores de lo que son. Un par de chicas jóvenes, probablemente universitarias, charlan sentadas una junto a la otra acerca de alguna asignatura de quién sabe que especialidad. Arturo, paseando los ojos de un lado a otro, vuelve a encontrarse con la figura de Beatriz. Decididamente es una chica bonita. Así, ensimismada en la lectura, tiene un encanto diferente. Y vive en su mismo barrio, quizá son vecinos sin conocerse. Arturo se pregunta dónde irá.

En ese momento el tren llega a la siguiente estación. El exterior se ilumina y docenas de rostros nuevos observan desde el otro lado de las ventanillas. Arturo pasea su vista por entre aquella nueva

multitud desconocida sin buscar nada en concreto. En su azaroso peregrinar, la atención de Arturo vuelve hacia Beatriz. Ella lee su novela, indiferente a lo que ocurre a su alrededor. O no tan indiferente. Al detenerse el tren su vista se levanta desde las páginas hacia la puerta que acaba de abrirse. Tal vez busca algún conocido entre los que entran. Quizá pretende, simplemente, entretenerse observando entre los nuevos pasajeros algún rostro o gesto interesante. Los ojos de Beatriz se desvían hacia Arturo. No es casualidad. También ella recuerda el breve encuentro de la estación y busca, sin confesárselo, su repetición. Arturo, que no lo esperaba, se siente un poco incómodo. No es lo mismo espiar sin ser visto que encontrarte frente a frente con los ojos, con la consciencia, de la persona observada. No obstante, tras el primer instante de duda, los dos jóvenes mantienen la mirada fija en el otro, presa de algún magnetismo que no es capaz de romper el prejuicio de la extrañeza, Arturo, sin saber por qué, sonríe, Beatriz devuelve la sonrisa y, previendo la ruptura inminente de la magia para dar paso al incomodo, retira la mirada y vuelve a su novela.

Arturo se siente feliz. Esos extraños encuentros siempre le han fascinado. Son una forma de fugaz enamoramiento, de amistad instantánea e irrepetible. Beatriz, presa de un sentimiento similar, sonríe frente a la insípida novela, levanta ligeramente la cabeza y busca de nuevo a Arturo. Allí está, frente a ella, pero ya no la mira. Parece observar el periódico del vecino. iDeportes, cómo no! El chico alto e interesante lee noticias deportivas. Pero ese signo, que para Beatriz es de vulgaridad, vuelve a Arturo más real a sus ojos. Es una persona como cualquier otra. Alguien con quien se puede hablar o discutir, alguien que comentará con los amigos las noticias deportivas.

El tren llega a la siguiente parada. Es la de Arturo. Beatriz todavía lo mira y se siente desilusionada cuando se da cuenta de que va a descender. Es una pérdida para ella, puesto que cualquier otro día la magia se habrá perdido, si es que se produce otro encuentro. Arturo va a salir. Discretamente se vuelve hacia Beatriz, en un gesto de silenciosa despedida. Las dos miradas vuelven a encontrarse y los dos se sienten un poco tristes, como amigos que no van a verse durante mucho tiempo. Arturo se baja y no vuelve a mirar atrás. Beatriz retorna a su lectura. Y aquí podría haber terminado todo.

Hay que aclarar que el asunto, desde un punto de vista material, terminó en este punto. Hay que hacer notar esto para aquellos que sólo quieren oír hablar de los hechos, pues piensan que lo demás son monsergas. Bien, pues resulta que lo que resta de esta historia son monsergas y, lamento desilusionarlos, creo que son el meollo de la cuestión.

Decía que aguí podría haber terminado el asunto. Para nuestros queridos materialistas aquí terminó. Arturo y Beatriz no volvieron a verse. Tal vez se cruzaron sin reconocerse o estuvieron a punto de encontrarse. Como sucedió aquella vez, dos semanas después de su único encuentro, cuando todavía tenían la memoria y la impresión frescas. Estaban los dos en una discoteca. ¿Por qué habían ido a la misma discoteca y el mismo día cuando no eran las discotecas su lugar predilecto, ni esa en concreto la que solían frecuentar? iVaya usted a saber! Cosas del azar y los amigos. Como fue cosa del azar el hecho de que no se vieran en la discoteca aunque los dos estuvieron apoyados en la misma columna, casi espalda contra espalda si no hubiera sido por el pilar de hormigón que los separaba. Si hablo de este casi encuentro en la discoteca, entre otros que casi ocurrieron o pudieron haber ocurrido, es porque mucha gente tiende a desinhibirse en esos lugares. Es posible que el mismo Arturo, bastante poco dado a tomarse familiaridades con desconocidos, se hubiera atrevido a dirigirse a Beatriz si la hubiera visto aquella noche. Pero no se vieron. No volvieron a verse nunca más. Porque mucho más tarde, cuando volvieron a coincidir, ya apenas si se recordaban. De modo que no hubo más encuentros.

Pero para vosotros, o -si me permitís que me incluya en esa categoría- para nosotros los románticos hay una serie de sucesos -o no sucesos- posteriores y simultáneos al encuentro anterior que no debemos dejar pasar de largo. Si eres uno de los materialistas satisfechos con la realidad pura y dura, puedes dejar de leer esta historia, pues para ti nada nuevo va a suceder.

Pero sí hay mucho todavía que puede contarse, quizá lo más importante. En primer lugar hay que hablar de los sentimientos de Arturo y Beatriz. Es posible que no se traten más que de impresiones, puesto que no tuvieron continuidad. Pero lo cierto es que a Arturo le gustó Beatriz nada más verla y a ella le gustó igualmente nuestro

Arturo. No es nada extraordinario. Muchas veces nos encontramos con gente que nos cae bien a primera vista, con gente que nos gusta. Otras veces sucede justo al contrario; un sólo vistazo nos sirve para decidir que alguien nos cae gordo. No es algo consciente; no tiene por qué serlo. Hasta aquí todo es normal: dos chicos que se caen bien a primera vista. De una breve impresión al verdadero amor hay una enorme distancia. Arturo y Beatriz nunca llegaron a salvarla. Ese momento de secreta intimidad en el metro no puede llevarnos a pensar en un flechazo, en un enamoramiento. Pero eso no quiere decir que el enamoramiento no hubiera sido posible si la intimidad se hubiera mantenido o repetido.

Pero Arturo dejó de existir para Beatriz igual que Beatriz dejó de existir para Arturo. Después de su encuentro cada uno de los dos pensó en algún momento en el otro, especialmente cuando iban a tomar el metro, cuando reaparecía la esperanza de volver a verse, una esperanza sencilla y alegre por que se repitiera un suceso grato que los había sacado de la monotonía. Pero, ya lo hemos dicho, no hubo encuentro. Aquella misma noche Beatriz tuvo un sueño en el que aparecía Arturo. En el sueño parecían estar enamorados y salían juntos. Era un sueño agradable. También Arturo soñó con Beatriz, pero fue unas semanas después. Beatriz no era un personaje principal, pero sí la recordaba al despertar. Era un sueño extraño en el que Arturo se veía a sí mismo como presentador de un espectáculo circense que después, de repente, aparecía en mitad de la pista entre los leones. Sucesivamente pasaba de presentador a domador y de domador a payaso. Luego, en el último cambio de escena que recordaba, Arturo volvía a ser domador, pero esta vez de caballos. Preciosas amazonas iban de pie sobre los numerosos caballos que corrían alrededor de la pista, siguiendo las órdenes de Arturo. Una de ellas, la única que recordaba, era Beatriz, y le quiñó un ojo al pasar a su lado. No recordaba más del sueño. No es necesario buscar explicaciones trascendentes a los sueños de ninguno de los dos. Podían ser resultado del simple juego de la memoria y el subconsciente. En todo caso no volvieron a repetirse.

¿Cuál es, pues, la gracia de todo este intrascendente asunto? Podría decir que no la hay, con lo cual contentaría a los materialistas recalcitrantes que, desoyendo mi consejo, han proseguido con la lectura.

Y podría decir que la gracia está en lo que podría haber sucedido entre Arturo y Beatriz si el azar y la distancia hubieran jugado a su favor.

Porque amigos, Arturo y Beatriz estaban hechos el uno para el otro, y ahí está la gracia del asunto. No estoy hablando del destino. Se trata de una cuestión de afinidades, compatibilidad y gustos. Si Arturo y Beatriz hubieran llegado a conocerse de veras, es muy probable que se hubieran enamorado entre sí, aunque también cabe la posibilidad de que no hubieran pasado más allá de la amistad. Pero entre los numerosos saltos mortales que supone el enamoramiento, nuestros dos personajes ya habían completado el más difícil: los dos se gustaban, se caían bien, se resultaban atractivos. Sin eso no hay amor, con eso y nada más tampoco. Pero ese prerrequisito ya estaba cubierto. Además hacen falta otras cosas: conocerse, intimar, tener afinidades comunes y otras que no lo son pero resultan compatibles. Pues Arturo y Beatriz las tenían.

No es ningún disparate pensar que si Arturo y Beatriz hubieran sido amigos podrían haber llegado a enamorarse. Ambos tienen gustos y aficiones comunes. Por ejemplo, a ambos les gusta el mismo tipo de música, ambos leen mucho, su película preferida es "Con faldas y a lo loco", los dos disfrutan paseando por el parque o yendo de excursión. Su deporte preferido es conversar. Es cierto que Beatriz es bastante crítica, un poco exaltada en cuanto a sus opiniones. Él es más resignado, menos combativo. A ella le gusta discutir, a él charlar sin más. Pero esa diferencia de carácter no tenía por qué haberlos distanciado sino al Sus conversaciones podían contrario. haber sido sumamente enriquecedoras e interesantes para los dos.

Sí, su carácter es diferente en muchos aspectos. Él es muy tranquilo y paciente, aunque si se irrita es insoportable. Claro que resulta difícil sacarlo de sus casillas. Le gustan el orden y la razón. Quizá por ello no es muy soñador, aunque todos tenemos nuestra pizca de lunáticos. Sí, es uno de vosotros, los materialistas. No confía demasiado en sí mismo, tal vez como consecuencia de su timidez, pero siempre está haciendo planes de futuro. Le encanta tenerlo todo programado. No como ella. Beatriz es el desorden, la sorpresa, el azar. Su cabeza siempre está en funcionamiento, pero da saltos desde un lugar a otro. No obstante le gusta tener ciertas seguridades. Le asustan el vacío en el futuro y en su vida. Tal vez por ello siempre está haciendo

cosas. Contrariamente a Arturo es bastante impaciente e irritable. Se deja llevar por sus impulsos, que son fuertes y volubles. No obstante su fuerte carácter, suele ser amable y extrovertida. Suele caer simpática a casi todo el mundo. Tiene don de gentes. Y bueno, a pesar de lo que se pueda pensar, si Arturo y Beatriz se hubieran conocido se habrían llevado bastante bien, aunque, de vez en cuando, su carácter los habría hecho enfrentarse como el perro y el gato. Esto también tendría su gracia. La relación entre las personas se estrecha tanto por la armonía como por un enfrentamiento seguido de una reconciliación.

A simple vista los dos parecen buenas personas, casi como cada cual. No tienen enemigos declarados. Tienen amigos, pero pocos verdaderos. Tienen familia, tienen ocupaciones con las que rellenar su tiempo, tienen aficiones, tienen ideas y sueños. Pero nunca llegaron a compartirlos.

Muchas veces se reúnen en una pareja las circunstancias que hemos visto en Arturo y Beatriz sin que lleguen a enamorarse. Pero creedme, entre estos dos es muy posible que hubiera saltado la chispa que hace falta para la ignición. Si queréis llamadlo magia, pero la posibilidad de esa chispa existía entre Arturo y Beatriz.

Os decía que no hace falta recurrir al destino, ni a la Divina Providencia, que para los efectos da lo mismo. También mencionaba el azar, aunque si gueréis podéis hablar de esa multitud de factores que no podemos controlar y reunimos juntos en el saco de la suerte. Pero, ¿cuántas personas existirán en el mundo que podrían haber sido tu pareja perfecta? Sí, te hablo a ti, a todos vosotros y a mí mismo. Hay tal cantidad de gente en el mundo, la mayoría de la cual nunca llegaremos a conocer, que sería extraordinario si entre todos ellos no existiera alquien cuyo aspecto y carácter no se amoldaran a nuestros gustos casi como un quante, alquien a quien le pareciésemos maravillosos, que hiciera brotar la chispa y, lo que es más, que no nos equivocáramos y nuestra unión fuera verdaderamente perfecta. Pero es imposible conocer a todo el mundo y poder encontrar esa persona ideal. Si crees en el destino puedes pensar que si existe esa persona puede esperarte indefectiblemente en el futuro o, si quieres, puede ser que te espere una persona odiosa o que no es la más adecuada, pero que, igualmente, no podrás escapar de ella. Si crees en el destino sea como tú guieras. Pero,

si no crees en él, sólo te quedan el azar y la ocasión. Naces en un lugar, conoces a determinada gente, te cruzas con mucha otra y sólo entre la gente que encuentras en tu camino puedes escoger a la persona adecuada. Tienes que confiar en el milagro que te permita acertar. Y además ha de ser un milagro plural, puesto que es cosa de dos. Sin embargo, todos lo hemos visto, el milagro se produce muchas veces, o nos hacemos la ilusión de que ocurre.

Pues ese azar que puso a Arturo junto con Beatriz por un instante también los separó para no volver a reunirlos. Es un azar relativo, puesto que ambos eran vecinos. Aquí interviene la ocasión. Si dos personas están separadas por el desconocimiento, la distancia, la cultura, el medio, es difícil que ningún azar pueda reunirlos. Pero Arturo y Beatriz no estaban tan lejos como parecía.

Ya hemos visto que nuestros dos protagonistas podían haber formado una buena pareja. Pero nunca se volvieron a encontrar, nunca tuvieron la oportunidad de conocerse. Y, sin embargo, esa posibilidad no era tan lejana como puede pensarse. ¿Por qué digo todo esto? Porque el milagro podía haber sucedido.

Digamos cifras: Arturo y Beatriz vivían en el mismo barrio, en calles próximas, a sólo doscientos metros uno del otro. No es descabellado pensar que tuvieran conocidos mutuos y frecuentaran lugares comunes. Ciertamente los tenían y los frecuentaban. Pero aquí influye la suerte. Cuanto más superficiales fueran esos conocidos o menos lugares comunes frecuentaran más difícil sería el encuentro.

Podemos establecer muchos caminos que nos llevarían desde Arturo hasta Beatriz pasando por conocidos comunes. Algunos serían muy largos, pero otros no lo serían tanto. Hay uno, especialmente corto, que podía haber unido a Arturo y Beatriz en numerosas ocasiones, pero nunca lo hizo. Nuestros dos personajes lo recorrieron el mismo día en que se conocieron en el metro, pero la fortuna no les acompañó. Lo cierto es que a Arturo y Beatriz no los separaban más que tres personas.

El asunto es muy sencillo. El mejor amigo de Arturo se llama Antonio. Antonio es vecino suyo y estudia en su misma facultad. Arturo y Antonio se ven muy a menudo y van juntos a muchos lugares. Van a clase juntos, se divierten juntos, pasean juntos. Antonio tiene novia. Su novia se llama María Luisa. Ella no estudia. Mª Luisa trabaja en una tienda de ultramarinos donde suele ir a comprar la madre de Arturo. También él. a veces, especialmente durante las vacaciones de verano, va allí a comprar lo que su madre le encarga, Arturo conoce a Mª Luisa, no en vano es la novia de su mejor amigo. No tiene mucha confianza con ella, pero siempre que la ve la saluda y charlan unos minutos. Pues Mª Luisa tiene una hermana. En realidad tiene un hermano mayor y una hermana un año menor, pero sólo nos interesa ahora su hermana. La hermana se llama Ángela. No trabaja en la tienda. Ella sí estudia. Está haciendo derecho, lo cual ahora no nos interesa. Lo que sí es importante es su relación con Beatriz. Beatriz tiene dos grandes amigas, ambas del instituto. Siempre salían juntas y no tienen secretos entre sí. Una es su amiga Remedios, que estudia también derecho. La otra es Ángela. Las tres eran inseparables hasta que Remedios se fue a vivir con sus padres a otra ciudad. Ahora sólo quedan Ángela y Beatriz, Por Ángela Beatriz conoce a Mª Luisa. También ella compra a veces en la tienda de ultramarinos. Igual que Ángela va de vez en cuando a la mercería del tío de Beatriz, no tanto para comprar sino para ayudar y darle palique a su amiga. También Beatriz habla a menudo con Ma Luisa. Y conoce de vista a su novio, aunque no sabe cómo se llama.

Así que Arturo y Beatriz están separados sólo por tres personas, conectados, si lo prefieres, por una cadena de tres eslabones. Tan cerca pero a la vez tan lejos. No habría sido extraño que se conocieran por medio de sus amigos. Supongamos que Beatriz hubiera hablado a su amiga Ángela de Arturo. Supongamos que las dos amigas, yendo juntas, hubieran visto a Arturo junto con Antonio, el novio de Mª Luisa al que Ángela conocía. El saludo y la presentación habrían sido inevitables. La excusa para un nuevo encuentro estaba servida. La posibilidad de la magia y la chispa se habría presentado de nuevo. O bien, desde el otro lado, supongamos que Arturo va a comprar y se queda hablando con Mª Luisa. Podrían haber aparecido Ángela y Beatriz. Nueva excusa para reconocerse, nueva excusa para presentarse. Pero no sucedió nada parecido. Si milagroso parecería el encuentro, casi igual de milagroso parece que Arturo y Beatriz no volvieran a coincidir.

Esa misma tarde, por ejemplo, Arturo y Antonio salieron a pasear. Antonio le picó a Arturo hablándole de su cita con Rosa, la chica

de clase, por la mañana. Arturo no tenía ganas de hablar de ella, aunque la visita de la mañana había sido agradable y había difuminado la impresión previa de Beatriz. Los dos amigos fueron hasta la tienda de ultramarinos. Antonio había quedado con su novia y Arturo le acompañaba para saludarla y despedirse de su amigo hasta la mañana siguiente en clase. A su vez Beatriz, al salir de la mercería, había quedado con Ángela para dar una vuelta y hacer planes para el fin de semana. Ángela tenía un recado para su hermana Mª Luisa y las dos amigas fueron hasta la tienda, aunque estaba a punto de cerrar, para transmitírselo. Ma Luisa estaba haciendo cuentas para cerrar la caia v no les hizo mucho caso. Hablaron unos minutos y se fueron. Unos instantes después llegaron Antonio y Arturo. Esperaron a que Mª Luisa saliera y Arturo, después de saludarla, se despidió de los dos. Antes, Ma Luisa hizo un comentario casual: "Parece que hoy viene a verme todo el mundo; hace un momento han estado aguí Ángela y su amiga". Efectivamente, hacía sólo un momento. Si hubieran salido juntas las tres, Arturo y Beatriz habrían sido presentados, habrían vuelto a verse y se habrían reconocido después del reciente encuentro de la mañana. Pero no fue así y nunca volverían a estar más cerca.

Mala suerte o simple azar, llámalo como quieras. O, si lo prefieres, pon al sino por medio y piensa que Arturo y Beatriz estaban destinados a no conocerse. El resultado es el mismo. ¿Acaso es uno libre para decidir con qué personas quiere, debe o puede relacionarse? Parece que no. El amor puede ser ciego, pero no puede salvar todas las distancias, a veces ni con ayuda de lazarillos, porque también es cojo y no puede saltar. Los dos podían haberse conocido y haber establecido una buena relación, pero no lo hicieron. Estaban cerca en la distancia, pero su oportunidad pasó aquella mañana. Tal vez porque no era una verdadera oportunidad y nunca hubo una mejor. Por eso siempre estuvieron tan lejos.

Aquí termina la historia. Aunque, si quieres, puedo darte un breve apunte del futuro, que ya es pasado también. Arturo terminó saliendo con aquella chica de su facultad. Se llama Rosa, creo que ya te lo he dicho. No parecía nada serio, pero la magia surgió y su relación todavía dura. Beatriz aún no ha encontrado al chico de sus sueños, aunque un compañero de Ángela, amigo común, lleva un tiempo tirándole

los tejos y no le es desagradable, así que, tal vez, si el chico tiene paciencia y voluntad, y ella no se cansa o encuentra algo mejor, tarde o temprano logrará el éxito. Lo último que puedo decir es que recientemente Arturo y Beatriz han vuelto a coincidir en el metro. Muchas veces, cuando Arturo va a recoger a Rosa, toma el metro y coincide con Beatriz, que va a clase por la tarde. Los dos se ven en la estación y tal vez se observan entre la multitud, pero no se reconocen y me temo que ni siquiera se recuerdan. Es lástima, cuando podían haber estado tan cerca.

# Juan Luis Monedero Rodrigo

Arropado estaba por una carpa de inocencia.

Mi conciencia no crecía en grandilocuencia para enfrentarse a los banales murmullos de la ilusión protectora de mi niñez. Me enfrentaba con valor a los pequeños problemas parásitos de los auténticos.

Hasta que un día, desperté, pero no soñoliento, ni grimoso sino súbitamente, como quien resucita como quien despierta a la vigilia del infierno que sólo creía ver en sueños.

Mi perspectiva del mundo cambió de manera brusca o tal vez acaso empezó a existir.

Mis pies ya no pisaban, ni andaban hacia encuentros juveniles, las expectativas de mi inocencia se tornaban imposibles y surgían otras...surgían otras.

La Osa Mayor se convirtió en una estrella, y mi imaginación me sugería un futuro más largo, como el caminante que pasea su intriga en el suelo que pisa y de repente mira al frente.

A la par de mi resurrección, como una rosa roja que crece frente al reflejo de una rosa negra, surgía la otra gran revelación, el matiz, la huida del absoluto lo que de indefinición tiene el hombre.

Cuanta porquería surgió al abrigo de aquella negra rosa. Cuanta maravilla surgió entre las cloacas maniqueas de mi cierto pasado y mi incierto futuro.

Pero eso no era todo. Fue más curioso aún el despertar al no saber qué,

al plantearse. Las tiernas y cándidas lunas de mi niñez mudaron sus confiadas sonrisas y se tornaron misteriosas.

Después del amanecer, después del atardecer, la noche, la célebre, negra e incontada noche.

El ilusionado corazón de un niño ante una noche nueva y apasionante pero con el silencio por respuesta...o tal vez el susurro.

Merecía la pena despertar para llegar a la pregunta sin prefabricar, para llegar a la injusticia sin necesariamente un final feliz, a la vida sin magia expresa...pero con magia oculta.

# ¿Merecía la pena?

Pero la noche existe y cuando antes se enfrenta uno a ella menos se sufre su falta de la luz pionera y antes se descubre la más preciada compensación de ella...el matiz.

El matiz, el "santa santorum" de la eterna observación, la base empírica de cualquier purismo, lo que nos hace dudar, lo que nos hace amar, lo que nos hace distinguibles. El matiz no es una mezcla, es la realidad más rica de la que se nutre la función más pobre, la humilde asunción de nuestra imposibilidad y

el reconocimiento de nuestras humildades

Cuando el matiz te visita, la comprensión y la tolerancia anidan en tu corazón y te revisten de una cierta hermandad, pues nada es blanco ni negro, que las almas de los hombres son todas grises.

La noche creció en luminosidad, la perpleja escucha del eco de mi pregunta tuvo una cierta melodía a su alrededor, una melodía de matices.

La noche se llenó de estrellas y el blanco y negro comenzó a mostrarme fugaces tonalidades, a veces esquivas, a veces sorpresivas y a veces con descaro.

La vida se tronaba mágica sin ningún reparo, sin mediar palabra y al ir a tocarla pero no...no puede ser.

La vida, otras veces, no encontraba razones y al volver la cabeza alguna mueca luminosa me hacía dudar de mis dudas.

Pero el descubrimiento del matiz, de las estrellas, de esa subliminal clase de magia no mitigaba del todo mis padecimientos, el poeta a pesar de que se siente solo ante la belleza es solidario ante la crueldad

y la crueldad vive donde antes no vivía, se me muestra donde antes yo no la veía y si bien mis creencias de niño me hacen gracia, no parecen ni una milésima parte del absurdo de esa crueldad.

¿Cómo puede un hombre mirar al cielo y disfrutar de él si todos los días le dicen que no se lo merece?

¿Cómo puede un padre mirar a su hijo que aún no ve y enseñarle a que vea, lo que a él no le dejan tiempo para ver?

Curiosos náufragos somos los hombres.

Perdidos en un océano de ignorancia de infinitud nos hacemos cruel la infinitesimal existencia.

Nos hacemos duro el suspiro de nuestra vida sin que haya objeto ni motivo para ello.

Los hay que dicen saber la razón de su vida, ellos mismos.

¿Cómo puede ser algo la razón de sí mismo?, ¿qué sentido tiene un martillo que se desgasta en golpearse a sí mismo?

¿qué sentido tiene una lluvia que no riega los campos y que se complace en lloverse?

¿qué sentido tiene el amor a uno mismo cuando estás obligado a vivir contigo siempre, te ames o no?

El sentido que tiene es ninguno.

Los motivos que tiene son la huida de su propia insignificancia, la huida del matiz, el cerrar los ojos al despertar.

Juan Carlos Jiménez Moreno

#### SOLEDAD

Era un hombre viejo. Al menos su blanca y espesa barba así lo parecía indicar. Vivía en silenciosas grutas, en parajes insondables, en una casi absoluta soledad. iSiempre tan solo y siempre tan acompañado! Él solo se bastaba y, a menudo, aún no se sentía lo suficientemente solo. Deseaba estar aún más aislado, más único, más poderoso...

No conocía la ciudad. Jamás había visto los humos, ni los gigantes de ladrillo, cemento y cristal, los hormigueros humanos que recorrían las atestadas calles. Nunca había oído hablar de recibos de bancos ni de dinero. El trabajo era para él construcción metódica de su

propio porvenir, sin necesidad de madrugar ni de someterse a una especie de pseudoesclavitud para ganarse su pan, su diario sustento.

Pero ¿era nuestro hombre verdaderamente feliz? Al mirar su rostro podía descubrir una faz imperturbable, seria, impenetrable. Un rostro inexpresivo en su magnífica senectud. En sus ojos no se podía intuir el dolor, la pena o la alegría. Era una faz pétrea, dura, seca y oscura, una faz sin sentimientos.

Y yo le pregunto a usted, mi buen anciano, desde su oscuridad, desde su aislamiento: "¿Le falta a usted algo, buen hombre?" Y él me responde sin palabras, sin alusión alguna, pero con una expresividad increíble en ese rostro antes insondable. Y no me responde como tú cuando me hablas. Me responde con una lágrima -redondez absoluta y maravillosa- que resbala por su mejilla y al caer deshoja un pétalo de la flor que guarda entre sus manos. "Está claro, mi buen anciano. Hay ocasiones en que la soledad es también una molesta compañera".

### Narciso Tuera

La luz hace tiempo que huyó de aquí, las fantasías de mi cerebro sustituyeron a las impresiones de mi retina. En esta oscuridad mis ojos ya han desistido de su esfuerzo por contemplar algo y es mi imaginación la que toma el mando de mi perspectiva...De repente un suave aleteo se deja escuchar impertinentemente primero a un lado y luego a otro. El susurrro se transforma en sonido real y lo que antes atribuí a mi imaginación, ahora atribuyo a mis sentidos. Mi asombro se transforma en una salvaje sorpresa cuando en mi oído percibo una voz y mi salvaje sorpresa se transforma en dudas razonables sobre mi cordura cuando esa voz me dice "ve en busca de esa realidad que tú puedes disfrutar, tú que no estás condenado a la existencia onírica...ve en busca del amor verdadero, tú que no estás limitado al inestable y lúdico amor de las hadas...ve en busca de la vida, tú que puedes llenarla con tu propia libertad y no estás encarcelado en los sueños de los que también pueden gozar de la vigilia...además si te sale mal siempre estaré yo para dulcificártela mientras duermes...". Un súbito estremecimiento de mi cuerpo me devuelve al silencio de la realidad, enciendo la luz y no veo nada...pero ya no puedo dormir, tengo que salir a vivir para darle argumentos a las fantasías de...mi musa.

### Juan Carlos Jiménez Moreno

DEBÍA HABERLO HECHO Quise gritar libertad. Me detuvieron los miedos. temí la dificultad de no expresar mis anhelos con toda la propiedad que exigían mis desvelos. Y me di cuenta, tal vez por fuerza de entendimiento, de que toda libertad se coartaba con los versos. Y me dije: no quiero rimas ni ataduras, consonante ni asonante, verso blanco, verso sincero. Quise, de nuevo, gritar libertad y estuve a punto de hacerlo, de gritar a voz en cuello. Pero me dije, o mejor, me lo dijo el pensamiento que anida indolentemente en el centro del cerebro: la palabra también me ata, me exprese o no con acierto. Porque el lenguaje es la forma, la forma del pensamiento que lo amarra, lo transforma y lo suelta preso. Y, aun sin palabras, quise gritar libertad, pero no conseguí hacerlo. Con palabras o sin ellas estaba atada mi mente, igual que mi cuerpo todo, por la forma en que estoy hecho, por el lugar donde habito, por la costumbre y la educación, por mis propios prejuicios y vicios, por mis esquemas mentales. Estaba preso por mil prisiones y, consciente de ello,

triste y abatido. frustrado, deprimido, callé. aunque aún guería ser libre. sentirme libre. Callé Como calla todo lo inerte. como callan lo inconsciente o lo muerto. Como callan todos los que no tienen nada que decir. Como callan los que ahogan su voz y sus ideas sustituyendo la palabra de vida por el silencio. No debí pensar en nada, sólo liberar la pasión, desatar el sentimiento, la ira si fuera preciso. Cuando me sentía vivo debí alzar la voz sin pensar en las consecuencias, las motivaciones, las causas, las ataduras materiales y espirituales. Quise gritar libertad y debía haberlo hecho.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Cabalgo...el Sol se me escapa tras las colinas, el aliento de mi montura armoniza con mi respiración, el galope es rítmico respecto de mi cuerpo, cabalgo... el ruido amartillado y espacioso de los cascos de mi montura le dan un toque minimalista a mi pensamiento, una razón única, un blanco y negro, cabalgo...veo nubes, veo campos pero sólo siento miedo, miedo a tierra que he de poner por delante, miedo a quedarme en el camino, no son mis perseguidores lo que temo, sino el fin de mi carrera,...aprieto las espuelas, sujeto la brida, cabalgo...el sudor de mi cuerpo gotea entre los entresijos de mi armadura. Veo a lo lejos una caballero con armadura que ya se acerca en dirección contraria a la mía. Mientras mi alma grita, mi cuerpo atenaza la empuñadura de mi espada lo suficiente para cercenar su cabeza cuando se encuentra a mi altura. Cabalgo...la expresión de aquel hombre al verse separado de su cuerpo aún está brillando en mi retina...su cara era igual a la mía pero él se rindió, él iba a su encuentro...cabalgo. Por fin llego a mi objetivo o al menos lo vislumbro, ahí está, sus pasos y caballos respiran tras de mí,

pero ya he llegado, ya no podrán hacer nada, mi espíritu se ha hecho libre en aquel río, mojado por la conciencia de su imperfección y con mi armadura resquebrajada henchida de placer, sólo acierto a decir sujetando mi espada que ya soy...libre...las aguas del libre pensamiento bañan mi alma. Es una sensación de insoportable placer, de soledad pero también de triunfo, de triunfo sobre sus lanzas, sobre sus espadas, sobre sus armaduras, pues mi espada puede cortar ahora todo eso, pues dice la leyenda que aquella espada bañada por el río del libre pensamiento posee la fuerza del acero crítico de la verdad...no te rindas, sigue cabalgando, llegarás.

# Lanzarote de la gleba

P.D.:Una leyenda es una verdad revestida de magia, para darles una puerta abierta en el espejo a los que no quieren mirar la cara de la muerte, o para darles un motivo para apreciar su belleza a los románticos como nosotros.

Libertad desea el esclavo, libertad ansía el gorrión, libertad, solamente es sueño de un pobre soñador.

No quiero ataduras ya, nada me ha de detener, yo misma seré quien forje el camino que en esta vida desee recorrer.

No me impondrán sus leyes, sus ideas ni sus pensamientos, yo misma construiré a mi modo el que será mi porvenir, mi felicidad y mi sustento.

Mas ahora me equivoco, estoy confusa

y de verdad lo siento, pues tampoco son libres las aves, ni los ríos ni tan siquiera los vientos.

Así transcurren nuestras vidas sometidas a las circunstancias en las que nos movemos.

Querremos volar muy alto también nos desbordaremos, superaremos obstáculos pero al final siempre nos detendremos.

Nuestro cuerpo fiel aliado flojeará en algún momento, nuestras fuerzas debilitan ya no podremos movernos. Dentro de nosotros llevamos a nuestro propio enemigo, que nos cautiva de nuevo.

Ni siquiera somos libres, ni siquiera cuando nacemos. Como las cadenas a un preso, así es el cordón que a nuestra madre nos une cuando llegamos al cautiverio.

Almudena González Benito

Yo soy el hijo parido de la intolerancia y es por eso que tolero, y es por eso que no me someto y es por eso que critico cuanto aprendo y aprendo cuanto escucho. Yo soy el eterno actor sin guión, la lengua de fuego de la improvisación y estoy seguro de mi libertad y de mi poesía Mi poesía que no conoce estúpido ritmo, que da sentido al no sentimiento.

Mi poesía que no se somete a la repetición, que no necesita del oleaje para dar fuerza a sus versos.

Yo soy el inconformismo, pero también soy inconstante con el combate que mantiene mi tesón con la seducción a la que son sometidos mis prejuicios.

la seducción de las infinitas cadenas y las infinitas ataduras que teje la intolerancia y el papanatismo.

Yo soy el hombre libre, pero mis razones que a veces se parten como mimbre, son a veces enclaustradas por el miedo a no gustar.

Yo soy un hombre libre en esa creencia de que lo soy pero nada más, pues en verdad no soy más que lo que doy. Intento luchar contra el oleaje, pero mis brazos se cansan de tan intenso equipaje. Soy un luchador explosivo, pero contra el oleaje, a veces no sirvo. Por favor arrima el hombro cuando yo falle, cuando alguien falle, porque sólo tú tienes la llave y ojalá algún día se halle

Juan Carlos Jiménez alias "Mariano esperonomepase"

### LA LIBERTAD NIEGA A DIOS

el barco a favor de corriente y no la estupidez en pos de tu mente.

Muy bien; el título es sumamente adecuado. Y me explico: tomemos nuestra religión, o cualquier otra, pero cojamos la católica por estar más familiarizados con ella, y porque creeemos que es la buena.

Uno de los axiomas del catolicismo es que Dios nos ha hecho libres, en el sentido de que tenemos libertad para pensar, decidir y obrar. Vale. Supongamos por un momento que alguien llegara a conocer la existencia de Dios claramente, y no por un acto de fe; por ejemplo mediante una investigación científica o porque Dios se revela en condiciones más allá de toda duda, o por lo que fuese. El caso es que ese individuo "conoce" la existencia de Dios. En ese caso dejaría de ser libre. ¿Por qué? Pues porque a partir de entonces todos sus actos estarían condicionados por la existencia segura y real de Dios; su vida se resumiría en "tengo que ser bueno para ir al Cielo". Eso no es libertad, claro está.

De esto se deduce que el hombre nunca llegará a conocer la existencia de Dios.

Por otro lado Dios, de existir, no puede influir en nosotros, no puede usar su mano para nada en este mundo, precisamente porque a partir de entonces el hombre estaría condicionado por las acciones de Dios, y tampoco sería libre.

De esto se deduce que Dios no puede influir para nada en la existencia del hombre.

Y si antes se dedujo que además no podemos saber a ciencia cierta de la existencia de Dios, tenemos como resultado que si bien Dios existe, nunca lo sabremos, y además nunca influirá en nuestras vidas, que a efectos prácticos es lo mismo que decir que Dios no existe. Todo esto, claro está, partiendo del axioma que dice que Dios nos hace libres; que es básico para la religión católica; porque en caso contrario seríamos marionetas de Dios, y entonces da igual lo que hiciéramos porque estaríamos dirigidos por su mano, tanto haciendo el mal como el bien. En ese caso, como se ve, también es como si no existiera, porque el ser marionetas suyas no influiría en nuestro comportamiento.

Conclusión: si Dios existe es como si no, y si no existe, pues efectivamente no existe, y no pasa nada.

Como lo que aquí se ha discutido es innegable, a los católicos sólo les queda su fe, que no es poco, y los que no creemos, nuestra conciencia, que tampoco es poco. En cualquier caso, como se ve, esta discusión no vale para nada, ya que los creyentes seguirán creyendo "por si acaso", y los no creyentes no hemos cambiado de opinión; así que discutir más al respecto es tontería. Entonces, aquí lo dejo, adiós.

Fran

Pero quien es ese, quien es ese hombre que habla de mí, quien es ese hombre que dice saber lo que me pasa, quien es ese hombre que sabe lo que quiero, pero quien es ese quien es ese hombre que me acusa de no saber nada, quien es ese hombre que dice pensar más de lo que yo lo hago, quien es ese hombre que enseña mis contradicciones, pero quien es ese hombre que se extraña de mi estupidez, pero quien es ese.

Quien es ese hombre que dice que sólo pienso en lujuria y placer mientras él trabaja por mi bienestar, quien es ese hombre que se tambalea en la punta de mis argumentos acusándolos de insostenibles, mientras saca la cabeza para mostrarse a sí mismo.

Quien es ese hombre que es más viejo que yo, que me acusa de ser un niño, que me intenta proteger de lo que él mismo no puede protegerse.

Quien es ese hombre que se permite el lujo de hablar con mis amigos de mí y de lo tonto que soy a veces, pero quien es ese, ¿quien es? Porque ese hombre no es real, ese hombre es el viento, el polvo y la tierra que se me han pegado por el camino, que se han creído con el derecho de decir que soy yo, que han unido sus miserias para acusarme de que soy un crío, que vivió, pero que ya no existe. Pues sí existo y sólo yo existo, lo demás sólo son carcasas, pieles, ropa, disfraces,...lo demás no existe.

### YO Y MI SOLEDAD

Ella no me abandona cuando todos lo hacen, el gozo de su presencia es insaboreable, pero existe. Su boca dice cosas incomprensibles, pero me alejan de su tétrica mazmorra.

A veces me asalta cuando tengo compañía, me invade, me rodea, se filtra a través de mi alma y atrae mi conciencia hacia la objetividad de quien observa la vida pasar sin involucrarse.

Otras veces me lleva lejos, muy lejos, me lleva a mi pasado, a mis alternativas, me arrastra a las encrucijadas de caminos, ya polvorientos, y me hace tomar la dirección que no tomé y vivo de nuevo pero con la suavidad del recuerdo.

Y otras veces me hace escribir y escribo... hoy quería que escribiese sobre ella y ahora lo está leyendo. Mi soledad es tan poco decepcionante como la utopía y más dulce que el pastel que aún no he probado. No puedo vivir sin ella pero no me doy cuenta de que con ella vivo, es mi soledad, esa es mi soledad. Solo no es un adverbio, es una postura de dependencia ante la vida, mi soledad siempre me acompaña y su disfrute es el disfrute de lo inolvidable, de lo invendible, de lo indestructible, es el disfrute del regalo de ti mismo.

Juan Carlos Jiménez Moreno

# LA ÚLTIMA BALA

Durante mucho tiempo había sido un viaje sin contratiempos. No de placer, puesto que carecía de la mayoría de comodidades a las que había estado acostumbrada en la brillante Nueva Orleans, pero sí un viaje relativamente agradable. Conocer nuevos lugares y nuevas gentes suele ser una experiencia placentera para mucha gente y aquel largo viaje, desde luego, incluía multitud de descubrimientos y encuentros. La propia Peggy Sue Wilson habría encontrado encantador el viaje si no hubiera sido por las incomodidades: la falta de agua para lavarse y lecho para dormir, el polvo del camino y la suciedad de los otros viajeros. Ella no era una persona exquisita, pero la gente de la caravana era, por más que la avergonzara el decirlo, verdaderamente puerca. Bastaba ver al jefe de la caravana Nelson "Bullet" Medford para darse cuenta de que allí los caballeros brillaban por su ausencia. Era un tipo atractivo y simpático a su modo, pero de lo más rudo y cerdo que había visto en su vida: mascaba tabaco a todas horas y escupía continuamente chorros negros y repugnantes.

No era extraño que alguien como Peggy Sue se hubiera embarcado en una aventura como la de cruzar la inhóspita pradera en compañía de aquella heterogénea caravana de carretas. Granjeros, buscavidas, inmigrantes, profesionales, buena y mala gente se arriesgaba a pasar al Oeste buscando una nueva vida, una nueva oportunidad. Peggy Sue no tenía grandes problemas en su Nueva Orleans natal. Había nacido y crecido en la ciudad criolla. Sus padres, artistas del music-hall, la habían incluido en su espectáculo desde muy niña, había

aprendido canto y danza y se había independizado. Había sido una de las chicas preferidas de madame Borgousse, había gozado de lujos y atenciones, de éxito, había vivido, claro está, sus aventuras con algún que otro caballero pero siempre con discreción. Pero no había sido la chica preferida. Por eso se iba al Oeste, a la soleada California, porque suponía un nuevo mundo de posibilidades. Míster Cunningham, su protector ante la madame, había muerto unos meses atrás, y "Cherry" Doolitle, la favorita de la Borgousse, que no la guería bien, había presionado a la jefa para que la apartase de los buenos números. Como Peggy Sue no quería ser una segundona, se despidió antes de que la despidiera la imbécil de "Cherry" y aceptó la oferta de un empresario de San Francisco, uno de los nuevos ricos del oro que no sabía en qué invertir el dinero. Así que Peggy Sue se embarcó en la loca aventura de la caravana y, cuando se arrepentía de la decisión por las penalidades del viaje, se consolaba pensando en las doradas playas y los hermosos dólares de California.

El viaje, no obstante, estaba resultando pesado aunque tranquilo, sin más contratiempos. A Peggy Sue casi la sorprendía que todos los patanes de la caravana la hubieran dejado tranquila. Ella era una chica bonita, ¿o no? Pues aquellos brutos no la habían molestado ni una sola vez. Eso debía agradecerle al señor Medford, el haber metido miedo a los hombres que no respetaran las normas. Todos querían llegar a California y ninguno estaba dispuesto a arriesgar su futura fortuna a cambio del dudoso placer que podrían encontrar propasándose con una señorita que viajaba sola. Sí, Medford podía ser muy sucio, pero era un buen tipo y sabía hacerse respetar.

Y Peggy Sue tuvo suerte con sus vecinos en la caravana, que eran la gente con la que más roce podía tener. Delante de ella iba el viejo McCandles, un antiguo trampero que ahora se iba al oeste junto con su nieto, buscando la quimera del oro. Estaba un poco loco, pero era buena persona y sabía preciosas historias con las que entretener la larga noche. Detrás venían los Landrace, granjeros sonrosados y gordos, tanto los padres como los dos chiquillos. Tan buenos como ignorantes. Gracias a la señora Betty Landrace, Peggy Sue comía caliente casi todos los días. Aquella mujerota se había ofrecido a ayudarla en lo que le fuera posible y su marido se había comprometido a defenderla si fuera necesario.

Buena gente también los Landrace, aunque los chiquillos fueran unos gamberros que la espiaban a la hora de acostarse.

Las amenazas del camino no se habían hecho realidad: las partidas de cuatreros, ladrones, asesinos e indios que, sin duda, acechaban por todos lados, no se habían atrevido a asaltar una caravana tan grande y fuerte como la suya. Y el tiempo, aunque seco y desagradable, también había facilitado el viaje, sin que hubiera sido necesario detenerse en ningún momento por el temporal, la nieve o el barro

A pesar de ser un viaje extremadamente largo y pesado, llegó el día en que todos comenzaron a pensar en las doradas costas californianas no ya como un sueño sino como una realidad que se iba aproximando y que se hacía más cercana a medida que aumentaba el tamaño de las Montañas Rocosas que divisaban en el horizonte.

Todo era apacible y monótono. Todo rutinario, agradablemente diría Peggy Sue. Hasta que un día, inesperadamente, todo cambió. Una noche tranquila, el amanecer que significaba el reinicio de la marcha y, de repente, sin previo aviso, la polvareda que se les aproximaba, el ruido creciente de cascos de caballos golpeando el firme de la pradera y los gritos salvajes ascendiendo por entre la multitud de ruidos.

-iSon indios! -gritó el joven Matt Smith el "Broncas", sin especificar su etnia o su número.

Peggy Sue sintió que un escalofrío le subía por el espinazo. Era pánico. Un sudor frío y una rigidez de miembros se apoderaron de ella, como había temido en sus peores pesadillas. A su alrededor, las mujeres gritaban histéricas, cumpliendo el papel que tal vez suponían que les correspondía, y los hombres, apretando los dientes, empuñaban las armas e iban a buscar el consejo de Medford, el jefe de la caravana.

Medford parecía sereno. Si estaba tan tranquilo como aparentaba o fingía es algo que Peggy Sue nunca supo. Ella, por su parte, fue tras los hombres para informarse de algo de lo que dependía su propia seguridad. Todos formaron un círculo y Medford, desde el centro, les habló en términos tajantes:

-Son comanches, sucios y sanguinarios -parecía extraño escuchar tales palabras de un marrano como él, pero Peggy Sue no tuvo nada que objetar en aquella situación-. Deben de ser unos treinta y van

armados con rifles y arcos. No debemos perder la calma. Yo doy las órdenes y todos me obedecéis, ¿de acuerdo? -hubo un silencioso asentimiento y Medford prosiguió-. Estarán aquí en diez minutos, así que hay que organizarse rápido. Poned las carretas en círculos y, si podéis, desenganchad los caballos y tumbadlas. Luego sólo resta esperar. No disparéis mientras no tengáis un blanco seguro. Y recordad que si esos salvajes os agarran vivos lo vais a pasar muy mal.

Las órdenes eran sencillas y parecían razonables. Los hombres se fueron rápidamente a sus lugares y empezaron a cumplirlas. Medford se montó en su caballo y dio órdenes a dos vaqueros de que se fueran con él. Pretendían acercarse a los indios para comprobar su potencial. Sus intenciones estaban claras. Los indios no reúnen sus manadas de caballos ni a sus guerreros y se ponen a lanzar gritos de guerra si no pretenden atacar. Peggy Sue le salió al paso y preguntó:

-¿Qué podemos hacer las mujeres?, ¿No deberíamos poder defendernos?

Medford, con una sonrisa cínica, le tendió uno de sus dos revólveres y un puñado de balas.

-Defiéndase con esto, señorita. Pero no gaste su última bala. Si los indios la fueran a atrapar, no dude en usarla contra sí misma. No sabe usted la clase de atrocidades que podrían hacer esos bárbaros con una mujer bonita como usted.

Medford volvió el caballo y partió al galope seguido por sus hombres. Peggy Sue lo observó alejarse, esperando que nada le sucediera. En ese instante había sentido una repentina simpatía por aquel hombre y su gesto galante.

Volvió junto a los Landrace y les ayudo a formar una barrera de trastos con la que protegerse de los indios. Al poco tiempo los gritos se fueron intensificando y Medford y sus hombres reaparecieron en el campamento seguidos de cerca por los indios.

-Ya saben amigos, no malgasten munición y que Dios nos asista a todos -dijo sin perder la compostura.

Todos ocuparon sus lugares. Las mujeres, incluida Peggy Sue, procuraron esconderse lo mejor posible, y todos los miembros de la caravana tuvieron que soportar la tensión durante cinco minutos.

Entonces los indios estuvieron a la distancia adecuada y comenzaron el tiroteo y la pesadilla.

Peggy Sue, desde debajo de una carreta, contempló impotente la masacre. Gritos de ira y de dolor. Los indios que avanzaban, los suyos que caían uno tras otro abatidos por los salvajes. Los comanches, inmunes al miedo o al dolor, cabalgaban como dementes por entre las carretas hasta que los abatían. Peggy Sue vio como mataban a Medford y al "Broncas". Los indios alcanzaron la carreta de los McCandles y mataron al viejo y al chico. El señor Landrace disparaba sin dudar contra los salvajes guerreros, pero no parecía tener buena puntería. Su mujer, Betty, había tomado otro rifle y disparaba con desigual fortuna. Peggy Sue no dudó más, se obligó a empuñar el revólver de Medford, extender el brazo y disparar. No había remilgos que cupieran cuando se luchaba por la propia vida. El primer disparo erró su objetivo, pero el segundo dio en el blanco. El tiroteo se había reducido, también los gritos. Todo el suelo estaba lleno de muertos y agonizantes. Peggy Sue vio entonces como un comanche grande y fornido rompía el pecho del Señor Landrace de un hachazo, su mujer trató de terminar con el asesino de su marido, pero falló el disparo y aquel salvaje le rebanó el pescuezo. Sin la más mínima consideración, su ansia de sangre le llevó a aproximarse a los pequeños Landrace, que lloraban en el suelo. Peggy Sue, haciendo acopio de valor, se levantó de su escondrijo y comenzó a disparar, casi a ciegas, contra aquel salvaje. Descargó todo el tambor y lo abatió milagrosamente. Entonces se hizo el silencio, roto solamente por los berridos histéricos de los dos pequeños Landrace. ¿No quedaba nadie más con vida, siguiera para que jarse?

Peggy Sue se puso a caminar por entre los restos de la carnicería. No, no parecía haber nadie sano más que ella. Tal vez los demás estaban escondidos o acurrucados entre los restos. Sintió pena por todos los muertos y una tremenda inquietud por su futuro. ¿Qué iba a ser ahora de ella, sola y perdida en la pradera?

Y entonces escuchó de nuevo el horrible grito de guerra a sus espaldas. Se volvió y vio a un guerrero ensangrentado que empuñaba un hacha de piedra y se dirigía a ella con mirada asesina. Quiso huir, pero no le respondieron las piernas, tropezó con su propio vestido y se cayó. ¿Qué podía hacer? Ni siguiera le quedaban balas. ¡Oh, sí! No lo

recordaba. Apresuradamente hurgó en su liga y extrajo de ella la pequeña pistola recortada que le había regalado su antiquo protector míster Cunningham. Por fortuna, nunca la había necesitado antes, y ahora le haría un flaco favor. "La última bala, la última bala es para uno mismo" sonó en su pensamiento la voz de Medford. El comanche se le acercaba rápidamente y Peggy Sue, temblando de pavor, colocó el cañón de su arma contra su propia sien. Su dedo, apoyado contra el gatillo, se negaba a obedecer la orden de disparar. Iba a matarse cuando, de repente, pensó que no había visto ningún otro indio. Tal vez aquel asesino era el último, tal vez era el último. Y cuando ya podía sentir a su lado el hediondo aliento de aquel hombre pintarrajeado, Peggy Sue apartó de su sien el arma y la dirigió al frente con los ojos cerrados, apretó el gatillo, sonó una pequeña explosión y se hizo el silencio. Cuando Peggy Sue abrió los ojos, vio tendido a sus pies al salvaje muerto, sus ojos mostraban expresión ausente y su brazo derecho, aún empuñando el hacha, se contorsionaba en una postura inverosímil.

"iOh, Dios! Lo he matado. iEstoy viva!", se dijo Peggy Sue, pensando que tal vez en ese momento otro salvaje podía estar abalanzándose sobre ella para matarla. Nerviosa se puso en pie y recogió del suelo un rifle, sin saber si estaba cargado o no. Pero no hubo más disparos. Si quedaba algún indio no estaba allí. Tampoco ningún hombre: sólo estaban ella, los dos pequeños Landrace, milagrosamente ilesos, y un joven polaco, que no hablaba inglés, al que le habían abierto el cráneo pero aún vivía. No obstante, Peggy Sue pudo respirar aliviada. Podía haber muerto ese mismo día, por su propia mano. Pero había elegido vivir, aunque sólo fuera por un día más.

Peggy Sue no pudo enterrar los numerosos cadáveres ella sola, ni siquiera pudo recoger todas las cosas que necesitaba. Recuperó un caballo y una mula, tomó unas mantas, comida y agua. Montó en el caballo con los dos chicos Landrace delante de ella, llorosos pero relativamente calmados, puso al pobre polaco tendido sobre la mula junto con las provisiones y emprendió el difícil camino hacia el oeste, hacia las prometedoras montañas que se dibujaban en lontananza.

Cinco terribles días después, Peggy Sue alcanzó un poblacho al pie de las montañas habitado por puercos vaqueros semicivilizados. Les dieron refugio y cuidaron de ellos, atendiendo especialmente al joven

polaco que comenzaba a recuperarse. En el pueblo dieron aviso al fuerte Parker, desde donde mandaron una patrulla que los escoltó hasta el campamento militar a la espera de que otra caravana los pudiera recoger y llevarlos a California.

Peggy Sue se consideró verdaderamente dichosa cuando tres meses después llegó a San Francisco. Todos los peligros habían concluido. Los dos Landrace se quedaron a vivir con unos tíos en la Baja California y el joven polaco, Lech, se enganchó como soldado de la Unión. Peggy Sue comenzó a trabajar como estrella en un buen garito de la ciudad y se felicitó por la oportunidad de disfrutar de aquella nueva vida gracias a aquella última bala.

Juan Luis Monedero Rodrigo

# QUEMANDO ETAPAS

La vida es como un cigarrillo que se consume, con el mejor sabor en las primeras caladas. Estas corresponden a las primeras etapas de la infancia (periodo de vida sin ningún tipo de preocupación, ya que los padres se encargan de todo); el niño expresa su vitalidad a través del juego que vendría a ser lo mismo que el trabajo para el hombre.

Después llega la niñez y con ella el colegio (primera de las preocupaciones para el niño). En este periodo se puede decir que la única obligación que tiene el niño es la de estudiar y sacar buenas notas (lo cual no entraña mucha dificultad por el momento). Cuando finaliza este periodo de instrucción básica y elemental, surgen varias alternativas (ponerse a trabajar, o sigues de escaqueo, es decir, sigues estudiando y aquí hay dos posibilidades: FP y BUP), estas alternativas van a condicionar el futuro y el resto de nuestra vida.

Nos hallamos en plena adolescencia, por lo tanto estamos en lo mejor de la vida y nuestras obligaciones siguen siendo mínimas (más o menos estamos llegando a la mitad del cigarrillo).

Si nos decidimos por el curro, mejor tirar el cigarro al suelo, porque tal y como están hoy las cosas... Por el contrario si elegimos la otra alternativa, que es la más aconsejada por los padres, tenemos todavía varios años de libertad (todo depende de lo que tardemos en acabar FP y BUP-COU).

Sé que algunos por no decir todos estarán pensando que si me habré olvidado de las chicas, pues no, no me he olvidado, pero tranquilos, paciencia. Pues bien en este momento de la vida, las chicas podríamos decir que son esos intervalos en el fumar, haciendo anillos de humo en el aire, pues estos primeros amores son efímeros y se disipan rápido como los anillos de humo.

Estamos ya con los 19-20 años, y cada vez nos quedan menos excusas para seguir de escaqueo, aunque una muy válida es la Universidad. Durante este periodo nos centramos más en los estudios, por eso que se dice de labrar el futuro (el que no siembra no recoge).

En esta etapa siguen los escarceos amorosos y surge una gran necesidad: el carnet de conducir, sobre todo en algunos casos por los de la chavala y si surge la ocasión, vamos ya me entendéis.

Con todo esto, hemos finalizado nuestros estudios superiores, tenemos el carnet de conducir (grandes requisitos al parecer en nuestra sociedad actual) y nos queda lo más difícil: la novia, la mili y el trabajo que no tiene porque ser en este orden.

En el caso de no haber hecho la mili antes, la debemos hacer ahora si es que no nos libramos por algún motivo (enchufes, chanchullos...), pero bueno se cumple con la patria y ya está, al fin y al cabo sólo son nueve meses (es como un parto).

Lo de la novia es algo más complicado, si la tienes fenomenal, pero si no, ya se sabe los padres empiezan a agobiarte con eso de que si fulanito y menganito ya la tienen, y claro, ya son 24-25 años y vienen las prisas, pero tampoco se trata de pillar la primera que venga (por lo menos ese es mi parecer).

Una vez conseguidas ambas cosas (mili y novia), continúan las preocupaciones, en este caso una muy grande: el trabajo, que cada vez está más difícil.

Si lo consigues ya puedes respirar tranquilo (y dar una buena calada al cigarro del que empieza a quedar menos). Ahorras un poco de dinero, te casas (aproximadamente a los 30 años), compras un piso. Y ahora que parece que todo ha acabado surge otra necesidad vital: fundar una familia

Capítulo aparte merece la "Luna de Miel", algo muy importante e irrepetible por lo que debe ser inolvidable en todos los aspectos.

A partir de aquí todo se va a convertir en rutina y monotonía, tienes uno, dos, tres... hijos que pasarán más o menos por los mismos caminos que tú. Pero bueno seguimos contigo, llegan los 40 años, los 50 y 60 que te los pasas educando a tus hijos, o sea, agobiándolos en la mayoría de las ocasiones como antes hicieron contigo.

Y así entramos en la parte final del cigarrillo, y según lo apures más o menos así vivirás, aunque en muchos casos más vale tirarlo antes al suelo.

Y esto es todo, para mí la vida es un ciclo y como todo ciclo bastante monótono y aburrido, llena de tensiones, preocupaciones, tristezas y de vez en cuando alguna alegría, etc.: tal vez digo esto porque estoy en la edad más crítica, que aquellos que hayan leído esto con detenimiento sabrán cual es. Por eso para finalizar ya y no aburrir más al personal diré que me encantaría vivir en una isla desierta que fuera como el Paraíso de Adán, vivir de la naturaleza y con un simple taparrabos como Tarzán, eso sí me faltaría una compañera (con unas medidas aproximadas 90-60-90 si fuera posible), así que si hay alguna chica que comparte mis ideas que se lo comunique al director de esta revista que él ya se encargará de hacérmelo saber.

"Si fueran varias las afortunadas me vería obligado a hacer un casting".

Bueno, chorradas aparte, porque me parece que ya estoy desvariando, espero que los que hayan leído esto no sean muy críticos conmigo.

Por D.J

# FL SFÑOR F

"No fe inforta lo fe uftedef fiensen de fi; fero lo fe sí fe inforta ef el defperdicio de fonsonantes en la efcritura y la fectura, con lo fácil que ef efcribir con una fola letra, fomo for efemplo la efe".

Sí, es verdad, tiene usted razón, se podría entender a alguien que sólo "farfulla" una sola idea que esgrime frente a todo y frente a todos, pero la vida es múltiple, su solución es múltiple, las matemáticas son fascinantes, pero lo que te hace sentir es la literatura, por favor no escribamos sólo con una letra, andamos con dos piernas y no a la pata coja. Nada es explicable ni solucionable desde una sola perspectiva ni ningún problema por muy real que nos parezca puede permitirse el lujo de prescindir de una idea, para llegar a una solución.

Pero a la realidad no es necesario defenderla porque es imposible prescindir de ella, para la mayoría. Ay del hombre si prescinde de las ideas. Ay del hombre si su función es la de vivir en la realidad, cosa que por otro lado no tiene más remedio. iViaja al mundo de las ideas por favor! Sale un libro cada diez minutos, sale una inquietud cada segundo, sale una fantasía continuamente. Y cuando vuelvas a la realidad después de respirar el aire puro de allí, a lo mejor este mundo te huele un poco más a mierda de lo que te olía antes y puedes hacer algo por solucionarlo.

El señor 3D alias Juan Carlos Jiménez ¿A que te huele ahora el señor F?

### RENCOR

Sentado en la balaustrada de la noche sincero te muestro mis despojos.

No siento amor, ni querencia , ni lamento. iNo sirven de nada tus sollozos!

Infinita ansiedad, ardiente, eterno me siento, feliz, estimado y gozoso.

Mentira fue la pasión que sentía y el amor que rezumaba por los poros.

Ha sido que he encontrado en tu tormento la dulce venganza que adviertes en mis ojos.

El silencio en la noche es tan completo que admiro en ciernes tus pálpitos sonoros.

El viento frío sacude tus cabellos;

# vuelan las hojas en la Puerta del Otoño.

### Narciso Tuera

## LA VIDA SIN REFLEXIÓN

(algunos la practican, aunque cada vez son más, en su etapa de juventud)

Sueño, comida, inquietud, observación sin análisis, sueños conscientes, nervios, prisa, organización, costumbre, humor, costumbre, humor, comida, discusión sin compromiso, monotonía, costumbre, inquietud, sensación de libertad, observación sin análisis, inquietud, sensación de libertad, observación sin análisis, inquietud, comida, observación televisiva sin análisis, sexo imaginado o realizado, comida, sueño.

Idem Martes, Miércoles, Jueves, Viernes hasta antes de salir del trabajo.

Sensación de libertad, expectativas de sexo o de diversión, ilusión, observación superficial, análisis profundo de los colores de la ropa y de sus formas, conversaciones de agenda nocturna, más expectativas, música, alcohol, conversación, música, alcohol, menos conversación, música, humor que no haría gracia entre semana, nada de conversación, coqueteo, sale mal / alcohol o bromas

sale bien \ sexo.

sueño o sexo imaginado dependiendo de lo anterior.

Sábado Idem Viernes.

Domingo Idem Sábado.

Lunes

Sueño, comida, inquietud...

Juan Carlos Jiménez Moreno

Todo está siendo cuanto ha podido ser Luis Rosales

No sé por qué, quizás haya encontrado mas es grande en mí el desasosiego y no puedo parar a pensar que tengo el mundo en forma de funesto dardo clavado en el pecho. Entonces descubro que quizás no haya un "sí" ni un "no" sino que todo se desarrolla por sí mismo y que no soy yo, sino mi absurdo devenir y que mi vida es sólo apariencia de silogismo.

Quizás, no sé, sea lo que busco: una venerada puerta, o quizás sea solo la angustia de verme encerrado ardiente y sediento; mas ya me he arrepentido tantas veces que busco dentro de mí, y no me encuentro.

Está bien; sea lo que haya de ser que no sea por mi angustia emancipada y mañana sea más clarividente y constante este corazón de materia floja y encarnada.

### Narciso Tuera

# Colaboración 2.

Título: ¿Mujeres libres?

¿Cómo puede pensar alguien que estoy a favor de la libertad de la mujer, cuando la primera que puso el pie en este mundo, Eva, ya la cagó del todo y nos echó del paraíso?

¿Mujeres libres?

No gracias, ya tuvimos bastante con una.

Fran.

### Colaboración 3.

Título:¿Mujeres libres? (y II)

Aquí, lo único que quiero hacer notar es que en tanto en cuanto el que tiene más opciones de elegir es más libre, de igual modo el hombre es más libre que la mujer. Si lo queréis dar la vuelta lo que digo es que el hombre tiene muchas más opciones de elección que la mujer, o lo que es lo mismo, que la mujer está más limitada que el hombre.

Esto no es hacer filosofía, sino que ahora van los hechos. Pretendo haceros ver que la mujer está más limitada que el hombre física, mental y psicológicamente (y que ninguna se enfade todavía).

La limitación física de la mujer está clara, y no pretendo que sea un comentario de mal gusto, como podría interpretarse. Pruebas: genéticamente el hombre nace con un 140% de fibras musculares de las que tiene la mujer. Un 40% más, lo que es lo mismo que decir que la mujer tiene un 65% de las fibras musculares del hombre. Teniendo en cuenta como es el hombre, éste desarrolla más esas fibras que la mujer, con lo que la mujer por término medio tiene entre un 40 y un 45% menos de masa muscular que un hombre de su edad, estatura y peso. (Referencias en cualquier libro de bioquímica. Ver Rawn II).

Por otra parte, la naturaleza hizo que uno de los dos sexos fuera el que tuviera descendencia. Eso le correspondió al sexo débil, ahora que ya sabemos que efectivamente la mujer es el sexo débil. Que ninguna mujer cometa el error de decir que entre insectos, o aun entre aves de cuando en cuando la hembra es más grande y fuerte que el macho, porque corre el riesgo de ser comparada con las cucarachas o con las gallinas. Allá ella.

El caso es que entre mamíferos, y entre humanos, el engendrar la descendencia no conlleva más que limitaciones. A corto y a largo plazo. A corto, obviamente, durante los últimos meses del embarazo la mujer está muy limitada físicamente. A largo plazo, la evolución ha diseñado sistemas para que la mujer nos traiga los hijos al mundo en buenas condiciones. Algunos de estos mecanismos son los basados en la grasa. La naturaleza se encarga de que la mujer tenga mucha más grasa que el hombre. Por mucho que se empeñe una en hacer deporte y esas cosas, no por ello va a dejar de tener celulitis a corto o largo plazo, porque así es como ha sido diseñada. También está claro que la grasa no es saludable, y en cuanto a esto, suele traer problemas de circulación a la mujer a partir de una edad determinada.

Existen otra cantidad de hechos reales que diferencian a la mujer del hombre, pero con este par se ha probado que la mujer es físicamente más limitada que el hombre. Nunca podrá realizar cualquier trabajo o acción que requiera gran potencia muscular, ni podrá evitar cansarse antes.

Por supuesto, existen excepciones que nos honran a todos con su mera existencia.

Y también, por supuesto, una mejor condición física no lo hace todo, pero es que ahora vamos con las diferencias mentales.

Hace pocos días apareció un artículo en el periódico El Mundo. que era bastante curioso. En él se decía que el hombre tiene más desarrollada el área límbica y afines que la mujer. Por lo tanto es más primario y más instintivo. Y es cierto. Pero de igual modo es cierto que también tiene más desarrollada el área cortical, la asociada a las altas formas del pensamiento: abstracción, creatividad, etc. Lo que quiere esto decir es que el hombre es a la vez más primario y también más "pensante". No es paradoja, lo que ocurre es que el recorrido de la función cerebral es más amplio en el hombre que en la mujer; esto es, puede ser más primitivo y más genial. La mujer, por desgracia, ni puede ser tan primitiva como el hombre ni tan genial como éste. Tiene unos límites más estrechos, en el puro punto de vista matemático. Y desde el punto de vista práctico nos dice que la mujer está más centrada mentalmente que el hombre, y nunca podrá ser tan excéntrica como aquel; ni tan "baja" en cuanto a primitiva, ni tan "alta" en cuanto a pensar. O sea, puede ser menos cosas que el hombre, y eso quiere decir claramente que es más limitada.

Lo queráis o no, chicas, el espectro mental del hombre es más amplio, y esto sí que es una verdadera diferencia, y limitación para con la mujer.

Y finalmente tenemos el aspecto psicológico. Esto es mucho más discutible y mucho más sujeto a filosofía que lo anterior, pero también tiene algunos puntos innegables:

Desde el origen de las civilizaciones, éstas han sido patriarcales. No, nada de matriarcados, que si los hubo fueron en la prehistoria, antes de que el hombre inventara la escritura.

La Historia de la Humanidad, y se define como historia a partir de la existencia de testimonios escritos, está claramente dominada por el hombre. Sólo por eso, el hombre lleva toda la historia siendo más libre que la mujer para actuar, aunque fuera por dominación física, pero ya hemos visto que hasta físicamente somos menos limitados. Digamos que la mujer lleva algo más de 50 siglos viviendo en una sociedad machista. Eso crea hábito, ¿verdad?, y claro está que la mayoría de las mujeres, conscientes o no de ello, quieren ese sistema, aunque sea algo

más relajado que hasta ahora, pero básicamente lo mismo, una sociedad machista. Por muchos derechos y libertades que hayan tenido las mujeres en las últimas décadas nada de eso ha cambiado. No existe aquella sociedad como las amazonas que vivían en poblados sólo de mujeres y que asaltaban otros pueblos para copular con hombres, a los que después mataban, para tener la descendencia. Lo siento, eso no existe. Hoy por hoy sigue dominando el hombre el mundo, posiblemente más por hábito que por otra cosa. Estáis acostumbradas a lo que tenéis, y eso juega en contra vuestra. Si la mujer no puede ver más allá de su propia costumbre, verdaderamente, iqué limitada está!

Y finalmente me gustaría decir dos hechos determinantes que muestran claramente que la mujer es más limitada que el hombre, y son los siguientes:

Nunca, la mujer ha jugado mejor que el hombre ni al Ajedrez, ni al Civilization, y eso es determinante.

Fran.

### MIS ESCLAVITUDES

Nadie que posea un mínimo juicio puede pretender ser libre. Me refiero a ser completamente libre. No digo en nuestros días o en nuestra situación. No soy nada absolutista, los síes y nos rotundos no me suelen convencer, pero casi me siento tentado de utilizar uno en este momento: ningún hombre puede pretender nunca ser absolutamente libre.

No creo que un comentario de este tipo vaya a sorprender a alguien. Si te sorprende, mira, pues lo siento, pero ya era hora de que lo supieras. No sé si habrá alguien libre, quizá, vete tú a saber, lo es Dios, aunque, personalmente, presumo que está limitado al menos por sus propias creaciones, o sea nosotros y lo demás.

Ni siquiera me voy a quejar de no ser libre. Oye, uno es lo que es. Puede pretender cambiar y todo lo que quieras, pero nunca perderá su esencia. Y si la falta de libertad absoluta es parte de la esencia del hombre, pues qué le vamos a hacer. Yo soy un hombre y estoy orgulloso y contento de serlo. Como no he encontrado a nadie ni a nada a quien envidiar hasta el punto de querer cambiarme con él, pues estoy la mar

de contento de ser un hombre, por limitado que me vuelva este estado. Ya que no conozco otra cosa, ni por el momento puedo aspirar a otra situación, qué menos que conformarme con lo que soy y sacar partido, todo el que pueda, de ello.

Pero no quiero entretenerme con una palabrería que, aunque pueda ser interesante para algún cenutrio de mi calaña, no es el meollo de la cuestión que aquí quiero tratar.

Veamos: no soy libre, iqué más da! Bonita conclusión. Pero sí puedo moverme dentro de mi escasa libertad. Con la libertad pasa como con muchas otras cosas, la tienes o no. Si la tienes eres libre, si careces de ella esclavo. Pero si sólo hay un grado de libertad absoluta sí que hay muchos grados de esclavitud. Se puede ser más o menos esclavo, tener más o menos limitaciones, cadenas y barreras. Pues eso es algo que me gustaría poder definir: hasta qué punto soy libre o dónde empiezan mis esclavitudes.

Me gustaría poder delimitar cuáles son mis esclavitudes, tan seguro como estoy de que las hay. Está claro que no es un asunto fácil. Yo creo que, para empezar, ni siquiera me conozco a mí mismo. Con semejante base parece que el camino se torna complicado a la hora de delimitar mis esclavitudes. Conforme. La ignorancia me impide conocer todos los factores, no sólo los míos propios, sino todos los que me rodean. Pues bien, entonces la ignorancia es una de las esclavitudes que me impiden ser completamente libre. iQué bonito razonamiento! Pero, estad tranquilos, no me voy a pasar horas y horas desglosando una por una las esclavitudes de las que, progresivamente, me vaya haciendo consciente. Fíjate, ahí tenemos otra limitación, otra esclavitud: el tiempo.

Y claro, hay infinidad de ellas. De unas seré consciente, de otras, estoy seguro de que las hay, posiblemente no. Pues mira, saber que no tengo definidas algunas de mis limitaciones (o la mayoría de ellas) puede provocarme cierta inquietud intelectual, pero, desde luego, no es algo como para que me quite el sueño.

¿De qué me serviría ponerme a hacer una lista de mis esclavitudes? Que si mi cuerpo, que si mi educación, que si mis genes, que si el ambiente así como una cosa de lo más general, que si mis prejuicios, que si los prejuicios de los demás, que si la sociedad, los amigos, la familia, mi inteligencia, la de los otros, mis sentimientos, el amor, el trabajo, las costumbres, las normas, la necesidad de comer o respirar, el mear, las leyes, la religión, la moral, la climatología, las enfermedades, vamos que si te pones no acabas ni el día del Juicio Final (si es que existe). Pues mira, tampoco es algo que me quite el sueño el que se me escape alguna limitación importante. Es algo con lo que cuentas de antemano: no vas a ser capaz de tener todos los datos ni la posibilidad de controlar todos los factores, lo cual, bien mirado, hasta podría ser otra limitación. Pero, en serio, sí que hay una cosa que me jode de veras.

No sé si a vosotros os fastidiará tanto como a mí, pero sinceramente me trae al fresco lo que os importe a vosotros. Para mí es importante y punto. ¿A qué me refiero? (sí, tranquilos, por fin voy a contestar, pero quería poner unas cuantas líneas por medio para que la revelación de tan maravilloso misterio creara la suficiente expectación). Pues lo que me jode de verdad es que siempre haya a tu alrededor cuatro listos que tratan de venderte su burro como el de la libertad. Yo no confío en la existencia de burros de carreras, pero me parecen más probables que el hecho de que cualquier salvamundos, o un listillo sin grandes aspiraciones, me venda la libertad embotellada y pretenda que yo le crea cuando lo que me ofrece es una nueva esclavitud, una nueva limitación.

Mira, yo puedo ser muy burro y muy esclavo; pero quiero ser esclavo de mis esclavitudes, no de las que me venden desde fuera envueltas con hermoso papel de regalo.

Hay varias de estas esclavitudes y estoy seguro de que muchas de ellas me someten a servidumbre, pero, igual que antes, es imposible escapar a todas ellas porque uno no es capaz de reconocerlas. Por eso tampoco voy a presentaros ahora una lista de filfas libertarias, aunque no me voy a resistir a la tentación de mostraros algunas que no trago y de las que soy consciente (tal vez para vosotros no supongan un atentado contra vuestra libertad).

No sé por cual empezar. Tal vez sólo hable de tres. No quiero ser pesado y, para muestra, con un botón basta. Empecemos por una cualquiera: la publicidad ichas! Los muy ceporros me venden cualquier cosa que no necesito. Me convencen de que aquel cacharro horrible, caro e inútil, es imprescindible para alguien como yo. Y, no contentos con eso, tratan de convencerme de que realizo la elección libremente y de que sólo la elección apropiada (que es la que me venden) me proporcionará una insospechada libertad. O sea, que me manipulan y luego me convencen de que soy libre. iSoy tonto, pero no tanto! Todos habéis visto la mierda de anuncio típico: el cochazo de rigor, la tía maciza (que, curiosamente, nunca es la que conduce), el tipo que pone el trasto a mil por hora y recorre unos paisajes alucinantes y la sugerencia de que viajar a mil con una tía maciza en el trasto que cuesta tres millones es lo más cercano a la libertad (casi entendida, no acabo a comprender por qué, como un sinónimo de felicidad), lo más próximo a la gloria celestial a que puede aspirar cualquier miserable mortal como nosotros. Creo que no hace falta seguir.

Caso número dos: ioh, señores!, por si no se han dado cuenta vivimos en una democracia. Todos y cada uno de nosotros somos libres para decidir y para votar a quien nos venga en gana. Somos libres. Y una mierda. No voy a detenerme en hablar de manipulación, en asesores de imagen, en abusos de poder, en desinformación y choricismo (están demasiado de moda como para prestarles atención). El meollo del asunto, desde este punto de vista de la libertad que uno puede ejercer (la use bien o mal, que eso es otro asunto), me parece que está en el propio sistema y en lo mal que consentimos que funcione. No votamos, si entendemos por votar ejercer nuestra responsabilidad acerca del destino de nuestro país y nuestro. Muy al contrario votar significa desresponsabilizarse. Elegimos unos dictadores para un determinado número de años y que hagan lo que sea. Nosotros tenemos parte de culpa en ello, pero, por otro lado, ¿quién les ha dicho a estos politicastros que pueden tomar todo tipo de decisiones en nuestro nombre? No digo que nos consulten sobre todo. Hay muchos temas técnicos que se nos escapan y otros no merece la pena que se sometan a debate público. Pero hay asuntos de suma importancia que tienen que ver con el modo como queremos vivir nuestro futuro o la forma general como nos han de gobernar. Pues ni en eso nos consultan. ¿No saben que existe un procedimiento llamado referéndum? Claro que luego nos tratarán de convencer para tomar una postura, que nos manipularán.

Bueno, pero que, por lo menos, nos dejen la posibilidad de no dejarnos manipular.

La tercera cuestión es de vocabulario. Es un chiste de una sola palabra: librecambio. Vivimos en un sistema capitalista (hasta ahí de acuerdo, comulquemos o no con el propio sistema) sujeto a las leyes del librecambio. ¿Queeé...? ¿Dónde están el liberalismo y el librecambio? Para empezar ni es libre ni es cambio. Que no, que por esto no paso, no intente seguir vendiéndome el burro. Porque vamos, dígame usted cómo podría competir yo con la Coca-Cola en igualdad de condiciones. Ni con mediación divina y milagros. Para que existiera la libre competencia todos tendríamos que ser iguales, partir de las mismas condiciones y tirar a la basura nuestros corporativismos y las leyes de la propiedad y la herencia. Y aún así el asunto no estaría muy claro, porque los hombres son diferentes entre sí. Y si nos volviéramos clónicos, todos iguales, pues mira, más que competencia tendríamos suerte si medramos y mala fortuna si nos quitan de la circulación. Pero tampoco me parece esa una situación deseable. Como se dice respecto de otros asuntos (con falda y pantalones) iviva la diferencial Pero, por favor, si no somos libres, ni podemos competir en iqualdad de condiciones, ni perseguimos ningún cambio (al menos casi todos los grandes empresarios que manejan el cotarro se autoproclaman conservadores), itengan la decencia de no hablarme de librescambios ni de hostias! Bien, pues con esto me he quedado la mar de a gusto.

Y no voy a hablar de más manipulaciones: que en la escuela te manipulan, pues sí; que la prensa te manipula, pues sí; que te venden ciento un burros de carreras, pues también es cierto. Pero de nada sirve descubrir cuatro engaños y luego tragarse doscientos. De verdad, es algo que me fastidia mucho: piensas que has hecho algo porque has querido, que ha sido tu decisión, y luego descubres que otro ha pensado y decidido por ti. Pues eso, que me gustaría poder tener la seguridad de que mis esclavitudes son mías y no falsas libertades vendidas por otros. Como estoy seguro de que ese deseo es imposible de cumplir, que es tan ciencia-ficción como la libertad de la publicidad, nuestra democracia y el librecambio, pues adiós y que no nos vendan demasiados burros.

Juan Luis Monedero Rodrigo

# CUATRO VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE BALZAC

-10-

«Apenas ha puesto uno los labios en el vaso, ya está vacío. Esta es nuestra historia. No se puede ser y haber sido. Los escudos no pueden rodar y permanecer en la bolsa, de otro modo la vida sería demasiado hermosa».

iCruel dilema el del ser humano!: Beber apurando hasta la última gota o guardar nuestro vaso como una hermosa reliquia y morir sin haber bebido. Pues yo os digo que no esperéis más para apurar vuestro vaso y bebáis hasta saciar vuestra sed. iBuscad en la vida todo lo que es bello y vale la pena! iReíd sin esperar a ser felices!...O bien permaneced quietos y conservad intacto vuestro vaso. Hasta que os deis cuenta de que otros se lo han bebido.

-2°-

«Los errores de la mujer provienen casi siempre de su creencia en el bien o de su confianza en la verdad...

En todo momento las mujeres tienen más motivos de dolor que el hombre y sufren más que él...Sentir, amar, sufrir y sacrificarse será siempre la historia de la vida de las mujeres...

¿No es propio del noble destino de la mujer conmoverse más por el espectáculo de la miseria que por los esplendores de la fortuna?»

Y yo me pregunto cómo puede haber cambiado tanto el mundo en un sólo siglo. ¿Qué diría Balzac si levantara la cabeza y viera este mundo tan atestado de feminismo integrista?

iQuizá me equivocara de época al nacer!

-3°-

«Si la luz es el primer amor de la vida éno es acaso el amor la luz del corazón?»

Tal vez no sea luz sino fugaz espejismo. Un reflejo sobre el agua cristalina que se desvanece con la primera ráfaga de aire, un reflejo ideal de un mundo que no existe. Es por eso que sólo amamos temporal y ocasionalmente. Si nuestro corazón estuviera siempre iluminado quizás nuestra vida sería menos interesante. Estar enamorado perpetuamente sería algo intrascendente e irrelevante. Lo que da sentido a las cosas es su fugacidad. La belleza está en lo fugaz. Pero un

corazón siempre a oscuras es como una iglesia sin bendecir. El corazón es algo grande que da sentido a la vida...aunque a veces sea mejor cegar su luz.

-4°-

«En la vida moral, lo mismo que en la vida física, existe una aspiración y una respiración: el alma necesita absorber los sentimientos de otra alma, asimilárselos para devolverlos enriquecidos».

Vivir en una burbuja es imposible, además de una estupidez. Necesitamos de los demás. El yo empieza por las personas a las que queremos. Vivir al margen de los sentimientos es una quimera. Tú dices: "Voy a ser fuerte. Voy a vivir sólo para mí. Voy a ser egoísta". Y lo eres -si no eres demasiado despreciable- hasta que una mariposa se te ha posado en la garganta.

#### Narciso Tuera

# COMO PERDÍ EL CAMPEONATO DE AJEDREZ

Ridículo, sí, pero no pude evitarlo. No pretendo justificarme, tan sólo que la gente me comprenda. De acuerdo, aquella partida estaba en mis manos y me comporté como un imbécil, quizá como un loco. Pero señores, entiéndanme, yo era la última persona en el mundo que quería actuar de aquel modo. Me estaba jugando el campeonato y, aunque todavía faltaba la final, la victoria sobre Chesnikov, el mejor jugador del torneo, me aseguraba prácticamente la copa. Y es verdad, la tenía en mis manos, tres movimientos más y habría vencido a Chesnikov, pero no pude. Tampoco puedo culpar a nadie de mi derrota salvo, quizás, a mí mismo, a mis reflejos o a mi subconsciente. En todo caso, durante los últimos diez minutos de la partida no era yo, se lo aseguro, el que movía las piezas.

La partida había transcurrido extremadamente relajada para mí. La victoria se había ido dibujando extraordinariamente fácil movimiento tras movimiento. Y, sin embargo, perdí. Chesnikov, creo yo, había venido confiado, falto de concentración y de deseo, pero se encontró conmigo y, poco a poco, se fue poniendo nervioso según avanzaba la partida y la situación se iba haciendo más apurada para él. Realizó jugadas inteligentes, como era de esperar en él, pero no estuvo

a la altura de las circunstancias. El hecho de que, a pesar de todo, me venciera en el último instante y de aquel modo humillante es lo que pretendo explicarles, si es que soy capaz de abandonar mis divagaciones.

Pongámonos en situación. Tras una partida relativamente corta. digamos cuarenta minutos. Chesnikov se hallaba al borde mismo del abismo. Aún no me explico cómo pude arrinconarlo tan rápido. Él llevaba las blancas, yo las negras. Todavía estaban casi todas las piezas sobre el tablero, salvo sus dos caballos y tres peones de cada color, pero la situación de Chesnikov era tremendamente apurada. Como principiante, se había obcecado en dominar el centro del tablero mientras que yo, ladinamente, había conseguido introducirme entre sus filas de un modo aparentemente inocente. Para cuando Chesnikov se dio cuenta de mis maniobras era demasiado tarde. Su rey estaba prácticamente ahogado, inmovilizado y en peligro por todos los frentes, su reina, con la que había intentado escapar a mi cerco, amenazada y ya sin posible salvación. El rostro de Chesnikov era todo un poema. Toda la relajación que mostraba al principio de la partida se había convertido en desolación, no suavizada por una resignación a la que no quería rendirse. Llevaba unos minutos pensando una jugada imposible que lo salvase. Yo lo observaba divertido, riéndome en mi fuero interno y feliz por mi inminente victoria. En el fondo, los dos lo sabíamos. Hiciera él lo que hiciese, yo lo tenía a mi voluntad y en tres movimientos, ni uno más, me alzaría con la victoria. Y entonces Chesnikov suspiró profunda, desesperanzadamente. Creo que nunca podré olvidar ese gesto inocente que terminó por hundirme en la miseria.

Resulta más difícil de entender que de explicar. Ni siquiera yo lo comprendo aún perfectamente. Bien, hasta aquí el asunto ha sido tremendamente sencillo: la partida casi ganada, Chesnikov nervioso, yo relajado, Chesnikov que suspira y comienza la complicación. Chesnikov exhaló un suspiro en toda regla y yo, por un momento, observé divertido aquella inconfesada asunción de derrota. Pero, por alguna extraña razón, ahí no concluyó la historia del suspiro, sino que el suspiro me recordó algo tan inocente como que Chesnikov estaba respirando nervioso, como que, en consecuencia, yo también estaba respirando, de un modo apacible e inconsciente, pero respirando a fin de cuentas. iQuerrán creer que ese fue el principio de todos mis males!

Desde el momento en que la respiración de Chesnikov me recordó la mía propia sentí la necesidad inexcusable de controlar mis inspiraciones y espiraciones. El gesto reflejo de inhalar y exhalar aire se convirtió, desde el momento en que se hizo presente a mi mente, en un trabajo consciente que debía controlar. Es una locura, lo sé, tal vez una obsesión. Pero mientras Chesnikov meditaba su imposible jugada salvadora vo me entretenía controlando mi ritmo respiratorio, la expansión pulmonar, el volumen de aire inhalado y expulsado en cada respiración. Como un juego, intenté olvidarme de aquella estúpida necesidad de respirar, dispuesto a abandonarla al reflejo inconsciente que tan bien se las solía arreglar para controlarla. Sin embargo, en aquel momento de obcecación, mi subconsciente se negó a otorgar el éxito al experimento. Cuando mi mente se negó a prestar atención a la respiración, nadie se ocupó de tal menester y mis pulmones, mi cabeza, α protestar ante la momentánea privación imprescindible oxígeno. Tuve que prestar de nuevo mi atención a las inspiraciones y espiraciones hasta que volví a sentirme ahíto de aire. Tras ese instante de ausencia, volví por un momento a la partida y comprobé que Chesnikov había movido puesto que acababa de apretar el botón del reloi sobre la mesa. Yo me fijé en el tablero, intentando ver qué pieza había movido, pero volví a sentir la necesidad de proporcionar aire a mis pulmones y me marché nuevamente de la partida. Tras una profunda inspiración planté la vista sobre el tablero. La partida que tan clara se me había presentado unos minutos antes, ahora se me aparecía tremendamente compleja, tan poca era la atención que mi respiración me permitía otorgarle. No puedo negarlo, en ese momento comencé a ponerme nervioso. Mi mente dividida entre dos tareas tan complejas como terminar aquella partida de ajedrez tan importante y proporcionar el vital oxígeno a mis pulmones cuando estos me lo solicitaban. Procuré tranquilizarme. Me dije que, tras cada respiración, me quedaban al menos veinte o treinta segundos de tranquilidad para meditar la jugada a realizar. Dense cuenta, en mi turbación ya no me planteaba conscientemente la posibilidad de abandonar la respiración al azar de que algún ente desconocido se preocupara por ella en mi lugar.

Antes de que hubiera podido aclarar la situación del tablero, que era casi la misma que en la jugada previa, volví a sentir la necesidad

de llenar mis pulmones de aire. Espiré silenciosamente e inspiré profundamente, notando el movimiento de las aletas de mi nariz y confiando en que la nueva provisión de aire fuera suficiente para al menos un imprescindible medio minuto de concentración. De veras que lo intenté, pero las fichas sobre el tablero me parecían borrosas e incomprensibles. Me parecía imposible poder desdoblar mi atención entre las dos tareas cuando la urgencia de respirar, el recuerdo de cómo y cuándo hacerlo, martilleaba en mi mente sin dejar sitio para un problema tan intrascendental e insoluble como desplazar un muñeco sobre una de las sesenta y cuatro casillas del tablero bicolor. Una vez más me vi obligado a pensar tan sólo en los músculos que me permitirían respirar una vez más. En aquel ínfimo instante de tranquilidad, con los pulmones recién llenos, me di cuenta de que mis preocupaciones no eran sólo dos sino que debía añadir una tercera: el reloj de la partida que avanzaba inexorable, dispuesto a obligarme a mover para que la partida no se prolongara más de lo necesario. Me olvidé del reloj pero no de la urgencia de mover. Volví mi vista al tablero, pero antes de que pudiera analizar mi situación, la necesidad de recambiar el aire se hizo más importante y tuve que posponer la jugada. Inspiré tan profundamente que la respiración se hizo sonora, casi ahogada.

-¿Le sucede algo? -me preguntó Chesnikov con un rostro sorprendido que reflejaba sincera preocupación.

-No, nada -le respondí yo secamente, apenas en un susurro, asustado ante la idea de desperdiciar mi escaso oxígeno en la intrascendente conversación.

Pude mirar un instante al tablero, intenté relajar mi mente y, como una iluminación, me di cuenta de que su reina estaba muerta, a mi merced. Antes de que pudiera maravillarme de que no hubiera realizado ese movimiento anteriormente, cuando mi respiración no suponía un trabajo agotador, mis pulmones, exhaustos, exigieron un nuevo esfuerzo que los llenara de aire fresco. Cedí a su petición, respiré, alegremente, tres o cuatro veces seguidas, tan generoso me sentía en aquel momento, y alargué la mano sobre el tablero. Con mi alfil vencí a su reina, y dejé que mi mano se posara burlona sobre el reloj, feliz porque ahora le tocaba mover a Chesnikov y yo podía dedicarme únicamente a la ardua tarea de respirar.

Entre inspiración e inspiración pude mirarle a Chesnikov al rostro y sólo vi un gesto tremendamente sorprendido, posiblemente asustado. Ahora sé que no daba crédito a sus ojos, tan imposible le parecía mi movimiento, tal vez también mi actitud. Pero entonces me pensaba victorioso y a él incapaz de reaccionar ante tal derroche de talento que yo había desplegado hacía un instante.

Sin embargo, fui yo el que no pude dar crédito a mis ojos cuando Chesnikov, casi temeroso de que algo hubiera escapado a su análisis, devoró mi alfil con un peón abriendo un increíble mundo de posibilidades en el que se incluían un inminente jaque a mi rey y la pérdida de mi propia reina. Sentí que la cabeza comenzaba a darme vueltas. iTal vez había arruinado la partida de mi vida! Pero aún no era demasiado tarde, me dije, y, en efecto, no lo habría sido si mi mente no hubiera estado desdoblada entre la partida y mi respiración, de modo que la atención al juego quedó pospuesta hasta la siguiente inspiración, tras la cual traté de convencerme de que la respiración no requería de mi atención, de que podía efectuarse de un modo inconsciente, no así la partida. Pero respiré un par de veces profundamente, intentando relajarme, y todo mi esfuerzo fue inútil: debía controlar mis músculos para evitar la asfixia.

Trabajosamente, lenta y entrecortadamente, conseguí analizar la situación del tablero. Era peor que antes pero no desesperada. Todavía podía ganar. Por segunda vez, el reloj sobre la mesa intentaba burlarse de mí y reclamaba urgentemente un movimiento. Mi cerebro se empeñaba en buscar soluciones cuando, de repente, sintió la necesidad de más oxígeno. Me resistí otra vez a abandonar la partida, dispuesto a congestionarme a cambio de un movimiento razonable que casi había dibujado en mi mente. Pero el movimiento se borró de repente, se escapó como un pez ante la imposibilidad de aguantar por más tiempo la respiración. Tuve que inspirar y espirar agónicamente tres o cuatro veces seguidas, inhalando con fuerza por la nariz, abriendo la boca para subsanar la falta de oxígeno.

-¿De verdad se encuentra bien? -preguntó por segunda vez mi contrincante, asombrado y temeroso ante mi comportamiento.

-Sí -respondí con una voz como de ultratumba.

En ese momento una nueva preocupación se añadía a las ya existentes. No eran suficientes la imposible partida, mi trabajosa respiración o el exigente reloj. Debía sumarse la conciencia del ridículo. La pregunta de Chesnikov, su rostro asombrado, me mostraron lo irrisorio de la situación. Pero, ridícula o no, no dejaba de ser angustiosa.

Con un tremendo esfuerzo mental, vislumbré una nueva jugada. Ya no sabía si era buena o mala, tan sólo pretendía conjurar el peligro inminente. Tras una nueva pausa respiratoria, logré atajar su peón con uno de mis caballos, incapaz de ver los posibles resultados de mi desesperada maniobra. A continuación pulsé el botón del reloj, miré a Chesnikov y supe que había perdido la partida. Chesnikov alzó las cejas, incrédulo, sonrió y se quedó pensando un momento, mientras que yo tuve que respirar una vez más, incapaz de abandonarme a aquel reflejo conocido que se negaba a retomar su papel.

Chesnikov se limitó a mover una de sus torres, inútil hasta ese momento, en un movimiento a la par sencillo e inusitado en una partida de tan alto nivel. Cuando mis pulmones solicitaron su siguiente provisión de aire y noté el pulso de la sangre en las sienes, sentí como si el tablero todo temblara ante mis ojos y el rey negro, victorioso unos minutos antes, se tambaleara sobre sus pies. Sin embargo, créanme, en aquel instante casi me sentí aliviado. A pesar de lo ridículo de la situación, a pesar de la pérdida de una partida en la que se cifraban casi todos mis sueños, el hecho de verme perdido significó, antes que otra cosa, el final de aquella agonía. Un par de movimientos más y podría dedicarme tan sólo a la tarea de vivir, lo que en aquel momento se traducía únicamente en mantener el intercambio de oxígeno de mis pulmones.

Miré a Chesnikov al rostro y me sentí tremendamente estúpido. En su cara aún se reflejaban la sorpresa y la incredulidad, pero también la victoria. Me pareció entonces que no podía dejarle ganar tan fácilmente la partida, que debía caer honrosamente, si es que después de lo ocurrido todavía era posible. Forcé a toda mi mente a pensar una jugada, a analizar el tablero y diseccionar la situación en busca de una salida. Pero sólo me obedeció aquella parte de mi intelecto que se encontraba libre de la ardua tarea respiratoria y, me temo, no fue suficiente ni tan siquiera para ofrecer una derrota digna. Así que, atenazado por los nervios, por mi obsesión por la asfixia y por la

absoluta falta de concentración, realicé un nuevo movimiento suicida que sólo sirvió para precipitar la derrota y, en consecuencia, acortar mi agonía. Moví el alfil y dejé libre la entrada de sus huestes al mismo centro de mis filas. Chesnikov parecía dudar y yo, nuevamente, acerté a pensar que tal vez mi movimiento había sido correcto. Nada más lejos de la realidad. Tras una larga espiración y una profundísima y sonora inhalación oí, como si llegara de un lugar lejano e ignoto, la voz de Chesnikov:

-¿Ha movido ya?

Estuve a punto de gritarle "ipor supuesto!" pensándolo imbécil si no se había dado cuenta. Sólo me retuvieron el deseo de no desperdiciar el precioso aire que tanto trabajo me había costado introducir en mis pulmones y el dedo índice del propio Chesnikov, el cual señalaba el odioso reloj a punto de consumir el tiempo asignado a una jugada. Era, simplemente, que me había olvidado de apretar el correspondiente botón, así que tuve que alargar la mano en el último momento

Esta vez Chesnikov ya no dudó y tampoco pareció necesitar meditar. Alargó su mano como una prolongación de la sonrisa que se dibujaba en sus labios, situó su alfil en la posición que segundos antes ocupara el mío y pronunció el correspondiente anuncio de victoria:

-iJaque mate!

Yo me quedé observando el tablero como un imbécil, incapaz de comprender lo que había sucedido, respirando, a mi parecer, desacompasadamente, aún preso de mi obsesión. Chesnikov se puso en pie, extendió la mano y me obligó a contener la respiración el tiempo suficiente para comprender que todo había concluido y sólo restaba levantarse y estrechar la mano del vencedor.

-iEnhorabuena! -conseguí articular con una voz que no era la mía.

-iGracias! Nunca pensé que pudiera ganar esta partida.

La respuesta de Chesnikov vino acompañada de un nuevo y prolongado suspiro. Por un momento llegué a pensar que aquel gesto no había sido casual sino premeditado, una maniobra para alcanzar el triunfo, pero la necesidad de respirar me hizo abandonar tan absurda idea.

Miré a mi alrededor y comprobé que el escaso público reunido en la sala comenzaba a salir. Algunos me miraban como a un bicho raro, otros comentaban la partida entre ellos. Todos aparentaban ignorarme, pero no se me escapó el comentario, en un susurro, de una pareja al salir:

-Nunca había visto a nadie perder una partida de un modo tan estúpido.

-Para mí -dijo el otro-, que ha debido de sentirse indispuesto.

Yo también salí a la calle, al aire fresco de un día soleado, con la impresión de que el individuo que ocupaba mis zapatos y los hacia avanzar sobre el pavimento uno tras otro no era yo sino algún ente desconocido y extraño. Di un largo paseo hasta el hotel, dando mil rodeos involuntarios, ajeno al lugar por donde caminaba. Pasé, pues, el resto de la jornada con la cabeza puesta indefectiblemente en las nubes. No fue hasta que me encontré ante la puerta de mi cuarto cuando me di cuenta de la circunstancia más divertida del caso. Ignoro cómo llegué hasta allí, desde luego no fue de modo voluntario. Abrí la puerta de mi habitación y suspiré derrotado. Era el tercer suspiro que oía aquel día, el primero mío, y me di cuenta de que, desde el momento en que abandoné las instalaciones donde se disputaba el Campeonato. había continuado respirando de un modo inconsciente, como todo el mundo acostumbra a hacer, y sólo ahora, ante mi propio suspiro, recordaba la respiración como un gesto consciente, aunque, por fortuna, esta vez la obsesión de controlar mi respiración no se prolongó más allá de un par de minutos. Estaba demasiado desolado por mi estúpida derrota como para acordarme de la asfixia que tanto me angustiaba durante la partida.

Creo que eso es todo lo que tenía que decir. No les pido que justifiquen mi locura, sólo que sean transigentes ante ella. Sinceramente, aunque nunca antes me lo había planteado, no creo que sea un hecho tan raro. Ahora, por ejemplo, desarrollando esta argumentación, he vuelto a sentir la obligación de respirar conscientemente ya que en estas páginas me he recordado una y otra vez esta necesidad vital. Por cierto, no descarto la posibilidad de que alguno de ustedes comparta mis males. ¿Acaso desde que ha comenzado esta narración no se han dado cuenta de que también ustedes estaban

respirando?, ¿no han sentido, aunque sólo haya sido durante un instante, la necesidad de controlar su respiración?

Si no ha sido así les felicito. De verdad, pueden ustedes considerarse afortunados de no haber sentido jamás mi angustia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## LA VIDA TRUNCADA -FL FFTO-

En una oscuridad casi tenebrosa, el feto aún no había aprendido a tener miedo. Este sentimiento no existe en el seno maternal. Allí sólo había paz, sosiego, amor. Aún no había abierto los ojos, pero daba igual. En aquel ambiente confortable y cálido nada resultaba extraño.

A pesar de tanta armonía manifiesta, deseaba nacer. Quería sentir el dolor lacerante del parto, el azote del médico, la atmósfera fría y desagradable que se respira fuera. Deseaba sentir cómo los brazos de su madre le protegían, le acunaban, le mecían.

A menudo, en sus largas horas de espera se había preguntado cómo sería el rostro de su madre. iOh! Sin duda el día que lograra verla sería el más feliz de su recién estrenada vida. La imaginaba bella, acogedora y dulce como esos ámbitos cavernosos por los que se había acostumbrado a desenvolverse. Casi podía imaginar su aroma, su confortable sonrisa de madre satisfecha, su incomparable aliento de rosas.

Pronto. Quizás muy pronto.

#### LA NO-MADRE

La joven mujer que lo había concebido podía sentirlo moverse y patalear dentro de ella. Entonces sentía, no sin un cierto escalofrío, un plácido bienestar, una sensación casi omnipotente, la alegría de vivir de un casi demiurgo creador.

Ella era joven, quizás demasiado joven para ser madre. En caso de serlo, itendría que renunciar a tantas cosas! Renunciar a la vida plácida y sin responsabilidades que tenía ahora supondría un gran castigo. Esa vida intensa en emociones, placeres, lujurias, noches de juerga, alcohol, buena ropa...Todo eso se acabaría. En la vida de una mujer joven todo lo bueno se acaba con la maternidad.

No, ella no sería una buena madre. No podría dar a su hijo todo el cuidado y cariño que un bebé necesita. No sería capaz de velarle por las noches, de acunarlo para que no llore. No podría darle de comer tres veces al día ni abrigarlo en las frías noches del invierno. No sería, en fin, capaz de amarlo. (Sí, ya sé que lees con asombro estas líneas: Esta mujer no amaba a su hijo).

iCuál no sería su dolor al verle crecer sufriendo privado de ese necesario amor maternal! No dejarle vivir era al fin y al cabo un acto de amor. No debía darle la oportunidad de que creciera y la odiara por no tener un padre. Así le libraría de toda una vida de sufrimientos y calamidades. Definitivamente su vida no valía la pena...

#### EL NO-PADRE

El hombre que podía haber sido su padre era una persona extraordinariamente tranquila. Sin embargo cuando conoció la noticia de su embarazo, apenas pudo reprimir un grito de sorpresa e impotencia. No. Sin duda se equivocaba. ¿Acaso era él el único hombre que había pasado por su cama en los últimos tres meses? Y aunque lo fuese ella nunca podría demostrar su paternidad.

Nunca se había planteado fundar una familia. Y menos con ella. Su relación en absoluto se sustentaba en el amor. El amor es un ente circunstancial y anecdótico para quien realmente quiere vivir la vida. La amaba, sí, pero con ese amor con el que se ama a dos de cada tres mujeres. El amor era para él la más absurda entelequia.

Además, como en todos estos casos, la mujer es siempre la responsable: «Si quieres joder, ya sabes a lo que te expones» les decía siempre antes de consumar el acto en una preadvertencia exculpatoria. Ellas siempre debían tomar sus precauciones: "para eso eran las que parían".

Un hijo es algo definitivo. Un hijo no es una novia que se deja a los tres meses. En su vida, tanto profesional como sentimental, su máxima había sido siempre la huida de lo definitivo. Porque ¿qué significaría un hijo? Un hijo sería el fin de su carrera imparable. El fin de las borracheras sabatinas: tendría que renunciar a esa poligamia de la que tan orgulloso se sentía, tendría que sentar cabeza e instalarse en la monótona monogamia. tendría que abandonarlo todo...

No. Sin duda no le había llegado la hora final de su prevejez. Crear una familia era un síntoma de madurez personal, de compromiso estricto con la moral. No, todavía no. Algún día, quizás...

## -AGONÍA-

Aunque su vida era una completa incógnita, latía en aquel ser incipiente la ilusión de llegar a ser alguien importante. Algún día iría a la Universidad. tendría buenos amigos y luego habría de cambiarlos por un ser único que llenara el resto de sus días. Tendría éxitos profesionales. Sus padres estarían orgullosos de haberle concebido. Y esta era toda su primigenia aspiración.

Un día moriría, inevitablemente. Pero el feto sabía, con esa sabiduría que solo posee quien todavía no ha nacido, que no se muere un día, sino que se muere durante toda una vida. Cuando despiertas, cuando comes, cuando duermes. Vivir es morir poco a poco, pero no de golpe, ni tampoco sin haber vivido. iMorir es fantástico cuando se ha vivido!

Por eso el feto no podía entender que su vida era un error de cálculo fruto de una noche de lujuria, de un descuido. El feto no podía entender que su vida no fuese fruto de un acto de amor. Porque en su amor sin límites, fronteras ni obstáculos no podía imaginar que nadie deseara su nacimiento.

Él sentía ese impulso natural de todo animal cuando nace de cobijarse en su madre, de mamar por instinto, de dejarse querer. Sabía en su interior que las mamás elefantes no matan a sus crías, ni las leonas, ni las conejas, ni las zorras (con excepciones). Su instinto animal estaba completamente equivocado. Y es que a veces el hombre es el animal más inhumano...

Por eso cuando sintió el bisturí helado que le rebanaba la vida supo, repentinamente, que se había equivocado de madre, que había llamado al útero equivocado. En su incipiente sabiduría sabía que le desmenuzarían y con sus polvos harían cosméticos y jabones. Sus cenizas quedarían esparcidas por los rostros de mujeres que, tal vez, sí lo hubiesen amado. Pero no sentía rencor ni odio alguno, pues seguiría amando a su no-madre para toda la eternidad. Entonces, resignado y abatido, cerró los ojos y pidió a Dios una segunda oportunidad en la Tierra.

Narciso Tuera

PD: ¿Quién os habéis creído vosotras, antimadres, antimujeres, antihumanas, para decidir quien ha de vivir y quien no? Sois lo más despreciable de la raza humana.

## LA HISTORIA DE UNA VIFJA AMISTAD CASI OLVIDADA

Cuenta una leyenda, que en los albores de la creación del hombre, cuando éste apenas sí podía comunicarse entre sí, un pequeño y oscuro insecto, que ahora conocemos como grillo, se comunicaba con los hombres emitiendo unos extraños ruidos que estos lograban entender. Estos pequeños insectos, ayudaban, informaban y avisaban a aquellos rudimentarios seres que todavía no sabían muy bien donde se encontraban. Esto hizo que aquél, hoy para algunos repugnante insecto, fuera culto de veneración. Sin su ayuda, muy probablemente, la especie humana se hubiera extinguido pocos años después de su aparición.

Pero el tiempo fue pasando y el hombre comenzó a desarrollar otras capacidades antes impensables. Aprendió a conocer el mundo en el que vivía y a utilizarlo en su provecho. Pero también perdió algo muy importante, la capacidad de entenderse con sus entonces amigos, los grillos.

La civilización siguió su implacable avance -para otros retroceso- y el hombre cada vez empezó a sentirse más seguro de sí mismo, y ya no necesitaba la ayuda de seres tan inferiores. Así fue como el culto a los grillos desapareció de la faz de la Tierra,... casi totalmente, quedando únicamente en el recuerdo de las personas la asociación entre estos insectos y la conciencia, como algo metafórico e irreal, como algo que forma parte de un cuento, como algo que nunca existió.

Nada más contrario a la realidad

En estas páginas me dispongo a contar una increíble historia para nosotros, los hombres que hoy poblamos la Tierra, pero que sin duda alguna no lo sería para nuestros antepasados. Trata, como no, de la primitiva relación entre el hombre y los grillos.

Una amistad casi olvidada.

Verano de 1983, en una isla cualquiera del Pacífico.

Las blancas arenas coralinas se extendían a lo largo de más de 250 metros de playa, rodeada de un moderno complejo hotelero, propiedad de un millonario de nacionalidad belga que, estafando a los pobres nativos, le sirvió para hacerse con una enorme fortuna. Apenas cincuenta metros separaban la puerta del hotel de las aguas color turquesa que se mecían con un movimiento rítmico, constante, casi despreciable.

Hacía pocos días que había llegado la última remesa de turistas. Normalmente se estaban quince días, o un mes, en el transcurso de los cuales disfrutaban del sol, las playas, y distintas y variadas actividades, preparadas por François Jacquet, así como diversas demostraciones de los pobres nativos, que sacaban para divertir a la gente.

Un grupo de jóvenes amigos había decidido pasar allí quince días de vacaciones: Alan, Adrian, Kevin y John. Provenían de una ciudad del interior de los Estados Unidos, por lo que no dudaban en elegir como destino para sus vacaciones lugares de amplias playas donde bañarse y disfrutar, aunque sólo fuera durante unos pocos días, de todo aquello con lo que habían estado soñando a lo largo de todo el año.

El año anterior habían ido de vacaciones a Los Angeles, y aunque se lo pasaron bastante bien, decidieron que la próxima vez irían a un sitio más exótico. En un primer momento pensaron en ir a Hawai, cuando por casualidad, un día, Kevin pasó por delante de una agencia de viajes y vio un póster en el que aparecían unas cuantas muchachas nativas en bikini, tumbadas en una impresionante playa, delante de unos modernos edificios. Entró a preguntar cuál era el precio y las comodidades de las que disponía aquella isla. Además, contaba con multitud de atracciones por parte de unos nativos que veneraban a los grillos. Sin duda alguna, aquello era lo que estaban buscando, bueno, bonito, barato, y además exótico.

No lo dudó ni un momento, inmediatamente después se fue a ver a sus amigos y les dijo que sabía de un lugar tanto o más bonito que Hawai, más exótico y por el que podrían estar el mismo número de días por la mitad de dinero. Todos fueron a la agencia para asegurarse de que no se trataba de una broma de Kevin. Cuando vieron las fotografías y escucharon los precios, reservaron un par de habitaciones durante la segunda quincena del mes de Agosto.

Lo peor de todo, fue sin lugar a dudas, el llegar a la isla. La primera mitad del viaje fue exactamente igual al año anterior: fueron en autobús hasta la capital de su estado, y desde allí en avión hasta Los Angeles. Una vez allí, se subieron en un cuatrimotor que iba lleno de turistas que, como ellos, buscaban algo exótico. Cuando estaban a mitad de camino y en medio del Océano Pacífico, comenzó a formarse una gran acumulación de nubes, cada vez más oscuras, que no tardaron en descargar y envolver al avión en una tremenda tormenta. Por fortuna, todo quedó en un pequeño susto, puesto que apenas tardaron cinco minutos en salir de aquél torbellino de lluvia y relámpagos.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Había un detalle del que no se había hablado en el folleto, ni les habían mencionado en la agencia. La isla era sumamente pequeña, tanto, que parecía imposible que el avión fuera capaz de aterrizar en aquella pista de arena que tenía como torre de control una destartalada cabaña de madera. Después de tres intentos el cuatrimotor logró aterrizar. Todos los pasajeros suspiraron aliviados, creyendo que nunca iban a poder aterrizar en la isla.

A partir de ahí, todo había ido estupendamente. El hotel era magnífico, con amplias habitaciones con cuarto de baño, todo a la última con todo lujo de detalles. Las instalaciones deportivas estaban casi para estrenar. La playa era descomunal, limpia, hacía sol,... tardaron poco en olvidar el mal trago del avión.

La organización les anunció a su llegada, que las atracciones especiales no comenzarían hasta el cuarto día de estancia en la isla, para que primero tuvieran tiempo de conocerlo bien todo.

Durante las mañanas, al igual que hicieran en Los Angeles el año anterior, no salían de la playa, la piscina o las pistas de tenis. Por la noche, tampoco se diferenciaba mucho de lo que hicieran el año anterior, pasárselo bien e intentar ligar con alguna chica guapa que les hiciera aún más alegres las vacaciones.

A lo largo de esos tres primeros días cada día era prácticamente igual al anterior, por el día, y por la noche.

Por fin, la noche del tercer día de estancia, la dirección del hotel anunció durante la cena, que al día siguiente comenzarían con la serie de actividades programadas. Para empezar, los nativos de la isla les harían una representación del baile tradicional, además de otras danzas

Lo cierto es que cuando amaneció, todos se levantaron muy ilusionados, pues una de las principales razones que les habían llevado a todos a elegir aquellas islas era el deseo de conocer cosas exóticas, distintas a lo que habitualmente veían en sus ciudades de origen.

Cuando los cuatro amigos salieron de sus habitaciones a eso de las diez de la mañana, el restaurante estaba ya prácticamente lleno. Todos habían procurado ser puntuales, y es que ninguno quería perderse aquel primer día de espectáculo.

Alan, Adrian, Kevin y John se sentaron en la misma mesa que otras cuatro chicas australianas que habían llegado apenas unos días antes que ellos. Las conocieron al segundo día, sobre todo por mediación de John y Christine, que eran quienes se lo habían tomado más en serio. El resto, por el momento, no pasaba de simples amigos.

Cuando casi todos habían terminado de degustar el sabroso y abundante desayuno, consistente en un "Buffete" libre, en el que cada uno podía coger lo que quisiera, en la cantidad que deseaba, de fríos y de calientes, la dirección les rogó, que los que deseaban ver el espectáculo permaneciesen en sus asientos. Tan sólo media docena de personas, que o bien ya lo habían visto, o bien no tenían ningún interés en verlo, abandonaron el restaurante y se fueron directamente a la playa.

No tardaron mucho en aparecer tres hombres y una mujer, ataviados al más puro estilo hawaiano, que les condujeron al exterior del hotel. Una vez fuera no siguieron el acostumbrado camino de la playa, o de las instalaciones deportivas, sino que, volviendo por donde habían venido cuando bajaron del avión, atravesaron la "pista" de aterrizaje y a través de un cuidado sendero, se internaron en la cada vez más espesa vegetación. A medida que avanzaban, aumentaba la espesura, y poco después se internaron en una especie de túnel formado por las ramas de la densa arboleda que se entrecruzaban dos metros por encima de sus cabezas, impidiendo prácticamente el paso del sol.

Por fin, apenas diez minutos después de abandonar el hotel llegaron a un claro en medio de la espesura, con asientos a su alrededor, sombrillas y mesas, así como gruesos toldos que les protegían del cada vez más fuerte sol.

Según iban llegando, se fueron sentando alrededor del escenario. Cuando todos ocuparon ya sus asientos, un hombre que rondaba los cuarenta años, de pelo engominado, piel morena y brillante, con una ridícula camisa floreada, y unos no menos ridículos pantalones bermudas, se levantó de su asiento y con una sonrisa de oreja a oreja, se colocó en medio de todos y comenzó a presentar el espectáculo.

Primero, habría un tradicional baile de bienvenida y a continuación, una serie de tradicionales danzas rituales: del amor, de la fertilidad, de la lluvia, del sol,...en fin, un amplio repertorio que duraría hasta el anochecer. Eso sí, entre medias de tan fenomenal espectáculo, se procedería a la degustación de los platos típicos de las islas. Sin embargo, anunciaron que no dirían los ingredientes hasta que todos hubiesen acabado de comer, con el fin de que los prejuicios que pudiera tener cada uno no les impidieran probar todos los platos.

La gente estaba sumamente expectante desde un principio. La salida de los nativos, ataviados con grandes hojas entrelazadas con flexibles ramitas a modo de hilo grueso que las prendían, formando faldas, sujetadores, e incluso extraños y variados sombreros y de las muchachas que llevaban flores, frutos silvestres de variados colores y plumas de exóticas tonalidades adornándolas, fue espectacular. Los hombres, cubrían sus hombros y espaldas con pieles de tonos pardos y negros, y collares hechos de enormes dientes de tiburón.

Todos tenían el pelo sumamente negro, la piel oscura, pero suave y fina, casi como el terciopelo, producto de una vida al aire libre, sin contaminación, en medio de la naturaleza. Lo cierto es que todos y todas parecían bastante guapos. Sin duda pocos, por no decir ninguno serían de aquella isla, sino que probablemente habrían sido seleccionados entre los cientos y tal vez miles de islas semejantes a aquella.

Los bailes mantuvieron la atención de los espectadores hasta pasadas las dos de la tarde, hora en que los danzarines se marcharon y dejaron paso a los camareros del hotel que portaban grandes bandejas con platos de extraños colores, aromas y sabores. La mayoría de ellos parecían caldos, cremas o salsas de todos los colores, con tropezones de distintos tamaños y formas en su interior. Tan sólo unos cuantos pescados y frutas fueron fácilmente identificables. Al principio, la

gente se mostraba reticente a probarlos, pero cuando comenzaron a tomar una especie de licor de distintas frutas fermentadas, típicas de la zona, empezaron a olvidarse de todo y se atrevieron a comer lo que les ponían por delante.

Algunos, que se propasaron con el licor, fueron acompañados al hotel en no muy buenas condiciones. No sabían que era lo mejor que les podía pasar, ya que así evitaron enterarse de lo que habían comido.

Y es que aquello causó estragos. Cuando el hombre que había anunciado el programa para el día volvió a salir, y comenzó a decir los ingredientes de cada uno de los platos que se habían tomado, muchos comenzaron a reírse, creyendo que se trataba de una broma, no pudiéndose creer que existiesen tantos insectos, y tan gordos como les decían. Otros, no pocos, abandonaron sus mesas y se perdieron entre la espesura tratando de sacar de sus estómagos toda aquella porquería.

Después de un buen rato, bastante malo para otros, ocuparon de nuevo sus asientos, y se reanudó el espectáculo, con la salida de los nativos ataviados de distinta, aunque similar manera, que bailaron unas cuantas danzas más, hasta que anocheció y bailaron la llamada danza de la luna para despedirse.

Pero sin duda lo mejor vino después.

Los nativos se retiraron y solamente un joven y una muchacha permanecieron en medio del escenario y comenzaron a hablar en un perfecto inglés, pidiendo a todos que se levantaran de sus asientos e hicieran un corro alrededor de ellos y de una hoguera que iban a encender.

El ambiente era propicio para contar cuentos, historias y leyendas, y eso es lo que hicieron. Narraron las más tradicionales de su pueblo, las que habían perdurado durante siglos, pasando de boca en boca y que se remontaban más allá de los tiempos.

Todos estaban con las bocas abiertas escuchando aquellas fenomenales e increíbles tradiciones, sin embargo, Kevin, no sólo estaba con la boca abierta por lo que escuchaba, sino por lo que veía, y es que aquella muchacha, era la más bonita que había visto en toda su vida.

Se presentó a sí misma como Tisla. Kevin no sabía lo que significaba, pero le parecía precioso. Era más bien pequeñita, no llegaría al metro sesenta, con el pelo negro como la noche que se les echaba encima, brillante como la luna. Los ojos grandes y negros como una profunda cueva, las pestañas largas, los labios rojos y carnosos, un cuerpo de Venus, y una piel morena, fresca y suave, bañada en un olor dulzón y penetrante que casi le hacía perder el sentido, embriagado de su aroma.

Apenas atendía a lo que decía. Cuando hablaba, porque su voz era melodiosa y suave y le mecía los oídos perdiendo el sentido. Cuando no hablaba, porque todos sus sentidos se reducían a dos: la vista y el olfato, aspirando profundamente cuando el aire arrastraba hacia él aquel aroma embriagador.

Cuando se retiraron, otro de los guías les contó algo más sobre la leyenda que acababan de escuchar: el culto a un insecto que ellos llamaban de forma extraña y que por lo visto se trataba del grillo.

"Nosotros", comenzó a explicar, "cerramos este complejo durante el último mes del año, mes sagrado para este pueblo, en el que el culto a ese insecto alcanza su máxima expresión. Ellos se reúnen aquí, donde estamos nosotros ahora y a través de una sacerdotisa, normalmente una joven elegida por el pueblo para ese cargo durante cinco años, habla con los grillos y transmite a los demás lo que le están diciendo. Se trataría, más o menos, de lo que nosotros conocemos como una médium".

Esta tradición acerca de la extraña capacidad de aquella gente para dialogar con aquel insecto le resultó a Kevin sumamente extraña. Pronto se olvidó de él y comenzó a pensar en ella, en Tisla, ¿cuándo la volvería ver?

Se levantó del asiento, y por el mismo camino por el que habían venido, aunque esta vez iluminado con antorchas, regresaron al hotel. Eran las dos de la madrugada.

Una vez en el hotel, la mayoría fueron a la discoteca, sobre todo los más jóvenes, unos cuantos a la terraza, y unos pocos, entre ellos Kevin, a dormir a sus habitaciones.

Mientras se desvestía y se deslizaba entre las húmedas y aromatizadas sábanas del hotel, no dejaba de pensar en ella, no podía resignarse a no volverla a ver más, así que trató de pensar en cómo lograría saber de ella.

Apagó la luz de la habitación y mirando las estrellas a través de la ventana, dejó que el sueño se apoderara de él, mientras en su mente permanecía grabada la imagen de Tisla. Ansiaba verla, tocarla,... la deseaba como jamás había deseado a otra mujer.

Cuando ya estaba amaneciendo, apenas cuatro horas después de acostarse, y con la habitación casi a oscuras, se despertó. La cama en la que dormía John, su compañero de habitación, estaba vacía. No le extrañó. "Seguramente estará con Christine", pensó.

Todo estaba en calma, la noche serena, las aguas del mar meciéndose suavemente en la arena,... se volvió a recostar en la cama tratando de recordar punto por punto aquella maravillosa noche, en que había visto a Tisla, mientras unos grillos al pie del hotel seguían, como durante toda la noche con su molesto y monótono ruido.

Se encontraba especialmente nervioso y excitado. Se levantó de la cama y asomándose a la ventana apoyó su cuerpo sobre la barandilla mientras sus ojos veían salir el sol poco a poco a través del lejano horizonte, elevándose majestuoso, mientras él no dejaba de pensar en Tisla.

Miró el despertador de su mesilla. Todavía eran las seis y media de la mañana. ¿Cómo podría volver a verla?. Sin duda habría un nuevo espectáculo, y sin duda ella estaría allí. No podía faltar. Pero, ¿cuando sería ese próximo espectáculo?, y ¿si no pudiese estar? Trató de tranquilizarse y pensar lo que podía hacer. Decidió que lo mejor sería esperar que abrieran el restaurante y bajar a desayunar. "No puedo pensar con el estómago vacío", se dijo a sí mismo.

Cuando las manecillas del reloj se acercaron a los ocho, Kevin se duchó, se vistió, y bajó a desayunar. Una vez en el restaurante, se quedó sorprendido de que casi una veintena de personas estuvieran en pie a aquellas horas, en plenas vacaciones.

Cuando terminó su copioso desayuno decidió salir a dar una vuelta por la playa mientras pensaba en un plan que le llevara a verla de nuevo, a solas,... sintió un escalofrío por el cuerpo.

Comenzó a caminar, descalzo por la playa, dejando un sendero de huellas que el agua borraba lentamente. Comenzó a pensar en algo que al principio se le antojó descabellado y poco a poco fue tomando cuerpo. ¿Porqué no?, se dijo a sí mismo después de un buen rato madurando la misma idea. El sol comenzaba a levantarse más y más, con lo que la gente comenzó a llenar de toallas, bolsas y zapatillas, hasta el último rincón de la playa.

Kevin decidió que era el momento de poner en práctica su plan.

Se acercó disimuladamente, con paso lento y temeroso de una respuesta negativa que echara todo por tierra, a la recepción del hotel.

"Buenos días, quisiera saber si pueden darme una información", dijo Kevin nada más ponerse a la altura de uno de los cuatro guías del día anterior.

"Buenos días, pregunte lo que quiera, estamos a su disposición".

"Verá, soy un estudiante de periodismo, y de vez en cuando hago alguna colaboración para el periódico de mi ciudad. Ahora estoy de vacaciones, pero ayer me quedé realmente sorprendido del espectáculo, no sólo del baile, sino de las historias y tradiciones que contaron, así que me gustaría hacer un artículo sobre ello. Lo que ocurre es que no sé como localizar a los dos muchachos que ayer contaron todas esas historias, y que por cierto, hablaban perfectamente nuestro idioma. ¿Serían tan amables de ponerme en contacto con ellos?"

El hombre no parecía muy dispuesto a colaborar, así que Kevin decidió darle un pequeño empujoncito.

"Por supuesto, en el artículo no sólo aparecerá el nombre de la isla y del pueblo sino del hotel. Creo que podría ser una buena publicidad para ustedes".

Aquello hizo cambiar considerablemente la expresión de su rostro. Después de pensárselo un rato, pasó al interior de un despacho. Unos minutos después salió con unos papeles en la mano.

"Mire, aquí tenemos la dirección y el nombre de los dos muchachos que me ha pedido. Viven en dos pequeñas islas cercanas a ésta. Necesitará de una embarcación".

"Y, ¿dónde puedo conseguir una embarcación?"

"Según sale por la puerta principal del hotel, diríjase a la derecha y camine hasta el final del complejo, pasadas las pistas de tenis hay un camino que lleva a un pequeño embarcadero con cinco o seis motoras. Siempre hay un par de empleados allí. Dígales que viene de parte del hotel y ellos le ayudarán en todo lo que necesite".

"Muchas gracias por todo", dijo Kevin satisfecho de que su plan hubiera dado resultado

"Ah, por cierto, le ruego que no revele a nadie la información que le hemos proporcionado. Siempre hemos tratado de respetar la vida privada de los nativos, no queremos que la gente vaya a verlos como quien va a un zoológico".

"No se preocupe, le aseguro que puede confiar en mí".

Salió del hotel, y sin más dilación se fue directamente al embarcadero. Como le había dicho el empleado del hotel había un caminito después de las pistas de tenis que se internaba por un momento en el follaje y para en seguida dejar paso al embarcadero, con seis sencillas y pequeñas, aunque modernas, motoras, amarradas a las inamovibles y cristalinas aguas.

Un par de muchachos de su edad estaban sentados en la arena a la sombra de una palmera hablando entre sí. No sólo no le resultó difícil convencerles, sino que se mostraron encantados con la idea de tener que partir. Sin duda alguna no debían de tener mucho movimiento a lo largo del día, como posteriormente se lo confirmó Mike, el muchacho que le iba a llevar.

Kevin le dio el papel con los nombres de las islas. La más cercana, a poco menos de media hora de un tranquilo paseo, era la isla en la que vivía Tisla, con lo cual respiró aliviado, ya que no tenía la más mínima intención de ir a ver al otro muchacho.

Nunca antes había viajado en una barca, y menos aún en un mar como aquél. Las aguas apenas tenían en algunos sitios algo más de un metro de profundidad. El tiempo se les pasó volando, mirando los corales de vivos colores, peces tan grandes como su brazo nadando tranquilamente ante sus ojos, cientos de pequeños pececillos de colores que se movían todos juntos al unísono. Estaba fascinado.

En el tiempo previsto llegaron a la isla de Tisla. Era aún más pequeña que la isla en la que se encontraba el hotel, probablemente, mucho más pequeña. Apenas sí tenía una diminuta y estrecha franja de playa que daba enseguida lugar a una frondosa vegetación.

Se bajaron de la barca cuando esta tocó con la arena del fondo. La arrastraron hasta el interior, y la amarraron al tronco de una palmera. Atravesaron la pared de vegetación que impedía ver el interior de la isla y se toparon con una pequeña aldea de apenas una docena de casas

No les fue difícil dar con la de Tisla. Era una de las más grandes, aunque como todas, estaba hecha de troncos de palmera atados con juncos. El techo, de barro, juncos, pajas y restos de madera, formaba un conglomerado que parecía no poder oponer mucha resistencia a las escasas aunque torrenciales lluvias que por allí se daban.

Mike le pidió que esperara fuera de la casa mientras él entraba a preguntar por Tisla. Al poco rato escuchó una conversación en una extraña lengua, similar a la de los cantos del día anterior. Kevin no podía ocultar su nerviosismo y se movía de un lado para otro. De pronto, se dio cuenta de que estaba siendo el objeto de atracción de tres niños que se asomaban detrás del grueso tronco de una palmera. Cuando se los quedó mirando fijamente, los niños salieron corriendo, asustados, hacia el interior de la isla.

Volvió sobre sus pasos, en el momento en el que salía Mike.

"¿Qué te han dicho ahí dentro?", preguntó Kevin tratando de que no se notara mucho la ansiedad que lo dominaba.

"He hablado con su madre", respondió Mike pausadamente "Tisla se ha marchado con sus hermanos al interior de la isla a recoger fruta, de todas formas ha dicho que no cree que tarde mucho".

"Bueno, pues daremos una vuelta por la isla para hacer tiempo".

"No, creo que será mejor que esperemos en la playa, así se lo he hecho saber a la madre de Tisla. A esta gente no le gusta que anden merodeando por sus tierras".

Kevin aceptó a regañadientes. Tenía el deseo de ir al interior de la isla y verla. ¿Cómo iría vestida?, sin duda alguna iría de forma muy diferente a cuando la vio hacía apenas unas horas.

Se sentaron en la playa y hablaron durante un buen rato de cosas intrascendentes. Kevin no podía apartar de su mente la imagen de Tisla.

Por fin, después de esperar casi hora y media, oyeron un ruido de pisadas que se acercaban hacia ellos desde el interior de la isla. Los dos se pusieron rápidamente de pie. Kevin clavó sus ojos llenos de deseo en el punto por el que pensaba que iba a aparecer Tisla. Por fin, la vio. Llevaba únicamente una larga camiseta de algodón, blanca como la nieve, en contraste con su piel deliciosamente tostada.

Se fue directamente a Mike, sin duda ya le conocía, e intercambió con él unas palabras en su lengua. Después se dirigió a Kevin colocándose enfrente de él. Casi podía sentir el calor de su cuerpo, su aliento. Era baja en comparación con él, pero su cara, aun sin los adornos y las pinturas de la otra noche era preciosa, perfecta. Facciones suaves, como si de una muñeca de porcelana se tratara, la nariz algo chata, los ojos grandes,... sentía el latido de su corazón incluso por encima de su voz.

"Me han dicho que eres periodista y que quieres hablar conmigo acerca de las tradiciones de mi pueblo".

"Así es, tengo pensado escribir un artículo sobre estas maravillosas islas, y puesto que tú sabes mi idioma, esperaba que pudieras ayudarme, si tú quieres, claro está", contestó Kevin tratando de parecer lo más convincente posible y ansiando un sí como respuesta, de aquellos labios de los que no podía apartar la mirada.

Tisla se quedó pensando un momento. Por fin, se decidió.

"Está bien, creo que voy a ayudarte, ¿cuándo quieres que empecemos?", preguntó Tisla mientras le miraba inquisitorialmente de arriba a abajo.

Kevin creyó ruborizarse ante su penetrante mirada. Se sentía indefenso ante ella, a pesar de su aparente fragilidad. Por otra parte, sentía un deseo que jamás antes había experimentado con ninguna otra mujer, tan sólo cuando la vio aquella noche. Deseaba fervientemente poseerla, tenerla en sus brazos.

Apartó la mirada de sus ojos temiendo que ella leyera sus pensamientos.

"Por mí podemos empezar ahora mismo, estoy de vacaciones, así que no tengo nada que hacer ".

"De acuerdo, pero vamos a mi casa, allí hablaremos más tranquilamente".

"Bueno, yo me tengo que ir ", dijo Mike, "¿a qué hora quieres que te recoja? ".

"A eso de las dos, así ya iré a comer al hotel ".

Mike desató la pequeña motora, y con la ayuda de Kevin la llevaron hasta el mar, donde Mike arrancó el motor, y se fue a la isla.

Por su parte, Tisla y Kevin caminaron juntos hasta la casa de aquélla, casi sin decirse palabra. Kevin no sabía como abordar el tema, temía que ella se pusiera a hablar de tradiciones, cuentos e historias de su pueblo, cuando lo que él quería era hablar única y exclusivamente de ella... y de ellos.

Sin embargo, todo comenzó como se temía. Tisla, nada más sentarse en una frágil banqueta de madera que había junto a una mesa baja de mimbre, le dijo a Kevin que empezaría por el rito más importante de su pueblo.

Él apenas prestaba atención, pero sus últimas palabras captaron su atención:

"... para presidir este rito, cada cinco años mi pueblo se reúne y elige a una sacerdotisa, la muchacha que ellos consideran más guapa e inteligente de entre las que tienen entre trece y dieciocho años. Tras un rito de iniciación de unos tres meses, es sometida a su primera prueba. iA mí me resultó muy fácil!. Aunque la verdad, nunca nadie ha sido rechazada, ya que dicen que este extraño poder se encuentra arraigado desde los mismísimos orígenes de la humanidad, no sólo en nuestro pueblo, sino en toda la especie humana. Aunque claro, si no se ejercita,... se pierde la facultad".

"Y, ¿tú crees realmente en eso?", preguntó Kevin extrañado de que alguien pudiera dar crédito a semejante cuento.

"Claro que lo creo, no sólo yo, sino mi pueblo entero, y tú también tendrías que creerlo. Gracias a ellos el hombre está donde está, y aunque los hombres casi se han olvidado, ellos siguen allí, dispuestos a ayudarnos, en cuanto les escuchemos con un poco de atención".

Kevin decidió callarse al ver que se tomaba tan en serio aquel asunto que a él le resultaba tan infantil, y tan increíble.

"Pues bien, como te iba diciendo, una vez que pasa la prueba, la muchacha es elegida oficialmente sacerdotisa, y entonces, durante esos cinco años, no sólo no puede tener ninguna clase de contacto físico con un hombre, sino que no puede comprometerse con ninguno hasta que terminen los cinco años. Algunas sacerdotisas han sido expulsadas de nuestras tierras por transgredir esta ley, aunque la verdad, yo estoy

muy contenta y no rompería mis votos por nada ni nadie en el mundo. Me siento realmente bien sabiendo que represento algo tan importante para mi pueblo...".

"¿Qué quieres decir con eso?", preguntó Kevin alarmado.

"Pues que yo soy ahora la sacerdotisa de mi pueblo. Creí que lo sabías. Llevo ya tres años, y aún me quedan otros dos. ¿Por qué pones esa cara?".

"Bueno, verás, yo,...", comenzó diciendo Kevin de manera titubeante y sin apartar la mirada del suelo, "te vi anoche y deseaba conocerte. Es ... es cierto que me interesan las historias de tu pueblo, pero... pero, la que realmente me interesas eres tú", se atrevió a decir dándolo casi todo por perdido.

Ella no supo que decir. Se levantó de la silla y le miró fríamente, no sabía bien si con odio o tal vez con repugnancia.

"Siento haberte engañado, no era esa mi intención,...", se disculpó Kevin mientras se ponía de pie y caminaba hacia ella.

"Por favor, sal de mi casa, tengo otras cosas más importantes que hacer".

"Pero Tisla yo,...", dijo Kevin mientras la agarraba por los hombros con sus manos.

En ese mismo momento, cuatro muchachos de aspecto enclenque, entraron en la habitación, seguramente sus hermanos. Tenían cara de pocos amigos, y aunque probablemente no habían entendido nada de nada, sabían cuando debían de proteger a su hermana.

Kevin abandonó la habitación no sin mirarla antes una vez más. Mientras iba camino de la playa, sentía como el deseo le cegaba ahora más que nunca, una vez que supo que nunca la podría tener por las buenas. Pero él no pensaba renunciar.

Mientras esperaba tumbado en la playa la llegada de Mike, pensó en la manera, no sólo de verla, sino de ver satisfecho su deseo. Todavía le quedaban muchos días de vacaciones y sin duda la oportunidad llegaría.

Cuatro días después de ver a Tisla por última vez, se encontraba Kevin junto con sus amigos y amigas australianas en la

discoteca del hotel, prestos a presenciar un nuevo espectáculo, que contaría esta vez con la participación de la gente.

Ese era el momento que tanto había estado ansiando Kevin. Desde que saliera de la casa de Tisla hacía ya cuatro días, no había dejado de pensar en ella una y otra vez. En ella, y en un plan que ya tenía perfectamente madurado. Habían sido muchos días de espera, pero al fin había llegado el momento.

Allí, a tan sólo unos metros de la mesa en la que estaba, la vio bailando y riendo. El deseo que sentía era tan fuerte que estaba dispuesto a saltar sobre ella en aquel mismo momento. Pero debía de controlarse, o lo echaría todo a perder.

El espectáculo comenzó cuando estuvo toda la sala llena. Al principio, los nativos, ataviados como hacía cinco días con vistosos atuendos, les enseñaron unos bailes que ensayaron todos en grupo, y que a Kevin le recordaron a una conga.

Después comenzaron los juegos de habilidad, en los que al ritmo de sus instrumentos, los nativos de aquellas islas mostraban una habilidad que causaba asombro, y los turistas una torpeza que causaba sonoras carcajadas.

A eso de las tres de la mañana terminó el espectáculo... oficialmente, puesto que la mayoría de la gente les pidió que se quedasen y les enseñasen unos cuantos bailes más.

Aquél era el momento que Kevin había esperado.

Dejó a sus amigos con la disculpa de ir a por una copa, y se sumergió en la marabunta de gente que llenaba la pista. Ella no le vio hasta que lo tuvo casi delante. No puso muy buena cara. Con eso ya contaba él. Sin embargo, Kevin sonrió y como quien ya lo ha olvidado todo la dijo:

"Hola, quería hablar contigo para pedirte perdón. Creo que me comporté como un auténtico imbécil el otro día. No sé lo que me pasó. Quería decirte que lo siento y que estoy muy triste con lo que hice y lo que dije. Espero que sepas perdonarme", concluyó Kevin mientras bajaba la cabeza hacia el suelo tratando de dar mayor realismo a la situación.

Tisla sonrió y en su inocencia se mostró sumamente agradecida con lo que había oído, y así se lo hizo notar con una sonrisa de oreja a oreja, para después añadir: "No te preocupes, por supuesto que estás perdonado".

"iGracias!", dijo Kevin, "por cierto ", añadió, "lo de que soy periodista es mentira, pero soy estudiante de periodismo, y estoy realmente interesado en hacer el artículo que te dije, así que mi oferta sigue en pie".

Tisla titubeó un momento, pero llevada por la alegría que le rodeaba no dudó en aceptar.

"Yo te ayudaré, estoy convencida de que te saldrá un gran artículo. Espero que me mandes una copia cuando te lo publiquen".

"Por supuesto, no lo dudes".

Y los dos rieron. Todo estaba saliendo según los planes de Kevin. Sólo tenía que lograr sacarla de allí y llevársela a un sitio más solitario. Sin lugar a dudas el aspecto más difícil de todos.

"Por cierto, ¿qué te parece si empezamos ahora mismo el artículo?, podías decirle a alguno de tus amigos que se viniera con nosotros si así te vas a sentir más segura".

"No te preocupes, no hace falta, ¿dónde quieres que vayamos?".

"Vamos a quedarnos en el hotel. La fiesta ya se está acabando y tendrás que marcharte. ¿Qué te parece si salimos a la terraza?"

Ella asintió con la cabeza y comenzó a caminar. Sus oídos todavía estaban ensordecidos cuando salieron del hotel. Como había supuesto Kevin, la terraza estaba casi vacía, tan sólo un par o tres de mesas se encontraban ocupadas.

Caminaron un buen rato. Tisla hablaba y él callaba. Sólo la miraba, y con cada mirada se acrecentaba más su deseo. Se apoyaron en la barandilla en el punto más lejano y solitario de la terraza, rodeado de setos y donde sólo el sonido de los grillos rompía el silencio de la noche.

Tisla seguía hablando, cuando de pronto su rostro se volvió serio.

"¿Qué te ocurre?", preguntó Kevin.

"No lo sé, los grillos,...".

"¿Qué pasa con los grillos? Que yo sepa hacen el mismo ruido que todas las noches", dijo Kevin empezando a ponerse nervioso.

"Tratan de decirme algo, pero no logro entenderlo. Tengo que concentrarme".

"Eso son tonterías, Tisla, ¿qué me estas diciendo?, ¿qué los grillos te están hablando de verdad?, y ¿por qué a mí no?". Kevin notaba como le empezaban a sudar las manos. Miró fijamente a Tisla, pero esta no le escuchaba. Con los ojos cerrados, estaba concentrada en aquel extraño ritual.

Por fin habló.

"Creo... creo que quieren avisarme. Dicen que corro peligro, que tú, que tú quieres,...", Tisla abrió los ojos llenos de horror, mirando fijamente a Kevin y a su alrededor. Al ver que estaban completamente solos lo comprendió todo... pero ya era demasiado tarde.

Kevin la tapó la boca con la mano, la arrojó al suelo y comenzó a romperla la ropa con sus manos. Estaban lo suficientemente alejados como para no correr peligro de ser vistos, pero si ella gritaba, todo estaría perdido. Sin embargo en aquel momento Kevin no podía pensar, sólo necesitaba satisfacer un deseo con el que había estado soñando durante días.

Tisla se encontraba prácticamente desnuda, con los ojos llenos de lágrimas, maniatada por alguien que casi la doblaba en peso y era cien veces más fuerte que ella. Estaba casi resignada a su suerte, cuando de pronto, Kevin se detuvo.

Sin soltarla, y sin disminuir la fuerza con la que agarraba, agitó su cabeza de un lado para otro. Tisla le miraba fijamente. Kevin comenzó a contorsionarse como si un terrible dolor le recorriera todo el cuerpo.

Miró fijamente a Tisla.

"Diles que se callen, ipor favor!, idiles que se callen! ". Kevin comenzó a aflojar y Tisla aprovechó para soltarse. Él no hizo nada por retenerla. Se puso las manos sobre sus orejas y apretando los dientes comenzó a dar vueltas por el suelo, con la cara deformada por el dolor.

Tisla estaba petrificada, mirándolo sin saber qué hacer, porque tampoco sabía lo que estaba ocurriendo.

"iDiles que se callen!, ite lo ruego!, idiles a esos malditos grillos que se callen!, ya no puedo soportarlo más", gimió Kevin mientras sus manos se teñían de rojo por la sangre que salía de sus oídos. Sangre producida por un ruido que sólo podía escuchar él y que lo estaba matando.

El suelo se llenó de sangre y Kevin dio los últimos estertores en el suelo, cada vez más débiles, hasta que se quedó totalmente inmóvil, con las manos llenas de sangre y el rostro lívido, desencajado de dolor.

No tardaron en llegar los primeros desde el hotel, alarmados por los gritos. Nadie podía dar una explicación a lo ocurrido, nadie salvo Tisla, su pueblo... y los grillos.

Se hizo el silencio al lado del cadáver de Kevin. Todos contemplaban aquella horrible escena en el más absoluto y respetuoso silencio

Tan sólo los grillos, siguieron con su monótono ruido, rompiendo el silencio de la noche.

Esta sólo ha sido una de las muchas historias que existen. No les será difícil encontrar muchas más a lo largo de toda la historia del hombre. Así que, ya saben, cuando por las noches escuchen a los grillos cantar, presten atención, tal vez estén queriendo decirles algo.

Alejandro L.

LA GRAN VERDAD SEXUAL DEL HOMBRE
El hombre es como el tren,
a los 20 años se empalma en todas
las estaciones,
a los 30 años es como el directo, se
empalma en las terminales,
a los 40 años es como el rápido, se
empalma sólo en las grandes ciudades,
a los 50 años es como el expreso,
procura llegar a término seguro,
a los 60 años se empalma sólo a
hacer un poco de agua,
y a los 70 años ya no sale y poco
a poco... va al depósito.

Por D.J.

¿Oís el tumulto? Ese ruidoso silencio que todo lo invade, esa interferencia que a su vez es puente entre lo que es y lo que parece.

Este tumulto es la única forma de vida que conozco, supongo, imagino que subyace en todo esto, algo puro que llega hasta nosotros mezclado con este silencio. Y digo que lo supongo, no que lo crea, pues mi suposición no nace de mí, sino de lo que viene a mí. Lo que viene a mí me sabe mal, por tanto tal vez preferiría no comer y sin embargo no lo prefiero. Hay un regusto de dulzura en todas las cosas que me permite seguir adelante... aunque es difícil. También supongo que esta es la única forma de vivir aquí y que de ti depende dar más importancia al ruido o a la música. ¿Es necesario recordarte que este ruido y esta música han de cesar? ¿Tal vez cese sólo el ruido? Yo no lo sé, pero si hay música y ruido es porque siempre ha habido música y tal vez sólo podamos oírla ahora con ruido. Te imaginas un mundo sin hambre, te imaginas un mundo sin guerras... sin todo ese ruido escuchando las baladas de héroes que no dieron su vida por nadie o de gentes que dieron de comer a quien no tenía hambre. El ruido está ahí, para que intentemos que la música suene más fuerte, pues de otro modo jamás podríamos oírla... aquí.

Harry Haller, el lobo estepario y su joven amo

# CARTAS AL DIRECTOR (Podéis ponerlo a parir porque seguimos sin tener)

(Comentario a una carta aparecida en el número anterior)

A la atención de los redactores:

Ante todo, reciban mis felicitaciones. Es digna de agradecer una revista como la suya, en la que tienen cabida cuestiones de nuestro acervo cultural, como la historia de la polka, tan olvidadas por la mayoría de nuestros eruditos y sin embargo tan interesantes que han merecido cabida en un medio de comunicación de masas como es el suyo. Quizá no estoy de acuerdo con el tono trivial en que se tratan muchos asuntos (ni, por supuesto, estoy conforme con que su revista sea tan vana en términos generales), pero me siento obligado a aplaudir su iniciativa por cuanto vale en términos propedéutico-formativos, al margen de -y conteniendo en sí- la heurística positivista de nuestro tiempo.

No obstante, debo protestar formalmente por el plagio descarado que ese pelagatos, ese manchacalzones de Narciso de Lego, ha perpetrado contra (y no a favor de la difusión y valoración) mi humilde aportación al conocimiento de la polka. No les culpo a ustedes, señores editores, por el perdonable delito de ignorar las fuentes de la sabiduría de la que beben aquellos que no tienen paciencia para los rigores del estudio.

(Ya sabes, Narcisito, no te lo perdono. Podías haber tenido la decencia de consultarme antes de citarme y plagiarme. Yo habría aceptado gustosamente colaborar contigo para que tu aportación fuera más seria. Tantos años de amistad con tu padre para que ahora me hagas esto. Descuida que volvamos a intercambiar ideas y cromos).

Pero no quiero resultar pesado ni incómodo a los señores lectores ni a los estimados redactores de esta revista, así que pasaré a un asunto más interesante y de vital importancia:

Para evitar nuevas desinformaciones, quiero hacerles partícipes de mi último trabajo. Pasado el tiempo en que la gloriosa polka ocupó mis días, me siento orgulloso de comunicarles la pronta aparición (en una edición limitada que me costeo yo mismo) de mi último ensayo: "La importancia de los números pares en el juego de la ruleta y las implicaciones y consecuencias de su hipotética desaparición". No me creo capaz de transmitirles con suficiente vehemencia hasta qué punto me siento implicado con esta obra. Confieso que hay otros cerebros que habrían sido capaces de sacar mayor partido de este trascendental asunto, pero nadie sino yo ha tenido fuerza de voluntad suficiente como para explorar en estos intransitados caminos a la busca de la verdad.

Señores editores, aquí, en este momento, les ofrezco mi ensayo, en seiscientas páginas, acerca de la paridad ruletesca, en la confianza de que personas de su talante investigador e innovador no rechazarán una oportunidad como esta de proporcionar al general de nuestros conciudadanos los medios y recursos con los que abrir en sus mentes una nueva faceta de la cultura de nuestro tiempo.

Describirles aquí el contenido de mi obra sería una tarea que sobrepasaría con mucho el esfuerzo de una simple carta (y que ocuparía demasiado espacio en su revista), pero no me resisto a insertarles un breve extracto sincopado y esquematizado de los puntos principales de la misma:

- 1.-Importancia de la paridad en la ruleta: ¿podríamos jugar sin números pares?, ¿qué sería de una ruleta reducida a la mitad más una de sus casillas?, ¿cómo consideraríamos al cero si pretendiésemos eliminar la paridad del juego? (estos apartados se resuelven en los diecisiete primeros capítulos del ensayo: págs. 3-214).
- 2.-Consecuencias de la exclusión de los números pares: no se podría jugar al par, habría muchas casillas vacías, o bien, se eliminarían esas casillas correspondientes a los números pares. A estas consecuencias, relativamente triviales, habría que añadir las de índole psicológica, más importantes: efectos negativos de la desaparición de la paridad sobre los jugadores avezados, con un subapartado: ludopatía y falta de paridad, interacciones y patologías derivadas. (estos apartados son tratados en los capítulos 18-31: págs. 216-369).
- 3.-Alternativas: ¿podrían actuar como pares aquellos números que, en rigor, no lo son? Más aún: ¿podrían convertirse los números impares de orden par, mutatis mutandis, en números pares de orden impar? Análisis de los efectos sobre la psique del individuo: posibles alteraciones nerviosas ante la paridad del tres y sucesivos alternos. (estos interesantes puntos se tratan en los capítulos que van del 32 al 41 y penúltimo: págs. 371-496).
- 4.-Apéndice: análisis histórico-filósofico del hombre frente a la paridad, desde los pitagóricos y Platón hasta Mickey Mouse y MacDonald's, pasando por el perro de San Roque y las Teogonías de Hesíodo. (Se trata del único capítulo inconcluso del libro: págs. 498-611. Todavía está sujeto a modificación y es posible que venga seguido de un segundo apéndice en el que se expliquen el concepto de paridad y su importancia en nuestro mundo contemporáneo científico-tecnológico, masificado y cada vez más carente de principios y de restaurantes donde sirvan albóndigas con chorizo).

Espero que esta breve nota les anime a ustedes, señores editores, a la publicación de tan trabajoso desarrollo intelectual-pedagógico, en la consciencia de que en nuestro mundo moderno el hombre culto no puede ignorar temas de tan rabiosa actualidad e importancia. Y ustedes, señores lectores, si lo desean, pueden pedirme

más información sobre el tema contactando con la dirección de esta interesante revista, en cuyo poder constan mi dirección y teléfono.

Muchas gracias por anticipado y espero que aguarden con tanto interés como yo la salida a la luz de esta obra en la que he empleado los últimos siete años de mi ya larga y productiva vida de trabajo erudito. Sin más, se despide de ustedes su afectuoso amigo y desinteresado colaborador:

## Gazpachito Grogrenko

(Doctor en Ciencias Psicosomáticas por la Universidad de Fronkinstein, Doctor en Pektardología por la Escuela Superior de Facundia y Letras de Telgrano, Investigador Colaborador del Proyecto Universal de Capacitación Holorgásmica y Ortodóncica del Instituto Planetario de Verbiagraciados Anónimos, Doctor honoris causa a título póstumo por la Universidad Aburrológica de Cantalarrana...)

Nota de la redacción: sentimos profundamente no poder incluir el currículum completo del señor Grogrenko debido a su extensión (dieciocho páginas a un sólo espacio). Le notificamos, eso sí, que su obra consta ya en nuestro poder y someteremos a la consideración de la dirección (y de la almohada) su posible publicación en esta revista, así como la desaparición de esta empresa.

Carta-colaboración para la redacción de "El despertar de los muertos" - "Morfeo en la vigilia":

Felicitarles por su revista sonaría un poco pelota de mi parte si lo que pretendo es que me publiquen esta colaboración. Por otro lado, eso de felicitar en plural y en general no deja de ser una sandez, puesto que una no puede comulgar con todo lo que aparece en una revista polémica como pretende ser la suya.

En fin, les diré que encuentro su revista sumamente interesante. En ella hay cuentos, poesías y ensayos que me han gustado y otros que, decididamente, me parecen una porquería.

Bien, después de las salutaciones me dirigiré al motivo de mi carta-colaboración (ya que así la he llamado). Tengo noticia de que el próximo número de su revista versará sobre el tema de la libertad y me ha parecido oportuno participar en él con un pequeño ensayo que no es sino el resumen de lo que pretende convertirse en mi tesis doctoral y,

posteriormente, en artículo en una revista científica. Comparar su publicación con una revista científica no sólo es descabellado sino también ridículo, pero, salvando las distancias, creo que puede resultar interesante a los lectores y yo no voy a privarme de la oportunidad de asegurarme la publicación de mis estudios, no vaya a ser que mi tesis sea rechazada.

Perdónenme que no dude de que ustedes sí lo publicarán. No pretendo menospreciarles, y, ya que quieren hablar de libertad, son ustedes muy libres de hacer lo que les parezca, pero una revista en la que colabora el imbécil de mi hermano con sus tonterías de siempre, no puede presumir precisamente de criterio de selección.

Al grano: yo soy socióloga y antropóloga cultural. Me interesa especialmente el estudio de etnias semisalvajes, según los criterios occidentales, y de tribus desconocidas. Mi actual trabajo se basa en algunos estudios anteriores de Yoshiro Yamazaki. Yo sólo pretendo completarlos, desarrollarlos y comentarlos. Esta fase del comentario siempre es la más interesante, pero la menos científica, por lo que en este extracto la excluiré. Bien, pues ahí va mi colaboración:

## ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS USSI

Los ussi, o adoradores del ello, son una tribu negroide que habita en una pequeña isla de la Melanesia. Se trata de un pueblo pescador anclado técnicamente en los albores del neolítico. Sus pobladores no tienen otro nombre para su isla que el de Tuchi, Hogar, aunque sus vecinos de otras islas le dan todo tipo de nombres con connotaciones fálicas.

La isla de los ussi es un conglomerado calcáreo de origen coralino de unos seis kilómetros cuadrados de extensión. Situada en la zona ecuatorial del planeta goza de un clima cálido y lluvioso durante todo el año. La isla es alargada, relativamente llana y en ella sólo destacan una laguna dulce que proporciona agua potable a los habitantes de la isla y un pequeño montículo que tradicionalmente ha sido utilizado como lugar para celebrar los rituales y prácticas religiosas. La vegetación es característicamente tropical, aunque el número de especies está restringido posiblemente debido al aislamiento de la isla y a la colonización inicial de unas cuantas especies predominantes. Junto a

las playas destaca la presencia de cocoteros que los nativos se han preocupado de extender dada la importancia económica que las palmeras tienen para ellos.

La población ussi es de unos quinientos individuos, la mayoría de los cuales se dedican a la pesca, actividad principal y fuente de alimentación de toda la isla. En tan reducido grupo humano se encuentra, no obstante, una sociedad jerarquizada muy peculiar. Está claro que, en un grupo humano tan pequeño, la consanguinidad ha debido de ser bastante alta, más aún si tenemos en cuenta que muy probablemente la población colonizadora fue aún más reducida, y no es extraño que casi todos los núcleos familiares estén interrelacionados.

La sociedad ussi tiene una organización patriarcal y jerárquica. Posiblemente en origen fue una sociedad matriarcal, pero con el tiempo y dado que los hombres de la tribu eran los más capacitados para traer el sustento a los hijos, de los que necesariamente cuidaba la madre, el poder fue pasando paulatinamente a manos del padre-pescador. Una vez establecido el liderazgo familiar del padre, también se trastocó el orden general de la tribu. De un supuesto culto a la Gran Madre, celebrado por las mujeres del clan encabezadas por la matriarca, se pasó al liderazgo masculino, con la elección de un jefe de la tribu. Si bien este proceso ha sido construido en base a especulaciones difícilmente comprobables, parece posible defender esta tesis basándose tanto en otros procesos conocidos como en el hecho de que la actual organización de los ussi presenta notas que posiblemente en origen estuvieron ligadas a ritos de la fecundidad femenina.

La organización de los ussi es la siguiente: en cada núcleo familiar el padre es la autoridad suprema. Sus hijos sólo se hacen independientes de él cuando forman su propio núcleo familiar. A él está subordinada su única esposa (los ussi son monógamos y la poligamia sólo se justifica cuando una mujer de la familia enviuda y pasa a depender de un hombre ya casado). La madre de familia tiene poder sobre los hijos y sobre los hermanos de su marido o padres ancianos que no pueden mantener por sí mismos un núcleo familiar. Sobre todos los cabezas de familia, que se llaman a sí mismos ussi o adoradores del ello, título que tiene connotaciones guerreras tanto como sexuales, domina el líder de la tribu o mialussi, jefe de los adoradores del ello, cuyo poder afecta a

los asuntos de la vida social: conflictos, trabajos comunes o guerras son sometidos a su mandato. El mialussi es respetado por todos y normalmente se le obedece, pero si alguien no está de acuerdo con él puede dejar de obedecerlo siempre que se autoexcluya de la comunidad hasta que su conflicto haya quedado resuelto. Sobre toda la tribu se ejerce también la influencia de su brujo-chamán o líder espiritual, el llamado caramialussi, hacedor de jefes de los ussi, título que se refiere al ritual con el que los jefes de la tribu son iniciados.

Lo más curioso e interesante de este sistema es el principio que rige la transmisión del poder del mialussi. Muchas veces el liderazgo pasa de padres a hijos, pero no es norma general sino que lo tradicional es escoger al jefe entre todos los jóvenes que puedan participar en un ritual de hombría según el cual los ussi creen conocer cuál es el querrero más capacitado.

A nosotros, occidentales, nos puede sonar muy extraño el principio en el que los ussi basan la evaluación de la hombría y la capacidad rectora de sus guerreros, pero para ellos se trata de una práctica tan habitual como respetable.

Cuando el jefe de la tribu muere o deja de ser capaz de regir los destinos de su pueblo, ya sea por la enfermedad o por la edad, el caramialussi es el encargado de seleccionar al nuevo jefe entre todos los guerreros de la tribu. Los ancianos, los enfermos, los niños y los adolescentes que no han realizado el ritual de madurez (consistente en una noche de pesca y oración en solitario de la que deben traer una pieza lo bastante grande para proporcionar un festín a su familia) son excluidos de la elección, así como el propio caramialussi.

Todo el pueblo se reúne en el montículo de la isla, llamado por los nativos patu o capuchón, en clara alusión al prepucio. Allí los guerreros deben ponerse en hilera, completamente desnudos (el desnudo está mal visto entre ellos y este solemne acto es una de las escasas ocasiones en que no les avergüenza por estar ritualizado). El caramialussi permanece sentado en meditación y los guerreros quedan de pie frente al pueblo. De entre los espectadores se adelantan las mujeres jóvenes, las cuales se desprenden de su ropa y comienzan a entonar un cántico sagrado al que acompañan de una danza con la que pretenden excitar a los querreros. Cuando la danza concluye, el

caramialussi se levanta y se pasea entre los guerreros midiendo el tamaño de sus penes erectos. Aquel que tenga el falo de mayor tamaño será elegido nuevo jefe de los ussi. A continuación todos celebran una gran fiesta con banquete, licor, música y danzas que suele terminar en orgía.

Nadie cuestiona la autoridad del mialussi mientras este se mantenga poderoso y justo. Existe, no obstante, la posibilidad de derrocarlo si los motivos son justos. Si existe algún guerrero entre los retadores cuyo pene sea más largo que el del jefe, puede reclamar el poder siempre que el antiguo mialussi haya deshonrado su cargo. Si nadie tiene el pene más largo que él, sólo hay dos soluciones para el cambio de poder: el destierro o la muerte del líder. Es extraño que se produzca una sucesión traumática entre los ussi y, en nuestros días, está claro que se recurriría al destierro, pero en otros tiempos sí debieron de darse asesinatos.

He dicho que muchas veces la sucesión es hereditaria. Esto no se debe a un cambio en el sistema de elección del jefe, sino a que es uno de sus hijos quien tiene el miembro más grande. Con esto tiene que ver la segunda extravagancia en las costumbres de los ussi. Se trata de que su mialussi debe casarse con la hermana de aquel guerrero cuyo pene siga en tamaño al del mialussi, siempre que no pertenezca a su núcleo familiar. Como, a veces, pasan varios años desde que el mialussi electo alcanza la edad del matrimonio ussi (que se produce siempre a los veinticinco años, al margen de que previamente haya gozado de numerosas relaciones sexuales prematrimoniales), puede suceder que aparezca algún nuevo guerrero cuyo pene sea mayor que el del jefe. En este caso será con la hermana de este guerrero con la que se case el mialussi y, como no puede haber nadie con el pene más grande que el mialussi antes de que este se case (después de casado ya no se repetirán las medidas fálicas por parte del caramialussi hasta que el jefe muera o se retire), el querrero que se convierta en cuñado del mialussi deberá sufrir una mutilación de su miembro por parte del caramialussi de forma que su pene quede del mismo tamaño que el del mialussi. Normalmente se trata de una mutilación mínima, a nivel del extremo del prepucio, pero se cuenta de casos en los que un trozo de pene de tamaño considerable hubo de ser rebanado por el chamán. Esta

castración ritual se considera un gran honor y el guerrero mutilado se convierte en un personaje de importancia similar al mialussi y a quien se debe consultar en la toma de cualquier decisión. Curiosamente, el querrero castrado no tiene ningún nombre especial entre los ussi.

Es difícil encontrar una explicación para estas extrañas costumbres de los ussi. Puede acudirse a especulaciones acerca de cultos a la fecundidad o al tótem fálico, pero son difíciles de mantener. En trabajos más profundos se analizará este tema con más detalle. Aquí sólo voy a hacer dos comentarios al respecto: el primero es que los ussi no adoran ningún tipo de fetiches ni imágenes y no poseen símbolos fálicos ni mitología relacionada. La segunda es la explicación, mítica pero no religiosa, que los propios ussi suajeren al respecto:

Según ellos, muchos años atrás gobernaban las mujeres. Entonces apareció un hombre malo y terrible, venido de lejos a través del mar. Este hombre atemorizó a los ussi y violó a todas sus mujeres. Se autoproclamó rey de los ussi y, presumiendo de tener el pene más grande que nadie, decidió que sólo él merecía utilizar a las mujeres ussi y que los cobardes guerreros de aquella miserable tribu debían ser castrados. Los ussi eran muchos, pero tenían miedo y no se atrevían a rebelarse. Sólo había un querrero valiente, pero se había perdido pescando en el mar poco antes de que el malvado llegara a la isla. Los demás ussi estaban dispuestos a huir abandonando a sus mujeres con tal de salvar su miembro viril de la ira del extranjero. Pero entonces apareció el guerrero valiente, que no había muerto sino que había recalado en una isla lejana y volvía de allí más sabio y poderoso. El querrero ussi retó al extranjero a un singular combate. Puesto que el extranjero presumía de tener un gran falo, los dos lucharían valiéndose de su pene hasta que uno de los dos venciera. El ganador sería jefe de la tribu y el perdedor moriría o se marcharía de la isla humillado. El querrero malvado aceptó el reto, pero aquella noche se introdujo donde dormía el valiente y trató de castrarlo, pero sólo pudo cortarle la punta del prepucio. El ussi valiente, soportó el dolor y se resistió a los deseos de venganza, puesto que era un hombre honorable. Al día siguiente todos los ussi se reunieron en el montículo e hicieron un corro en torno a los dos luchadores. El ussi valiente y el malvado extranjero comenzaron su duelo particular, utilizando sus enormes falos para propinarse tremendos mandobles. Pero pronto el ussi valiente, a pesar de su dolor, tomó ventaja sobre el extranjero y lo venció: lo tumbó en el suelo y, cuando el otro intentó levantarse, lo sodomizó y le causó con la penetración la muerte. Después de aquello todos eligieron al ussi valiente su jefe y nunca más fueron invadidos.

Esta claro que se trata de un mito y es difícil entresacar de lo legendario algo que pueda ser cierto. No obstante, es un ejemplo de la filosofía ussi y de cómo ven ellos sus propias costumbres. Si nos quedamos sólo con la realidad, los ussi no dejan de ser igualmente sorprendentes, así que, ¿por qué no aceptar también sus mitos?

## Euforia de Lego

P.D.:Queda claro que lo que para nosotros es obvio no lo es tanto para otras culturas. Al fin y al cabo todos somos muy libres de llevar nuestra vida del modo como nos lo permitan nuestros prejuicios y los de quienes nos rodean. Por cierto, espero que algún lector (no sé si decir también lectora), se haya sentido ofendido con este ensayo.

Ante todo buenos días. No sé muy bien como empezar. Uno no es de esos que acostumbran a dirigirse al público y menos para contar una historia por la que, estoy seguro de ello, la mayoría de ustedes me tomarán por loco o por imbécil. Pero es mi deber contársela, y eso es lo peor.

No estoy seguro de que este relato vaya a ser publicado, pero eso depende de los editores, no de mí. Así que, dando por hecho que estas palabras tendrán algún destinatario (no en vano he enviado copias a multitud de periódicos, revistas y todo tipo de panfletos impresos) no me queda más que comenzar mi relato:

Yo era una persona normal. Trabajaba en una fábrica de coches, tenía una mujer y un hijo, pero mi mujer me plantó por un violinista checo. Desgraciadamente, mi hijo no me conoce, pero no es de mis problemas familiares de lo que quiero hablarles.

El caso es que yo me morí. Estaba cruzando la calle con el semáforo en verde y vino un tipo con una moto que se lo saltó y trató de atravesarme. Como, por más que el vacío pueda ser una realidad de la materia, los cuerpos no están carentes de una cierta solidez, el

resultado fue mi atropellamiento y muerte. Creo que fue instantánea, porque yo no me enteré casi de nada. Vi mi cuerpo allí tendido en el suelo, con un charco enorme de sangre alrededor de mi cabeza y una expresión de lo más estúpida en el rostro. Me parece que me desagradó este detalle especialmente. En ningún momento, a pesar de lo repentino del percance, dudé de que había muerto y me resultó particularmente fastidioso morir con cara de imbécil. No sé, uno se imagina que cuando se muere lo menos que se le puede pedir es una cierta serenidad que lo haga respetable y no que se le ponga cara de payaso.

Bueno, pues el caso es que me morí, pero no estuve mucho tiempo por allí para verme. No sé si llegó a realizarse entierro, ni quién pudo asistir a él. Supongo que, en rigor, nada de todo esto ha sucedido en esta realidad en la que nos movemos, puesto que yo estoy de nuevo aquí para podérselo contar sin que mi vuelta a la vida pueda considerarse una verdadera resurrección.

No, no me quedé por allí mucho tiempo. La expresión estúpida de mi rostro, que tan desagradable me parecía, era razón suficiente para escapar de aquella dantesca escena lo antes posible. Como vi a mi lado una especie de túnel iluminado por una hermosa luz blanca y los muertos gozamos de una curiosidad especialmente desarrollada (tal vez fruto inconsciente de la sorpresa de estar muerto y seguir siendo alguien o algo), no dudé y me dirigí hacia allí. Me sentí flotar o volar, no sé exactamente cómo decirlo, pues no me sentía material ni tenía un cuerpo que pudiera ser arrastrado por artificios mecánicos (o eso creo yo). El caso es que algo me llevaba hacia alguna parte, no sé si llamarla el final del túnel. Yo me sentía muy feliz y, aunque no oía ni veía nada de particular, me sentí rodeado por algo similar a la música y a hermosos paisajes que me hacían sumamente feliz. No sé si aquello que me parecía poder divisar (si es que tal expresión se puede emplear cuando uno no tiene cuerpo ni ojos) era el Paraíso.

En aquel preciso instante (si es que para los muertos existe el tiempo) escuché claramente, aunque no tenía órganos sensoriales con que percibirla, una sonora exclamación:

-iMierda!- dijo una clara voz.

El escenario cambió (si es que había escenario). Yo volvía a tener cuerpo, volvía a ser el yo material con el que estaba tan familiarizado. Pero creo que aún no estaba vivo ni dentro del mundo de los vivos. Estos temas son bastante complicados para mentes tan simples como la mía, pero, vivo o no, el dolor de mi cuello, la habitual tortícolis de cada mañana, había vuelto a hacerse presente y real. Quizá fue por eso por lo que tardé un momento en reaccionar y darme cuenta de la presencia de alquien junto a mí.

No sé cómo llamar a esta presencia extraña, sobrenatural, suprahumana, que me recibió en aquel "¿lugar?" y en aquel "¿momento?". El primer impulso de cualquiera sería hablar del Dios con mayúsculas al que se suele rezar, con fe o por costumbre. Todavía no estoy seguro de que no lo fuera. O tal vez fuera un dios de los de andar por casa, de esos en los que creían antiquamente, que eran poderosos y grandes pero no únicos ni omnipotentes. Creo que lo mejor será referirme a "¿él/ella/ello?" con el calificativo que usaba para sí mismo: el creador. Aquel tipejo rechoncho con bigotes, barriga y profundas entradas en la frente, con ojos ligeramente estrábicos y nerviosa risita estúpida, presumía de ser el creador de la humanidad y de todo lo que nos rodea. Desde luego parecía un hombre, así que es de creer que nos hiciera a su imagen y semejanza. En su favor hay que decir que era un tipo la mar de tratable y que no se daba ninguna clase de aires. Aunque parecía visiblemente enfadado, se sobrepuso a su mal humor y me recibió amablemente:

-Discúlpame, querido Ludolfo -me dijo empleando mi nombre con gran familiaridad-. No es culpa tuya, pero no deberías estar aquí. Ha sido un fallo un fallo terrible.

Yo no fui capaz de articular palabra. El creador se acercó a mí y, pasándome un brazo por encima del hombro, me animó a acompañarle en un paseo por el lugar (un paisaje luminoso y lleno de nubes vaporosas y tenues). Entonces me contó el problema: mi muerte había sido un fallo. Claro, él no era infalible y de vez en cuando se equivocaba, pero demasiado tenía con conseguir que todo funcionase medianamente bien. No era yo quien tenía que haber muerto sino el motorista. Estaba previsto que tratase de esquivarme y se la pegase contra un camión al atravesar el cruce. Pero el muy borrego (¿o había fallado la motocicleta?) me embistió y cambió el resultado. ¡Así que le había fastidiado todos los planes!

-Pero entonces, ino nos has hecho libres! -fue lo único que se me ocurrió decir, indiferente a mi muerte y al desorden creado en el universo por aquel error.

El creador frunció el ceño sorprendido por mi comentario; cuando lo asimiló me pareció que sonreía al contestar:

-iPues claro que no sois libres! De verdad que me gustaría saber quién fue el imbécil que os metió esa idea en la cabeza. ¿Cómo os iba a poder hacer libres cuando yo no lo soy? Tengo mis materiales y mi poder, pero también mis leyes, y uno sólo hace lo que puede. No me pidáis tanto como la libertad. Demasiado hice con concederos un cierto grado de autonomía.

-iPero eso es terrible! -repliqué.

Él se encogió de hombros, simulando indiferencia. Aunque, en el fondo, creo que le fastidiaba que una de sus creaciones fuera testigo de sus limitaciones.

-No veo el porqué -añadió-. Es más, yo diría que lo he hecho lo mejor posible. Prueba de ello es que os podéis imaginar libres. ¿Qué más queréis? Aunque estoy seguro de que seríais más libres si no pretendierais tener conciencia de vuestro estado. Cuando uno se piensa libre queda condicionado por ese conocimiento y, en consecuencia, es menos libre. A veces pienso que debí haceros completamente estúpidos y no sólo a medias. Si fuerais completamente ignorantes tal vez seríais más libres y, con toda seguridad, me causaríais menos problemas.

-Pero si no somos libres... -comencé empecinado en mis pensamientos.

-Si no somos libres, si no somos libres -repitió en falsete burlándose de mis palabras-. Si no te hubiera dicho nada no lo habrías sabido. ¿Qué diferencia hay entonces en que os haya hecho libres o no? Además, no es cuestión de deseos sino de capacidad. No os pude hacer libres y punto. Ahora, que no me salió mal del todo. El mundo os parece imprevisible, vuestras decisiones libres y el futuro incierto, ¿qué más queréis? No sois vosotros los que tenéis problemas. Los míos sí que son graves. En lugar de pedir tu libertad más te valdría que yo fuera de veras libre. Así las cosas no se me escaparían de las manos y podría controlarlo todo. Pero no lo soy.

Creo que el creador comenzaba a cansarse de mi presencia. Tal vez fue esa la razón de que me devolviera a la Tierra. Pero yo seguía en mi cerrazón, dale que te pego al asunto de la libertad:

-Entonces se puede predecir el futuro. ¿Son ciertas la astrología, las mancias y todas esas cosas?

-Hombre, tanto como predecir no diría yo, pero mira, para qué te voy a engañar, si no sois libres y existen pautas y ciclos en vuestra existencia es normal que encontréis algún reflejo de ellos en el universo que cree del mismo modo. Pero chico, éno te cansas de darme la murga con esto de la libertad? De verdad, me estás levantando dolor de cabeza.

-Bueno, perdóneme usted señor dios, digo creador. Comprenda que uno no descubre que no es libre ni se muere todos los días.

-Ya sé, ya sé. Pero comprende tú que también yo tengo ahora serios problemas, y uno de ellos eres tú. Un fallo en la maquinaria descabala todos los planes, así que tendré que arreglar lo de tu muerte. Mira, Ludolfo, vete a pasear un rato por ahí y mientras yo pensaré cómo soluciono todo esto.

El creador desapareció de aquel lugar y yo le obedecí. Supongo que debería haber visto a muchos otros muertos por allí, pero estaba comprobado que aquel tipo no quería que me mezclara con ellos puesto que yo no debería haber llegado allí. Así que me puse a pasear entre aquella porquería de niebla y nubes sin ver nada ni a nadie, más aburrido que una ostra. Al cabo (no sé si se puede decir que había pasado un buen rato) el creador reapareció ante mí. Ahora parecía feliz y confiado. Saltaba a la vista que había encontrado una solución y eso le hacía mostrarse estirado como un pavo.

-Te voy a devolver a la Tierra. No es un grave problema el situarte justo antes del instante en que te atropelló el motorista, pero no puedo borrarte la memoria porque serías capaz de ponerte otra vez delante del otro tipo y dejarte atropellar. Pero bueno, tampoco me parece tan grave. He pensado que, ya que te vas a acordar de mí, no estaría mal que les dieras un mensaje de mi parte a los demás. Hace muchos siglos que no envío a nadie en mi nombre. iMacho, estarás contento! Te estoy nombrando profeta. No sé si servirá de algo. Mi experiencia es que nunca sirve y a veces complica aún más las cosas.

Pero tu mensaje es sencillo: les dirás a los demás que yo existo, que tú me has visto y que no sois libres, que no he podido haceros libres. No sé, he pensado que tal vez así dejéis de hacer tanto el loco y me deis menos quebraderos de cabeza, pero quién sabe. iNo seréis libres, pero no hay quién os entienda! Vamos, prepárate, Ludolfito. Cruza los dedos por que todo salga bien y a ver si hay suerte con lo del profeta. iHala, hasta la próxima!

Nada más despedirse hizo un gesto con la mano y todo se volvió oscuro durante una décima de segundo. Luego se hizo la luz y me encontré de pie en la calle, junto al semáforo en verde. Tuve un momento de confusión, como si acabara de despertar de un sueño. Pero no crucé la calzada. La que sí lo hizo fue una vieja con un carrito. Apareció el motorista, se saltó el semáforo y, cuando vio a la ancianita, trató de esquivarla (icacho perro!, ¿qué más tenía una vieja que yo para que a mí me embistieras?) y se tragó un camión que cruzaba la calle transversalmente. Bien, el creador se había salido con la suya y las cosas habían sucedido conforme a sus planes. Yo no me entretuve por allí, crucé la calle pero no fui a ningún sitio, me quedé caminando como sonámbulo. iOye, uno no se encuentra a su creador ni se muere todos los días! Pero, ¿a quién iba a contarle una cosa así?

De momento me callé. No quería que me tomasen por loco. Ahora me doy cuenta de que, para bien o para mal, soy un enviado del creador y debo transmitir su mensaje. Podría firmar con pseudónimo y escurrir el bulto, pero no lo voy a hacer. Me crean o no, todo lo que les he dicho es cierto (al menos tan cierto como cualquier experiencia de las que he vivido) y el creador me dio un mensaje para la humanidad:

Él existe y se me presentó en la forma de un señor con bigote. Algo debe haber después de la muerte y el hombre, siento decírselo tan claro aunque en el fondo creo que todos lo sabemos o lo intuimos de algún modo, no fue creado libre. Pues nada más.

Ludolfo Gutiérrez

Estimado y desconocido redactor; Estimados lectores: No me conocéis. Me llamo Werther. Bueno, como habréis podido adivinar ese no es mi verdadero nombre, pero así habéis de conocerme. Considero intrascendente la fama y por ello prefiero vivir en el anonimato, como otros colaboradores de vuestra revista, para que de esta forma nadie se pueda interponer en mi camino. La libertad es el don más preciado y el conocimiento de mi verdadera personalidad podría poner en peligro mi propia libertad.

Vuestra pesimista y apocalíptica revista ha acabado con las pocas ilusiones que todavía me quedaban de seguir viviendo. Pero no pretendo entristeceros con esto, ya que si vuestra revista logra empujarme a cumplir con mi fatal desenlace, ya habrá logrado el más noble y ambicioso objetivo. Nada más noble que empujar a un pobre suicida a lanzarse al vacío en busca de su implacable destino!

Lo cierto es que muchas veces antes había pensado en encontrarme con mi destino. iPero soy tan cobarde! Y late en mí un amor tan grande que apenas pienso la muerte pueda acabar con él. En todo caso yo dejaré de sufrir con ella... y probablemente ella deje de sufrir por mí. A veces pienso que quizás haya leído demasiado a Goethe, a Larra, a Becker... pero no creo que esto sea una causa determinante de mi muerte. Como bien dice Goethe, aquí no se trata de si uno es débil o fuerte, sino de si puede sobrellevar la medida de su sufrimiento, ya sea corporal o moral. Y es tan cobarde quien cae en las garras del suicidio como quien muere de fiebre amarilla. Lo que es ser cobarde es no afrontar con entereza tu destino y, sabiendo que este está escrito, prolongar inútilmente una vida de sufrimiento y caos.

Y ella lo sabe. Cuando lea estas líneas (pues sé sobradamente que ella también lee vuestra revista) mi vida tal vez se haya apagado para siempre y únicamente resuene el eco sin contestación de estas palabras. Tú, mi Carlota (te llamaré así pues no quiero que nadie descubra tu verdadera identidad y te asedie con preguntas que, tal vez, sólo tal vez, no tengan contestación alguna). Sabes que muero por ti. Y si no consigo mi objetivo, no me mires con desprecio. iTantos años de amarte en silencio! Tú me has matado, Carlota.

"Si viera sangre, me sentiría mejor. Ah, muchas veces he tomado un cuchillo para dar aire a este corazón oprimido".

No soy más que un caminante, un peregrino en la tierra. Pero évosotros sois algo más? No os sintáis culpables. No derraméis lágrima alguna por mí. Tan sólo seguid con vuestra revista. Sabed que me ha ayudado mucho. Y recordad:

"Nos volveremos a ver. Aquí y allá... nos volveremos a ver". EL JOVEN WERTHER.

P.D. CARLOTA. TE QUIERO.

Carta al Director.

Críticas a varios artículos del número pasado.

El Pórtico del Infierno.

Esto es básicamente una crítica a uno de los temas centrales del número dos de esta revista, el titulado El Pórtico del Infierno, escrito por Juan Luis Monedero Rodrigo. Mi intención es que todos los lectores sepan que es un plagio de un capítulo de mi libro favorito, La Guerra de Illearth, y os remito a todos a que leáis este libro y juzquéis por vosotros mismos lo que yo digo. No culpo al autor, J. L. M. R. por haber escrito El Pórtico del Infierno, ni siguiera porque esté mejor o peor escrito, Particularmente, y por su semejanza con mi libro favorito, me gusta bastante. Cualquiera que lee un libro de aventuras imagina a menudo estar en la piel de los protagonistas. Si el que lee, además escribe, suele ponerse en el puesto del escritor original. Creo que es el caso que estoy criticando, pero que Juan Luis no se preocupe, porque no ha hecho destrozo alguno, simplemente es una versión de esa historia que tanto él como yo conocemos muy bien. Por el resto, me alegro de que apareciera, porque quizá anime a otros a imaginar, y con más suerte, a escribir.

FI Retorno.

El Retorno es una corta opinión del tal Narciso Tuera que sugiere que todo lo que sucede es cíclico. Quiero decirle que no, que no pienso igual. Quizá para pequeños detalles de la vida sea cierto, pero no para hechos relevantes. Señor Tuera, ¿acaso, y es sólo un ejemplo, lo que tiene que ver con la inocencia es cíclico? Me explico. Cuando eres pequeño eres inocente en general, pero llega un momento, tarde o temprano que dejas de serlo, igual que dejas de creer que tus padres

son dioses. A eso no se vuelve con posterioridad. La inocencia perdida, perdida queda. Seguro que ya mismo los lectores han descubierto diversas cosas que no tienen vuelta en esta vida, y tienen razón. Y si Narciso Tuera no está aún convencido, le invito a que lea un libro de Ursula Kroeber Le Guin llamado El Eterno Retorno, más de 500 hojas con sus propios planteamientos de las cosas cíclicas. ¿Os cuento la conclusión final de la autora? No, ¿verdad?, pues ya sabéis que ese libro "rueda" por ahí.

Gehenna, El Valle del Diablo.

No sé, claro está, quien es ese Anónimo que ha escrito este relato. Sugiero a todos que lo leáis. Si me permite el autor criticarlo, para mi opinión, el cuento se precipita un pelín al final de la historia. Quitando este pequeño detalle, me ha gustado. No quiero decir nada más de él, solamente quiero invitar a todos a quienes les haya gustado a leer los clásicos de una gran autora, Tanith Lee, cuyo estilo es precisamente el de Gehenna, El Valle del Diablo. No sé como definir este estilo, pero yo lo incluiría en algún tipo de romanticismo propio de Bécquer si viviera ahora. Y, en cuanto a este Anónimo, que escriba más, para nuestro disfrute.

La Palabra de Dios.

Sólo una pequeña cosa: Que cerca está este relato de la verdad de las religiones todas.

Hallazgo Casual.

Si Gerardo Monedero Rodrigo es hermano de Juan Luis, pienso que tiene la misma tendencia que él a finalizar precipitadamente los relatos que ofrecen una gran riqueza de por sí. Es como acordar tablas en una partida de ajedrez a mitad de ésta. A ambos, les propongo que tiendan a explayarse más en los finales de obra.

Con esto concluyo esta carta al director. No he querido molestar a nadie con lo dicho, especialmente a Juan Luis por el asunto del Pórtico del Infierno, porque a lo peor estoy equivocado, pero es que las similitudes son tantas y en tantos aspectos que nadie me va a convencer de lo contrario.

Fran.

Mujeres Libres!!

Hola, me llamo Sofía. Soy una amiga de Juan Luis. Por suerte, me enseñó algunos artículos de este ejemplar antes de que se publicara. Eso me permitió leer los artículos titulados ¿<u>Mujeres libres?</u> y ¿<u>Mujeres libres?(y II)</u>. Antes de seguir leyendo esto, si hay alguien interesado, especialmente si hay alguna fémina interesada, que se lea los artículos citados antes de continuar.

Muy Bien. Pues os diré, muy señores míos, que las limitaciones físicas las tenéis vosotros, especialmente en la cama. Aún no he encontrado a ninguno que aguante el tipo más de 10 minutos. Y en cuanto a la grasa, por lo menos, la nuestra es funcional, ya que nos vale para tener a <u>nuestros</u> hijos; la vuestra, en cambio, os vuelve fofos, feos, y cascáis pronto porque os da algún infarto.

En cuanto a las limitaciones mentales, si fuera cierto lo que se dice en ese artículo, vosotros, bien por genios, bien por torpes, malgastáis el tiempo en la vida soberanamente. Sólo sabéis pelearos y jugar al ajedrez; el resto os lo resolvemos nosotras, de pura lástima que nos dais.

Y por último, los que tienen limitaciones psicológicas sois también vosotros. Os hace falta un babero a todos, porque no se os puede sacar de casa sin que se os caiga la baba por donde vais. Sois nuestros perritos y vivís sólo para complacernos, cosa que además pocas veces conseguís, como todas nosotras sabemos. No podéis vivir sin nosotras. Perdón por la expresión, pero pensáis bastante más con el pene que con la cabeza. Con esto acabo; pero no quiero ser tan desagradable ni tan chula como el tal Fran, y pido disculpas a todos los hombres que no se sientan identificados con lo que ha escrito ese idiota.

Y por cierto, si Eva "la cagó" con lo del Paraíso, la culpa fue de Adán, que siendo el primer hombre, fue igual de fácil de engañar.

Sofía Pérez.

# **EPÍLOGO**

Bien, por fin y después de tantos cantos, susurros y relámpagos de libertad, hemos llegado al principio, sí, sí, al principio, porque, a pesar de lo que creas, mientras leías la revista no eras libre, solamente observabas como otros intentaban serlo. Ahora empieza el principio de

tu libertad, ahora se abre el auténtico abanico de posibilidades, cuando acabes de leer no serás libre, pero sí tendrás la posibilidad de serlo. Pues al fin y al cabo qué más da si la libertad existe en abstracto, sólo somos marionetas de un guión prefijado, lo que verdaderamente importa es lo subjetivo de ese sentimiento, quien cree que es libre lo es, tal vez la libertad no sea más que una creencia, pero es una creencia irresistible y que proporciona una compensación tan extraña como la soledad complaciente, el orgullo de ser uno mismo, la originalidad. Pues al fin y al cabo puede que todo lo que yo piense o invente esté escrito, pero en el libro de Dios o en el guión de mi destino, pero nunca lo estará en la publicidad, la hipocresía o en el papanatismo que propugnan unos pocos... hombres, y de "esos" te juro que intento estar libre por todos los medios.

#### EL PUNTO Y FINAL

Como ya va siendo costumbre, sólo resta esta breve nota para concluir. Hemos crecido. Está claro. No sólo porque haya aumentado el número de páginas respecto de anteriores números. Hemos crecido, más que por otra razón, porque ahora somos más los que hacemos esta revista. Todavía sois muy tímidos y seguís usando pseudónimos. También hemos crecido en edad, porque este es ya nuestro tercer número, algo así como la consolidación de un pequeño sueño. Bueno, esperamos que os guste y que, os guste o no, colaboréis en números posteriores. Podéis mandar vuestros escritos en cualquier formato inteligible (cada vez somos menos exigentes, como apunta nuestra querida Euforia) a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok: http://eldespertar.bubok.es

Por supuesto, agradecemos su colaboración a M.C.M.C., Narciso Tuera, Almudena González Benito, D.J., Alejandro L., Fran y Sofía Pérez. Y, por supuesto, a Eva Segura por su maravillosa portada.

P.D.: No hace falta que os lo digamos, pero está claro que los redactores de la revista no se responsabilizan de la opinión de los colaboradores y aún diría que tampoco son muy responsables de las suyas propias o las de sus personajes.

# Saludos a nuestros patrocinadores:

